



D-2

3171

P-2
7-3

B.P. de Soria



61109457
D-1 708

D-2

3171

LOS VILLAGES

DE SAN ROQUE

DE LA COMPANIA DE SAN ROQUE

DE LA COMPANIA DE SAN ROQUE

DE LA COMPANIA DE SAN ROQUE

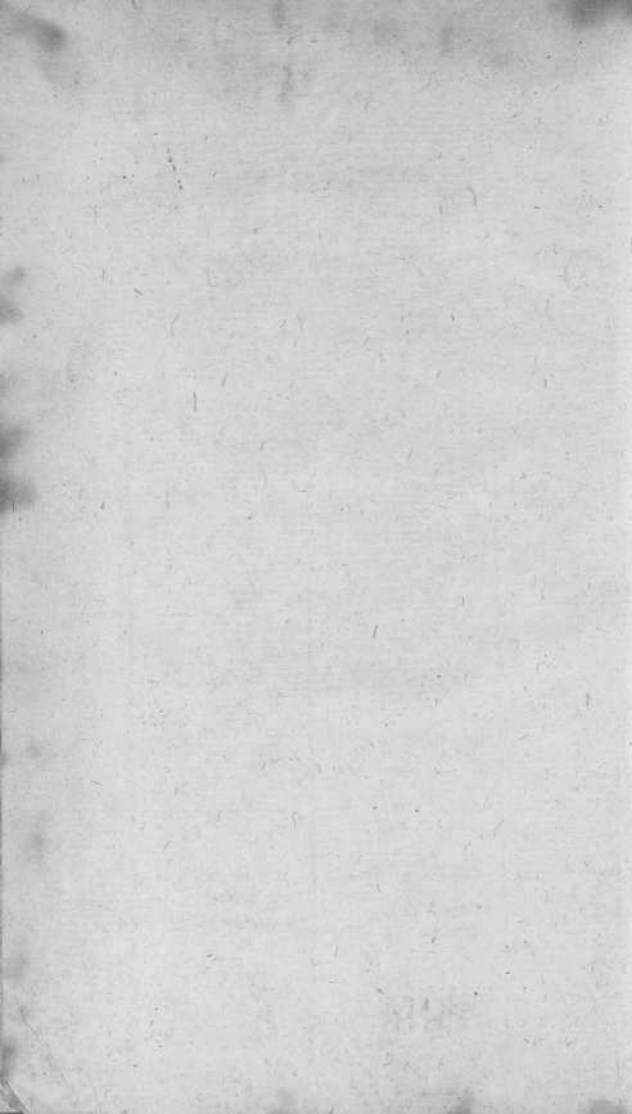
DE LA COMPANIA DE SAN ROQUE

TOMO II

DE LA IMPRESION DE SAN ROQUE

ANEXO

947



11
103

LOS VIAGES

DE ROLANDO

B-863

Y DE SUS COMPAÑEROS DE FORTUNA

AL REDEDOR DEL MUNDO.

POR L. F. JAUFFRET.

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS.

TOMO III.

EN LA IMPRENTA REAL

MADRID 1804.

LOS VIAGES

N.º 863

DE ROLANDO

Y DE SUS COMPAREZOS DE FORTUNA

AL ENDEDO DEL MUNDO.

POR L. F. LAURET

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

TOMO II

EN LA IMPRIMERIA DE

MADRID

LOS VIAGES

DE ROLANDO.



CAPITULO XIX.

Noticias de Sennaar. — Sifon. — Ciudad de los Nubios. — Mansion en Teawa. — Conducta del Xequé. — Caza del elefante y del rinoceronte — El Xequé declara su intencion de despojar la caravana. — Resistencia de Rolando. — Partida de Teawa. — De como Rolando y sus compañeros se libraron de otro peligro en las fronteras de la Abisinia. — Asechanzas del Xequé descubiertas por Siñier el padre.

Antes de salir de Sennaar habia la caravana renovado sus provisio-

pores malignos y excesiva fetidez.

No hay campiña mas agradable que la de Sennaar, en los meses que corresponden á nuestro estío : todo lo demas del tiempo parece desnuda, estéril y arrasada. Estas cercanías de la ciudad no presentan á la vista mas que algunos limoneros acá y allá : vense en ellas muchas y hermosas casas hechas á la moda del pais : las de los principales personajes tienen dos pisos, y los techos son terrados, cuya edificacion parece singular en un pais donde todos los techos tienen la figura de un cono.

El modo de vestirse en Sennaar es muy sencillo : llevan una camisa larga de tela azul de algodón de Surate. Los hombres tienen á veces una faja : ámbos sexôs andan

descalzos de pie y pierna en las casas, aunque sean gentes de la mayor distincion: quando salen en el buen tiempo llevan sandalias, y una especie de borceguíes adornados con conchas de un modo muy primoroso.

En el tiempo de los mayores calores, acostumbran los habitantes de Sennaar echarse sobre el cuerpo muchos cubos de agua: hombres y mugeres usan untarse, á lo ménos una vez al dia, con grasa de camello mezclada con algalia: se acuestan sobre un cuero de buey bien zurrado, y muy suavizado con la frotacion continua de la mencionada grasa, el qual es muy fresco; pero les comunica cierto olor que no se les quita, á pesar del cuidado que tienen de lavarse. La carne de

camello es la que por lo regular se encuentra en el mercado: los bueyes son tal vez los mas gordos, corpulentos y hermosos de todo el mundo.

El comercio de Sennaar no es de consideracion. Allí no hay manufacturas, y el principal artículo de consumo es la tela de algodón azul de Surate. En otro tiempo estaban libres los caminos, y viajaban con seguridad las caravanas de mercaderes, las quales llevaban de Jidda á Sennaar una inmensa cantidad de mercaderías de las Indias, que despues se distribuian entre las naciones de negros; pero este comercio se ha perdido casi enteramente, del mismo modo que el del polvo de oro, sin embargo que el oro de Sennaar conserva todavía la repu-

tacion de ser el mas bello de toda el Africa, y lo llevan á *Moka*, de donde pasa al resto de la India.

Entre tanto nuestra caravana se alejaba de la capital de la Nubia, y á pocas millas que habíamos andado nos hallamos en la aldea de *Basboch*, donde hay reunidos muchos aduares de Nubios, y cuyo Gobernador, hombre sumamente anciano, nos hizo la mas favorable acogida. Los Nubios son todos soldados del Rey ó *Meck* de Sennaar, y habitan las aldeas que circundan á la capital. Tienen los cabellos lanudos, la nariz chata, y hablan un language dulce y sonoro: el Rey mantiene unos doce millones de ellos, y con estas tropas mantiene á los árabes en sumision.

El Gobernador de *Basboch* nos

hizo muchas instancias para que pasásemos un dia con él; pero nuestros vivos deseos de continuar el viage, nos obligaron á no admitir sus ofertas: sin embargo quando estuvimos ya en camino nos arrepentimos mucho de no haber cedido á sus instancias y ruegos. Acabábamos de baxar con bastante trabajo por un monte muy empinado, y nos hallábamos en una espaciosa llanura, quando de improviso nos asaltó uno de aquellos torbellinos que llaman en la mar, con el nombre de *sifon* ó *manga*. Uno de nuestros camellos que se hallaba en el centro del torbellino, fué levantado y arrojado á una distancia considerable. Aunque distante del centro Rocas de San Casian y yo, no por eso dexamos de caer al suelo. El

Doctor Codonel, Siñier el padre, Monval y el Abate Doloni, cayéron con tanta fuerza al suelo, que echáron sangre por las narices. Igual desgracia padeciéron Martin de la Bastida, Lagiboseta y Ingardin. El viento nos dexó cubierto el cuerpo con cierta especie de lodo. Luego que nos vimos libres de este torbellino, nos fuimos á una aldea, y en este tiempo caia lluvia abundantísima que los Nubios nos aseguráron ser señal cierta de nuestra felicidad; porque decian, que si á proporcion hubiera levantado el torbellino tanta arena y polvo, hubiéramos quedado todos ahogados sin remedio ninguno. Al mismo tiempo nos dixéron que este género de tempestad es bastante freqüente en aquellos parages, y que quando viése-

mos venir alguna de ellas, lo que debía hacerse era tenderse en el suelo, y pegar la boca contra la tierra, hasta que se hubiese alejado el viento.

Los Nubios, en cuya casa entramos, nos recibieron amigablemente, nos ayudaron á lavar nuestra ropa y á enxugarla, y luego se reunieron para darnos una gran comida: la mayor parte de mis compañeros, poseidos todavía del susto que les habia dado el sifon, no se hallaban en disposicion de disfrutar de la hospitalidad de los Nubios, y consintieron en aceptar el festin, únicamente por corresponder á la cordialidad de sus huéspedes; pero Siñier el padre aplaudia con júbilo los preparativos de la comida, y aun zahería á los que no manifestaban tanto apetito

como él: vivan los Nubios exclamaba; vivan los Nubios, que parecen puestos expresamente en estas regiones solitarias, para consolar á los viajeros que se han librado de algun sifon. ¿Quién no ha de olvidar la tempestad, viéndolos ocupados en asar para nosotros, una docena de corderos? Su color de oro anuncia á la vista que el paladar no tardará en satisfacerse, ¡ qué vivan los Nubios!

Hablando de esta suerte Siñier el padre, y ayudado de su hijo, estaba él mismo poniendo la mesa, y en sus ojos relucia la mas viva alegría. A poco vino á avisarnos que estaba servida la cena, y nos esperaban los Nubios para ponerse á la mesa. En consecuencia fuimos todos al lugar del festin, y cada uno to-

mó asiento; pero á poco oímos repentinamente muchas voces y gritos, mezclados con el son de un instrumento que se oia á lo léjos. Apenas los oyéron los Nubios quando se levantáron y saliéron, siguiéndoles todos; Siñier el padre, confuso, no sabia si abandonaria su puesto, dando por excusa que él no era curioso, y queria quedarse; pero al oir aumentarse la vocería le sobrecogió el miedo, y salió con la servilleta colgada del ojal del vestido, y no sin volver repetidas veces la cabeza hácia el asado delicado, tras el qual se le iban los ojos.

Su pesadumbre de haber dexado el puesto se aumentó mucho quando despues que con nosotros habia seguido á los Nubios hasta una colina cercana, supo que las voces que

se oían por todas partes no eran mas que gritos de alegría, nacidos al ver el disco plateado de la luna nueva, á la que estos pueblos tienen particular veneracion. Quanta mas era la alegría que manifestaban los Nubios en el movimiento de sus pies y de sus manos, tanto mas se enojaba Siñier el padre: verdaderamente (dixo en voz baxa á Monval que se hallaba cerca de él) que no era esto motivo para meter tanto ruido como hacen estas gentes, ni dexar tan buen asado para venir á asistir al nacimiento de la luna. — Esta es (respondió Monval) una ceremonia de su culto; la qual viene desde la mas remota antigüedad de las naciones idólatras. Los primeros pueblos se reunirían sin duda al tiempo de la luna nueva, para ce-

lebrar sus fiestas, y despues con el transcurso del tiempo, la ignorancia hizo objeto de adoracion el signo mismo.

Todo eso está muy bien (repliqué Siñier el padre) mas al fin la luna no habia de irse de allí, y pudiéramos haber venido á verla despues de cenar. Lo que yo siento es haberme levantado de mi sitio. —

Quando estaba hablando de esta manera iban los Nubios á formar un corro para baylar, y uno de ellos cogió de la mano á Siñier el padre para que participase de la alegría comun. Bien hubiera él querido negarse á manifestar el júbilo que no tenia; pero el Nubio que le ofrecia su mano, era cabalmente el Gobernador de la ciudad, en cuya casa se debia cenar, por lo que se

vió obligado aunque contra su voluntad á danzar como los demas. Hiciéronle pues baylar una hora entera , lo que llegó á cansarle tanto que estuvo cerca de desmayarse.

Por fortuna se oyó por fin la señal de retirarse. El gefe de los Nubios anunció que ibamos á volver al lugar del festin , con cuyas palabras empezó Siñier á recobrar sus fuerzas , y se disipáron enteramente los síntomas del desmayo.

La esperanza de llegar por fin á Gondar , y de encontrar en el Rey de Abisinia acogida favorable , alentaba nuestros corazones , y nos hacia mirar con ménos horror el peligroso intervalo que nos quedaba todavía que pasar , ántes de llegar al fin de nuestro viage. No parecia sino que al paso que nos alentaba.

mos, se multiplicaban los peligros. Los leones, las hienas, los leopardos rugian á lo léjos; y á veces venian á amenazarnos muy de cerca: de quando en quando se veian tropas de árabes en lo alto de los montes, los quales estaban en ademan de ver el momento favorable de echarse sobre nosotros. Tambien nos advirtiéron en las cercanías de Teawa, que no tardariamos en ver elefantes y rinocerontes; pero nosotros resueltos á todo lo que pudiera suceder, continuamos nuestro camino con nuevo ardor.

A la entrada de Teawa, vimos venir hácia nosotros un hombre á caballo, con un gran manton de camelote encarnado, ó de una tela que con corta diferencia lo parecia, trayendo en la cabeza un turbante

blanco : seguíanle unos veinte hombres á pie, casi desnudos ; pero todos armados de lanzas y escudos, y delante venian tocando dos tambores y un pifano. Esta comitiva se paró al estar á corta distancia de nosotros. El árabe hizo señal de tener que hablar al gefe de la caravana, con lo qual le dirigiéron hácia mí : nos apeamos ámbos, y nos saludamos mútuamente con mucha urbanidad. Este árabe era un hombre de cerca de setenta años, de semblante agradable, y con una barba muy larga. Hícele grandes instancias para que volviese á montar á caballo, á lo que se negaba, insistiendo firmemente en venir á pie á mi lado. Al fin cedió á mis repetidos ruegos, y de un salto se puso sobre el caballo con la agili-

dad de un hombre que solo tuviese veinte años.

Como íbamos andando, iba tambien el árabe haciendo tomar diferentes pasos á su caballo, y haciéndole dar varias especies de saltos, lo qual era en él la mayor demostracion de urbanidad, por quanto este género de exercicios no se practica nunca sino por los árabes mozos quando estan delante de personas que tienen mas edad que ellos, ó por algun inferior delante de sus superiores.

El árabe con toda su comitiva venia diputado hácia nosotros por el Xequé de Teawa, con orden de hacernos todas las demostraciones de respeto que eran de costumbre, y de esta suerte desempeñaba muy bien la comision que se le habia da-

do. No dexó de causarnos satisfacción, un preludio tan honroso que nos anunciaba tan buena acogida; mas sin embargo, esto mismo nos sorprendia mas, por quanto los embaxadores Abisinos nos habian pintado el Xequé de Teawa con colores poco agradables. En efecto, tenia este Xequé la reputacion de un hombre maligno, y lo que de él se contaba era motivo de que mirásemos como muy extraordinarios los honores con que nos recibia.

Por lo demas fuéron siempre creciendo nuestra sorpresa y nuestra satisfaccion. El árabe, en obediencia de las órdenes del Xequé, nos llevó á su palacio, el qual era una casa, ó por mejor decir un grupo de casas de solo un piso, hechas con cañas. Entramos primero,

despues de subir tres ó quatro escalones , en una sala espaciosa hecha toda de adobes; pero sin embargo estaba todo aquello muy limpio: en el suelo habia tendidas esteras, y en el medio se veia un sillón, el qual representaba el lugar que debia ocupar el Monarca. El Xequé estaba sentado en el suelo por humildad , leyendo el alcoran , ó mas bien haciendo que lo leia. Manifestó sorprehenderle nuestra visita , y hizo ademan de levantarse , pero yo se lo estorvé , y tomándole la mano se la besé.

El Xequé parecia admirar mi estatura , y la fortaleza que manifestaba en mi aspecto : fué preguntando á cada uno de nosotros por medio de sus trujamanes , los motivos de nuestro viage , y manifestó mu-

cho contento al oír las respuestas que le dabamos. Siñier el padre mas dispuesto que los demas á conversar familiarmente con él, se quejó del excesivo cansancio que le habia ocasionado el camino que acababamos de hacer, como tambien del calor de los bosques donde no hay sombra, y sobre todo del viento ponzoñoso de aquel simoon que lo habia casi ahogado.

Al oír esto el Xequé, usando de aquella urbanidad que es natural en los árabes, manifestó su sentimiento de haber permitido que nos presentásemos en su casa ántes de haber descansado, y nos aseguró que lo habia hecho por el gran deseo que tenia de vernos. En esto nos levantamos para retirarnos; pero el Xequé levantándose al mismo

tiempo, nos dixo, que habia dado sus órdenes para que nos preparasen un alojamiento, y le ofenderiamos mucho si no lo aceptáramos; y que ademas era su intencion de festejarnos del modo que le fuese posible, á fin de que nuestra mansion en Teawa nos fuese tan agradable como pudieramos desearla.

Agradecemos mucho su atencion, salimos de allí, y el anciano que habia venido á recibirnos fué entonces delante de nosotros para guiarnos á la casa que nos tenia preparada. Apénas habíamos acabado de tomar posesion, quando varios esclavos de ámbos sexôs, nos traxéron cantidad de platos de vianda, con muchos cumplimientos de la parte del Xequé. Todo habia

ido bien hasta entónces; pero quando hubimos acabado de comer, un Nubio se me acercó al oido, y me dixo en voz baxa: extrangero, no te fies de los obsequios del Xequé de Teawa; mira que es un hipocrita, y hombre malo.

Este aviso me hizo entrar en desconfianza, y abrir los ojos; y despidiendo á todos los esclavos, tomé la resolucion de que tuvieramos consejo privado acerca de nuestra situacion.

Consultados los embaxadores Abisinos, los primeros de todos como mas instruidos que nadie del verdadero carácter del Xequé, dixéron: que en efecto tenia fama de hombre perverso, y se contaban de él muchas acciones de perfidia y crueldad; pero que en la circuns-

tancia presente era probable que el deseo de obsequiar á los embaxadores del Rey de Abisinia, le hubiera inclinado á tratar bien á la caravana; y por otra parte pidiendo su propio interes el quedar bien con este Rey poderoso, era natural que buscasse los medios de ganar su voluntad, prodigando los obsequios á sus embaxadores y á su comitiva. Estas consideraciones nos parecieron muy poderosas, y disipáron por aquel instante nuestros rezelos.

Resolvióse pues corresponder todos, del mejor modo que nos fuese posible, á la atencion del Xeque. La mañana siguiente, fui yo á su casa diputado por la caravana para presentarle un regalo, el qual consistia en una pieza grande de tela azul de algodón de las indias, con

flores de hilo de oro, una faxa de seda y algodón, unas diez onzas de algalia, y otras tantas libras de nuez moscada con veinte libras de pimienta. El Xequé recibió este don manifestando suma complacencia, y entónces le pedí que nos dexase partir aquel mismo dia; á lo que él se opuso, diciendo, que seria ofenderle gravemente si saliesemos de Teawa con tanta precipitacion, y mas quando tenia preparada para el dia siguiente una partida de caza de elefante, y era preciso que tuviesemos el gusto y la gloria de participar de ella.

Esta propuesta del Xequé lisonjeó á algunos de mis compañeros, y disgustó á otros muchos. Los mas alentados no dexaban de alegrarse de ir á lidiar con un animal como

el elefante, y los naturalistas estaban muy contentos de que se presentase esta ocasion; pues decian que podia adelantar sus conocimientos prácticos; pero aquellos á quienes no movia el deseo de la caza, ni la aficion á la ciencia, decian y aseguraban que este convite ocultaba alguna trama, y seria imprudente aceptarlo. Siñier el padre, que el dia ántes estaba muy contento del proceder del Xeque, declaró, que ya empezaba á desconfiar, y conocia que habia peligro evidente en condescender á semejante proposicion; que hubiera sido mucho mas liberal por parte del Xeque, enviar á la caravana un quarto de elefante para su alimento, que no dar á unos extrangeros el trabajo de ir por sí mismos á bus-

car la provision, y sobre todo que tenia motivos para creer que la carne del elefante era un manjar indigesto; y así no habia motivo para exponer la vida por comer de ella.

Como el dictámen de Siñier el padre pareció á todos evidentemente dictado por el miedo, temiéron que si lo adoptaban, se creeria que les animaba igual motivo; y el deseo de dar pruebas de valor, inclinó la pluralidad de mis compañeros á conformarse con el del Xequé, quien manifestó mucha alegría luego que supo nuestra resolucion. Habia mandado juntar muchos paquetes de aquellas soberbias cañas de que se hacen javalinas, y toda su casa estaba ocupada en hacer puntas, del modo que se creia mas ventajoso.

La mañana siguiente montamos todos á caballo. Seriamos en todo unos quarenta; pero luego se reunió á nosotros otra partida de gente á caballo y á pie, cuya principal ocupacion era la caza del elefante. Estos Nubios viven continuamente en los bosques, en donde casi no conocen el pan, siendo su alimento únicamente la carne de los animales que matan.

En cada caballo montan dos hombres, los quales van enteramente desnudos; y hácenlo así de propósito con el fin de no llevar ropa ninguna que pudiera agarrarse á las ramas de los árboles, ó enredarlos en la maleza. Quando quieren huir de su vigilante enemigo, uno de los dos ginetes puesto sobre el lomo del caballo, lleva un palo cor-

to en la mano derecha, y en la otra la brida, poniendo toda su atencion en guiar el caballo. Su compañero que va sentado á las ancas, lleva un sable muy largo que empuña con la mano izquierda. Catorce pulgadas de la hoja estan bien envueltas con cuerda, por cuyo medio puede coger esta parte de hoja con la mano derecha sin herirse, y aunque esta arma es cortante como una navaja de afeytar, sin embargo la llevan sin vayna.

Luego que ven el elefante que está paciendo la hierba, el hombre que guia al caballo se va derecho á él lo mas cerca que puede, ó si huye galopa delante de él hácia todas partes, gritando con todas sus fuerzas; yo soy fulano, yo maté á tu padre en tal parage, yo á tu abeulo

en tal otro; yo ahora vengo para matarte á tí, pues tú eres un asno en comparacion de tus padres. — El ginete cree realmente que el elefante entiende estas palabras, porque irritado con el ruido que oye delante de sí el animal, hace al punto ademán de pegar con su trompa al objeto que le importuna, y en lugar de huir persigue al caballo, y da vueltas sin cesar al rededor de él.

Despues que ha hecho dar al elefante dos ó tres vueltas, galopa el ginete, y se acerca mas á él, y al paso salta al suelo su compañero, quien en tanto que el elefante atiende al caballo, pega con destreza un sablazo sobre la parte superior del talon, y le corta el nervio que en el hombre se llama el tendon de aquiles.

Entónces llega el momento mas crítico; porque es menester que al instante vuelva atras el ginete para recoger el compañero, el qual salta y sube á las ancas del caballo. Si está bien afilado el sable, y no tiene miedo el hombre al tiempo de dar el golpe, queda enteramente separado el tendón, ó si no el mismo peso del animal acaba por fin de romperle. Como quiera que sea, el animal no puede dar mas paso, y los hombres de á caballo le envisten entónces, y le atraviesan con las javalinas, hasta que cae y espira perdiendo toda la sangre. Por mas diestros que sean los cazadores, alguna vez los alcanza con su trompa el elefante, y de un solo golpe echa en tierra al caballo, le pone el pie encima, y le va arrancando

todos los miembros uno por uno, y aun de esta misma manera suelen perecer algunos cazadores; porque en el tiempo que se sale á esta caza está la tierra tan seca con el calor del sol, que hay muchos agujeros y grietas, y es sumamente peligroso correr á caballo.

Despues que está muerto el elefante, le cortan toda la carne en tiras tan delgadas como los cueros de una brida, y cuelgan estas tiras de las ramas de los árboles, donde el sol las seca en breve tiempo, y luego las atan los cazadores sin salarlas, para servirles de alimento durante la estacion de las lluvias.

Tuvimos que caminar un dia entero, acamparnos por la noche, y el dia siguiente nos metimos por bosques espesos y pantanosos para po-

der duscubrir las huellas de los elefantes. Al punto que se notáron algunas, viniéron á advertir de ello al Xequé, quien por obsequiarnos habia siempre venido á nuestro lado. Con esta noticia se vió la alegría en todos los semblantes, y mucho mas creció quando un árabe vino á decir que no solamente se habian hallado huellas de elefante, sino tambien de rinoceronte.

Dividímonos entónces en varias quadrillas, y para reconocer el número y situacion de los enemigos con quienes teniamos que lidiar, subimos á una colina inmediata que dominaba á un valle, en el que presumimos con bastante fundamento que estarian aquellos temibles animales.

En este instante Siñier el padre

y su hijo, que se habian apartado un poco de nosotros con la mira de reconocer el pais, y ver si los habitantes de una aldehuela edificada sobre una colina, eran gentes hospitalarias y comedoras, viniéron hácia nosotros corriendo y gritando: deténganse Vmds. (decia Siñier el padre con voz trémula); volvamos atras, y reunámonos para defendernos en caso que nos persigan. — A estas palabras hizimos alto, y diximos á nuestros compañeros que nos explicasen la causa de su temor. — Huyamos (continuó Siñier el padre), el valle vecino es testigo de un combate horrible de que vamos á ser víctimas, si tenemos la imprudencia de acercarnos hasta allí. Nosotros hemos visto á corta distancia un rinoceronte peleando con un

elefante : ámbos furiosos , llenan de espanto todas las cercanías ; el uno procura meter á su enemigo sus astas por el vientre ; el otro hace esfuerzos para echarle en tierra con su trompa , y despedazarle con los colmillos . ¿ Qué papel podrémos nosotros hacer en este reñido combate ? ¿ Irémos por ventura á exponernos , despreciando las armas de estos animales , á quienes hace ahora mas temibles el furor y la rabia que los domina ? Yo he oido decir , y lo creo sin dificultad , que los rinocerontes son los mas difíciles de vencer de todos los animales : el hierro , segun dicen , no hace mella en su piel ; las lanzas no bastan para penetrar por ella , y aun resiste á las balas de escopeta . Tambien dicen que con su cuerno saca de

cuajo los árboles; coge una persona por medio del cuerpo, y la echa á volar por encima de su cabeza, con tal fuerza, que queda muerta por la violencia de la caída; así pues, vuelvo á decirlo, volvamos atrás, que este es el único partido que debemos tomar.

El Xequé pidió que le explicasen lo que estaba diciendo Siñier el padre, y luego que lo hubo oído, dió señales de serenidad y de indignación. — ¡Cómo es eso (exclamó) de volver atrás! ¡yo! ¡el Xequé de Teawa! ¡volver la espalda á dos animales! ¡cubrirme de semejante oprobio! de ninguna manera: que aunque el peligro fuese todavía mayor, por Mahoma que no volveria atrás. Diciendo estas palabras picó y siguió adelante.

Hicimos todos lo mismo, y por no perdernos de vista, y quedar solo expuesto á lo que sucediese, Siñier el padre, aunque contra su voluntad, tuvo que seguirnos tambien; pero al mismo tiempo nos decia en voz alta: amigos mios, bien decia yo que estabamos perdidos; el Xequete tiene intencion de sacrificarnos.

Impelidos del ardor tal vez inconsiderado del Xequete, llegamos hasta el sitio del combate; pero fué grande nuestra admiracion quando no hallamos en él mas que uno de los combatientes tendido en el suelo y anegado en su sangre, el qual era el elefante que tenia una herida muy ancha en el vientre en la parte donde su piel es mas flexible y mas penetrable, habiendo decidido la victoria el cuerno del rino-

ceronte. Los cuernos de este animal son durísimos y muy sólidos en toda su longitud, y estan situados en él con mas ventaja que en los animales ruminantes. Los rinocerontes de Africa tienen dos cuernos, á diferencia de los de Asia, que solo tienen uno; y por eso nos advirtió Monval que los naturalistas han dado al primero el nombre de *bicornes*; y el Abate Doloni nos enseñó, que segun unos, el primer rinoceronte que se vió en Roma, fué el que llevaba en su triunfo el Emperador Augusto, despues que habia vencido á Cleopatra; miéntras que segun otros fué el gran Pompeyo el primero que dió al pueblo el espectáculo de este animal. Añadió tambien que el primer rinoceronte traído á Francia, es el que

se vió en Paris en 1748, el qual lo traxo á Holanda por mar un capitán de aquella nacion. De allí lo lleváron á Alemania, y de Alemania á Francia. Habiéndole pesado en Stuttgard, dicen que su peso era de cincuenta quintales. Para transportarle por tierra, se valiéron de un carro cubierto, y para tirar de él, en los malos caminos, era menester poner veinte caballos.

Miéntas que Monval hacia alarde de su ciencia, y el Abate Doloni de su erudicion, fuéron parte de los cazadores en busca del rinoceronte, el que despues de su victoria habia desaparecido. Oíanse á lo léjos unos gritos horribles, semejantes al gruñido del cerdo, acompañados de silvidos muy prolongados. Los mas alentados se fuéron hácia

el parage de donde venian aquellos gritos, y habiendo descubierto la causa de ellos, diéron voces de alegría, y nos hicieron señas de acercarnos.

Fuimos allá efectivamente, y vimos que el animal vencedor del elefante, habia quedado tambien vencido por la extratagema y maña de los habitantes del pais, pues habia caido en una trampa. Como los rinocerontes siguen por lo comun el mismo camino para ir á los rios, quedan siempre señaladas sus huellas, y es fácil reconocerlas á causa de lo pesado de su cuerpo. Los habitantes abren en aquel camino una fosa de ocho á diez pies de profundidad, y de unos quatro pies de diámetro, en medio de la qual clavan una estaca puntiaguda,

despues cubren la fosa con tanto arte, que los ojos mismos de un hombre se engañarian. Al caer en ella el rinoceronte, no dexa de dar contra la estaca, la qual se le mete por el pecho ó por el pescuezo, y le detiene el tiempo suficiente para dar á los cazadores el de llegar y acabar de matarle.

Esto es lo que nosotros hicimos en esta ocasion. Ufanos de vernos dueños de dos animales monstruosos, resolvimos que con esto pondriamos fin á nuestras hazañas, y tomariamos la vuelta de Teawa. Todos mis compañeros se alegraron mucho de ver que esta caza, cuyas conseqüencias les inspiraban tanto temor, se hubiese concluido tan felizmente. Siñier el padre quiso tener la gloria de desquartizar por su

mano, el rinoceronte que le habia dado tanto miedo. Metió en su caja del tabaco una de las incrustaciones del cuero del animal, y la ha tenido guardada desde entónces hasta ahora, en conmemoracion de aquella ilustre jornada. Monval guardó para sí los cuernos, á fin de exâminar la substancia de que se componian, y adornar con ellos en lo sucesivo su gabinete.

Volvimos pues á tomar el camino de Teawa, atravesando unos terrenos abrasados por el ardor del sol y casi inhabitados. Varios de los nuestros, sintiendo no haber tenido ocasion de matar algun animal feroz, iban con grandes deseos de que se presentase la ocasion favorable de señalar su intrepidez. Presentóse esta por fin, y yo me apro-

veché de ella. Hacia la mitad del camino, descubrimos un leon que nos seguia, ó mas bien que nos salia al encuentro, el qual caminaba á un tiro de bala delante de nosotros, y siempre que llegaba á algun parage descubierto, se paraba, nos miraba y rugia como si tuviera intencion de disputarnos el paso. Nuestras cabalgaduras temblaban, estaban cubiertas de sudor, y apenas podiamos hacerlas andar. Como no habia mas que un medio de librarnos de este enemigo, tomé un fusil largo de los turcos, y adelantándome todo quanto me fué posible, sin que el animal me viese, le apunté tan bien que cayó muerto en medio del camino.

Luego que estuvimos en Teawa, resolvimos despedirnos del Xeque,

y continuar nuestro viage desde el dia siguiente; pero aunque era grande el deseo que nos dominaba de separarnos del Xeque, de quien nos inclinabamos á rezelar, no obstante la atencion que manifestaba, todavía era mayor el que este tenia de detenernos en su corte para sacarnos alguna contribucion.

Habiendo recibido órden suya para ir á verle, fuí allá, y le hallé solo sentado en una alcoba fumando en su larga pipa, muy sosegado, y al parecer pensativo. Hízome muchos cumplimientos, y me dixo por medio del trugiman, que acababa de recibir malísimas noticias de Gondar; que el Rey de Abisinia á consecuencia de una insurreccion que se habia manifestado, se habia visto precisado á refugiarse en los

montes; y por tanto sería muy peligroso el ir á meternos en una ciudad donde reynaba el mayor desorden, y donde cada dia se cometian nuevos crímenes. Supuesto pues, añadió, que la Providencia os ha traído aquí, quedaos todos á mi lado, abrazad la religion mahometana, y os daré mi hija en casamiento, con lo que sereis la segunda persona del gobierno de Teawa: por mi parte me servirá de alivio el confiaros el cuidado de los negocios, y como mi intencion es ir á la Meca el año que viene, os quedareis gobernando en mi lugar.

Al oír esto no pude contener la risa, lo qual no dexó de irritar bastante al Xequé, quien con mucha seriedad me preguntó si por ventura me reia de él. Me rio (le res-

pondí) de oír lo que me proponéis. ¿Cómo podeis haber llegado á pensar que yo habia de renunciar por vos á mi religion? ¿Qué motivo ó qué razon creéis que pueda haber que me obligase á casarme y á vivir en un pais desolado por la miseria, el hambre, el terror y la esclavitud? — Una vez (respondió el Xequé) que no quereis seguir mis consejos, no hablemos mas de esto: es cierto tambien que mi pais es bastante pobre, y que muy amenudo le aflige el hambre. Estoy informado á no poder dudarlo que sois muy generoso, y que en el dia podeis serme de mucho auxilio. Yo sé que teneis en vuestra caxa dos mil onzas de oro, é innumerable cantidad de alhajas preciosas, y no puedo dudar de vuestra prudencia

de que no os negareis á darme quinientos pesos duros. Si consentis en dármelos, desde mañana os dexaré partir, y sino estoy firmemente resuelto á deteneros aquí.

Ya está claro (exclamé yo) aquel secreto tan lleno de horror. Ciertamente tenían mucha razon los que nos habian pintado vuestra conducta con colores poco favorables. ¡Quinientos pesos duros! Desde luego seria menester tenerlos para poderlos dar, y ciertamente al fin de tan largo viage, quando nos hallamos á las puertas casi de Gondar, no es la ocasion de que esten llenas nuestras caxas. Sabed pues lo primero, que hemos gastado quanto teniamos; y lo segundo, que aun quando estuviésemos tan ricos como os han pintado personas

mal informadas, aun quando no cupiese el oro en nuestras caxas, no os engañeis en ello, no seriais capaz de abrir ni una de ellas. Creed que no soy ninguna muger, ni algun niño, sino que estais hablando con el gefe de una caravana que el Rey de Abisinia protege con todo su poder, que estoy bien armado, que tengo conmigo hombres valerosos, y así bien podeis probar vuestras fuerzas contra mí desde el punto que os parezca. — Al acabar de decir estas palabras, me levanté airado, y me salí del aposento.

A las once de la noche el árabe viejo, á quien nunca veia yo si no quando venia á traer algun mensage, entró en mi quarto y me pidió café. Bebíase á lo ménos veinte tazas, cada vez que yo mandaba

que se las dieran. Al principio manifestó suma moderacion, y me habló, segun él decia, como amigo; pero así que estuvo sentado, vituperó altamente el modo que yo tenia de proceder con el Xeque, al mismo tiempo que alababa y ponderaba el valor y la generosidad de este. Yo le respondí en el mismo tono, añadiendo: repito á Vmd. en nombre de todos mis compañeros, lo que hoy mismo he dicho á su amo, y es, que no podrá robarnos ni asesinarnos en Teawa, sin que sea responsable con su cabeza, y sin que lo sean igualmente todos los individuos de esta nacion. Al oír esto se levantó el árabe, sacudiendo la parte del vestido que tenia sobre el pecho, y dixo, que sentia mucho todo lo que pasaba; pero que él se

lavaba las manos de todo lo que pudiera suceder.

Mis compañeros y yo pasamos toda la noche en conferenciar sobre este suceso, y discurrir lo que debíamos hacer. Era ya por la mañana, y todavía estábamos juntos quando vino un mensage del Xequé, avisándome que me esperaba en su casa á las seis de la tarde.

Tomé la resolución de no irme allá sin estar bien provisto de armas, mas para no darle rezelo las llevaba ocultas. Rocas de San Casian y el fiel Chiusa querian acompañarme; pero yo no tuve por conveniente permitirlo, y quedáron esperándome á la puerta.

Hallé al Xequé en un aposento espacioso, sentado en una alcoba sobre un sofá muy grande adornado

con cortinas de las Indias cogidas por cada lado, de modo que formaban festones, y luego que me vió me dixo: ¿Cómo así tan solo? — Sí, respondí yo; y á pocas palabras conocí que estaba medio borracho. — ¿Con que (continuó el Xequé) habeis traído eso? ¿Veamos donde estan esos pesos duros? — No tengo ninguno, le respondí.

Diciendo estas palabras quise salirme, y entónces él gritó; Rolando, perro infiel, yo sé que tú tienes veinte mil pesos duros en oro, y ántes de salir de aquí me has de dar dos mil, ó tu muerte es cierta, porque te mataré con mis propias manos. Al punto sacó el alfange con semblante amenazador, y remangándose la camisa hasta el codo, me dixo: vamos, habla que es-

pero la respuesta. — Yo dí un paso atrás, y abriendo mi capote eché la mano á un trabuco que llevaba, y en voz alta y firme dixé al Xequé: aquí teneis mi respuesta. — Al oír el ruido que hizo el muelle del trabuco, creyó que habia montado el gatillo, y que iba á disparar, y entónces dexó caer el sable, y tirándose sobre el sofá, me dixo: perdon, perdon, Rolando, que esto no es mas que una chanza.

A las vocés del Xequé acudieron asustadas sus mugeres. Rocas de San Casian, Chiusa y algunos soldados fieles forzaron las puertas y entraron hasta el aposento, trayendo cada uno en la mano un fusil, y en el cinto un par de pistolas. El Xequé sentado en su sofá decia: que todo lo que habia hecho no

era mas que una chanza; pero yo puse término á todo retirándome de allí.

Luego que el Xequé volvió en sí, y reflexionó sobre lo que acababa de pasar, conoció claramente que este negocio podia tener gravísimas conseqüencias, pues el Rey de Abisinia podia graduar la ofensa hecha al gefe de su caravana, como si se hubiese cometido realmente contra su misma persona. Esta consideracion le obligó á venir á desagraviarnos en algun modo, y nos rogó que olvidásemos aquel suceso, porque en realidad no era mas que una chanza, y no debia mirarse de ningun modo bajo otro aspecto. La ingenuidad con que hablaba á lo que parecia, los regalos que nos envió despues de la

visita , todo nos inclinaba á creer que procedia con sinceridad : y entónces nos alegramos de este incidente , que habia contribuido á proporcionarnos el salir quanto ántes de la ciudad de Teawa.

El Xequé no tenia ya motivo alguno para oponerse á nuestra partida , á la que no solamente consintió , sino que ademas nos encargó de llevar un regalo al Rey de Abisinia. Consistia el presente en varios frascos de vino griego , cargados sobre dos camellos , y por razon de su mucho valor , iban escoltados por un destacamento de Nubios de la guardia del Xequé. Esta tropa traia órden de acompañarnos hasta las fronteras de la Abisinia , y defendernos de los insultos que pudieran hacernos en los desiertos que toda-

vía nos quedaban que pasar.

Seria muy difícil imaginar las fatigas que tuvimos que padecer desde nuestra salida de Teawa: apenas estábamos en camino sufriendo un calor excesivo, quando nos vimos metidos en bosques espesos; pero sin que estos nos diesen mas que muy escasa sombra, por quanto los cazadores, para facilitar el tránsito, y los árabes pastores con el objeto de destruir las moscas, acostumbran pegar fuego á las yerbas y á la maleza. Este fuego corre con suma rapidez, sin que haya tiempo bastante para que los árboles se quemen; pero los marchita y causa la caída de todas las hojas.

El agua es muy escasa en aquellos sitios, y los viajeros se ven mas atormentados de la sed, que del

cansancio. Al cabo de dos dias de camino llegamos por fin á un pozo que llaman el *pozo de las caravanas*, el qual contiene mucha agua, y hay en él un cubo de cuero y una soga de paja para sacarla; pero el agua es malísima. La mucha sed obligó á varios de los que componian la caravana á beber de ella, mas por desgracia experimentáron muy pronto el castigo de su imprudencia; pues dos Abisinos de la comitiva de los embaxadores, murieron poco despues de haberla bebido. Por mi parte, aunque me acababa la sed, lo primero que hize fué lavarme el cuello, la cara y la cabeza; despues me enjuagué la boca, y últimamente luego que de esta manera me huve refrescado fuí poco á poco satisfaciendo la sed.

Descansamos allí algunas horas, y despues proseguimos nuestro camino pasando por bosques rodeados de animales feroces, y en particular de leones y hienas. Estos animales no huian como los que hasta entónces habiamos visto, ántes al contrario venian con mucho descaro hácia nosotros, desde que se acercaba la noche, en ademan de querer acometernos, siendo las hienas las que siempre manifestaban mayor audacia. Librámonos de estos enemigos por algun tiempo, encendiendo fuego al rededor de nuestras tiendas; pero poco despues volviéron en mayor número para envestirnos, y hubo leon que se llevó uno de nuestros asnos, ademas de que una hiena se tiró al Doctor Codonel, á quien por fortuna solo

le hizo presa en el gorro que se llevo en la boca. Echamos mano de nuestras armas de fuego, y herimos de muerte á un leon enorme, con lo que huyéron aquellos animales feroces; pero los oimos rugir hasta que amaneció el dia.

Este es el lugar de referir lo que nos sucedió al pasar el *Ras Elfeel*, que es segun creo uno de los paises mas cálidos del mundo conocido.

Desde que salimos de Teawa habia procurado Siñier el padre trabar amistad con el mozo de los camellos, que llevaban el regalo del Xequé, destinado para el Rey de Abisinia, para lo qual usaba con él de suma atencion; y unas veces le ofrecia de comer, y otras fumaba su pipa con él. Su objeto, aunque lo disimuló por mucho tiempo, no

dexaba sin embargo de ser bastante claro, y era obligar al mozo á que le dexase beber un poco de vino griego, para juzgar si su calidad correspondia á su fama.

El mozo se resistió al principio á las instancias de Siñier el padre, haciéndose sordo á su solicitud por largo tiempo, alegando que era responsable de ello con su cabeza, y que ántes perderia la vida que permitir á qualquiera que fuese el poner la mano en los frascos. No por esto desmayó Siñier el padre, ántes al contrario, la misma dificultad estimulaba su deseo, y aumentando sus esfuerzos en obsequiar al mozo, empleó todos los recursos de la retórica para imponer silencio á sus escrúpulos. Su empleo de proveedor de la caravana le fué ciertamen-

te mas útil que todos sus esfuerzos, pues luego que el conductor advirtió que trataba con quien llevaba tal encargo, ya empezó á mostrarse ménos esquivo, y conociendo que era importante tener contento en un viage á un hombre como este, le pareció que seria posible dexarle beber un sorbo de aquel vino sin que el Xequé tuviese noticia de ello. La mayor dificultad que encontraba el esclavo, era ocultarse de sus camaradas, y en particular del gefe del destacamento, el qual era amigo íntimo del Xequé, y casi tan perverso como él.

Luego que Siñier el padre conoció la buena voluntad, que tenia el esclavo de dexarle probar de aquel vino, se alegró sobre manera, por quanto nada habia ya que hacer

sino ponerse de acuerdo sobre los medios de la execucion , y en esta parte todo lo tenia previsto Siñier. La mañana siguiente, á eso de medio dia , como el sol picaba mucho, el mozo de los camellos los dexaba ir poco á poco, quedándose atras algo léjos del resto de la caravana. Acompañábale Siñier el padre paso entre paso, y ámbos iban hablando en voz baxa. Luego que llegaron á cierto parage, en que el camino daba una vuelta, se paráron, y destapando con precipitacion un frasco, no sin alguna palpitation del corazon al conocer la indiscrecion en que caia, echó un trago Siñier el padre. El esclavo le daba prisa á que acabase ántes que fueran descubiertos, y volviendo á tapar al punto el frasco, le pusieron en la

canasta, y continuó el camello su camino. El temor del esclavo no tenía ningun fundamento; pero la conciencia culpada no está nunca tranquila, y se forma ella misma fantasmas, que la impiden gozar el reposo quando obra mal.

Exquisito le pareció el vino á Siñier el padre, y lo que sentia era no haber bebido algo mas. Dió gracias al esclavo por aquel favor, y le dió á beber una copa de aguardiente en prueba de su reconocimiento; y para disipar todo rezelo aceleró el paso y volvió á incorporarse con la caravana.

Esto fué todo lo que tuvo tiempo de executar, porque apenas llegó adonde estaban sus compatriotas sintió en todos sus miembros tal cansancio y debilidad, qual nunca habia

experimentado. — Quejóse de esta indisposicion al Doctor Codonel bostezando de tal modo, que casi no podia acabar de pronunciar las palabras. El Doctor con su prudencia ordinaria le respondió, que era menester esperar á ver si aquella indisposicion era efecto natural de la carrera que acababa de dar, ó bien si era sintomática.

En esto no pudiendo Siñier el padre tenerse en pie, ni guardar el equilibrio sobre el caballo, le pusieron á horcajadas sobre un asno, y sostenido de un lado por su hijo, y del otro por Martin de la Bastida, que iban á pie, siguió la caravana con bastante trabajo hasta la hora de hacer noche.

Como Siñier el padre estaba bien querido de todos, causó mucha

tristeza á toda la caravana el verle en tal estado; y en particular su hijo, que nunca le habia visto tan abatido, lloraba amargamente manifestando los temores que le infundia la situacion de su padre. Rogó pues al Doctor Codonel que no se apartase de él, y ademas se resolvió á pasar toda la noche en vela para administrarle todos los auxilios de que tuviese necesidad. ¿ Pero cuál fué su admiracion y la alegría del hijo y del médico, al ver á Siñier el padre dormir tranquilamente y con el mayor sosiego, desde el momento que llegaron hasta el de salir la caravana, y encontrarle al despertar tan fresco y alegre como tenia de costumbre, dispuesto á comer con buenas ganas, y sin querer casi creer lo que le habia pasado el

dia ántes? A mí me debe la salud, dixo con sencillez el Doctor: hay casos en que el mejor remedio es dexar obrar la naturaleza; otro que no fuera yo le hubiera matado queriendo curarle.

Luego que á Siñier el padre le diéron el parabien todos sus compatriotas, se puso en camino la caravana, y volvió otra vez Siñier á buscar el esclavo que con tanta condescendencia le habia servido el dia ántes. Al principio le mantuvo conversacion hablando de cosas indiferentes; pero luego que fué apretando el calor, le pidió que dexase ir los camellos mas poco á poco. Me han asegurado (le dixo) que ayer me acometió cierto desmayo, del que estuve cerca de ser víctima, y creo que un poco de vino griego

es lo único que pueda fortalecerme y preservarme de otro accidente semejante, cuyas consecuencias podrán serme funestas. Si Vmd. pues me estima y quiere librarme de una enfermedad, tiene obligacion de dexarme beber otra vez de ese frasco, cuyo licor apenas probé ayer.

El esclavo titubeó al principio; pero al fin creyendo que en ello haria una buena obra, permitió á Siñier el padre repetir la misma operacion que la víspera; y este mas sobre sí que el dia anterior, no fué tan moderado, sinó que saboreó el vino y bebió de él mayor dosis. Bien hubiera bebido mucho mas todavía si el esclavo, que estaba siempre temeroso de ser descubier- to y de incurrir en la desgracia de su gefe, no le hubiera obligado á

soltar el frasco. Sin embargo, nadie advirtió aquel fraude, los camellos caminaron á su paso ordinario, y Siñier el padre volvió á reunirse á los demas de la caravana.

A breve rato sintió otra vez los síntomas de cansancio y desfallecimiento, del mismo modo que el dia ántes; empezaron los bostezos que anunciaban otra nueva crisis. No habiendo todavía perdido enteramente el conocimiento, veia con claridad el estado en que se hallaba, y conocia que era penoso. Sentia que la sangre se espesaba en cierto modo en sus venas, y se detenia la circulacion. En los músculos experimentaba cierta distension dolorosa; parecíale que sus piernas adquirian un peso enorme, y se ponian torpes como dos columnas de

marmol. Las nubes tenebrosas que vagan por el cielo encendido, al arbitrio del viento tempestuoso del estío, corren y se cruzan con ménos rapidez, que los vapores espesos del vino volteaban en el cerebro de Siñier el padre.

¿Qué es esto que me sucede decia en su interior? ¿En qué vendrá á parar este adormecimiento que se ha apoderado de mí? ¿Vendrá esto acaso del vino griego, y podrá ser este el que me abate hasta este extremo? Aquí llegaba en sus reflexiones, de donde no pudo pasar porque se le doblaron las piernas, perdió el sentido, y quedó sin conocimiento en los brazos de su hijo y del Doctor Codonel, quienes no pudieron lograr sacarle de aquel letargo, y así fué preciso dar

órden para llevarle en litera, detras de la caravana, con la esperanza de que volveria en sí luego que hubiese dormido.

No nos engañó nuestra esperanza; pues por la mañana se despertó Siñier el padre, bien que debilitado de necesidad, pálido y desfigurado, y no puso en duda como el dia anterior, lo que le contó su hijo acerca de su accidente. Solamente guardó silencio sobre la causa de su aventura, aunque es verdad que todavía no la tenia por cierta, y solo lo sospechaba. Comió con buena gana; y como su hijo le encargaba que se fuese con tiento en comer, le respondió, no tengas ningun cuidado, pues me parece que ya conozco la causa del mal de ayer, y yo haré de manera que no vuelva

nadie á tener inquietud por culpa mia.

Era su objeto cerciorarse aquel mismo dia de la verdad de sus sospechas, y avisarme luego de lo que hubiera descubierto. Fuése pues á buscar al esclavo, y dando muestras de mucha alegría, le declaró su deseo de beber algunas gotas mas del vino griego. El esclavo acostumbrado ya á condescender á sus ruegos, no hizo ninguna resistencia, y dexando ir los camellos poco á poco, proporcionó á Siñier el padre, la ocasion de satisfacerse de nuevo; pero esta vez usó de mas prudencia, y no bebió mas que algunas gotas del licor que ya creia sospechoso, juzgando que si volvía á experimentar algun cansancio y modorra, eran fundadas sus sos-

pechas de que aquel vino contenia opio.

En efecto, se verificó lo mismo que habia pensado: la modorra se manifestó, aunque algo mas tarde que en las otras ocasiones, por razon de que la dosis no habia sido tan grande; pero aunque fué menor le incomodó mucho mas, por quanto su violencia no fué suficiente para privarle como otras veces. Su hijo y el Doctor Codonel le instaban á que explicase las causas del mal estado en que se hallaba, á lo que respondió que solo lo diria en mi presencia, y sin mas testigos que yo. En efecto, aquella noche vino donde yo estaba, y despues de manifestarme lo mucho que agradecia el interes que habia tomado en su salud, me dixo: Rolan-

do, ya ha llegado el caso de conocer hasta donde llega la perfidia del Xequé de Teawa, quien sin duda quiere deshacerse, ó del Rey de Abisinia ó de nosotros. El vino de que nos ha encargado, contiene opio ó alguna cosa semejante. Yo he tenido la flaqueza de probarlo, y todos han visto quan próxîmo he estado á pagar muy caro mi necesidad é imprudencia.

Sin embargo de estar yo muy inclinado á no dudar de la perfidia del Xequé, me contenté con responder á Siñier el padre, que talvez le acusaria con demasiada ligereza, atribuyendo acaso al opio lo que seria efecto natural de qualquier vino que se bebe con demasiado exceso: mas sin embargo por el interes de todos debia continuar

en amistad con el esclavo, y si otras noticias mas positivas daban mayor probabilidad á las sospechas, seria entónces menester contentarse con apoderarse de los frascos durante la noche, poniendo en lugar de ellos otros con vino comun, y estar á la mira del uso que el gefe de la caravana se proponia hacer del vino griego.

Siñier el padre, para justificarse completamente de la sospecha que yo le habia indicado, me traxo al dia siguiente una botella de aquel vino griego que habia logrado alcanzar de la complacencia del esclavo. Dílo á Monval y á Lagiboseta para que lo analizaran, y halláron en efecto que contenia gran cantidad de opio. En vista de esto resolvimos seguir puntualmente el

plan que yo habia propuesto, y en consecuencia, ayudados de la obscuridad de la noche, quitamos los frascos del Xequé, y en su lugar pusimos otros de la caravana, cuya operacion se executó con tanta destreza, que el mozo mismo de los camellos no lo advirtió.

Ya nos hallábamnos muy cerca de las fronteras de la Abisinia, y ya habíamos pasado la ciudad de *Hor-cacamont*. *Hor* significa en la lengua del pais la madre honda de un torrente, y *cacamont* quiere decir la sombra de la muerte. Los habitantes de este pais se mantienen con maiz y carne de elefante, no gastan armas de fuego, y así se multiplican allí los animales feroces mas de lo que se puede imaginar. Habíamos tambien pasado el rio

caudaloso de *Tokoor-ohha*, que quiere decir el rio Negro. El Tokoor es famoso por la inmensa cantidad de búfalos que se encuentran en sus riberas, y vienen allí atraídos de los árboles frondosos que les proporcionan sombra.

Llegamos por fin á la ciudad de *Sancaho*, que era donde debia dexarnos la escolta del Xequé; pero el gefe del destacamento declaró que queria acompañarnos hasta el famoso desfiladero de *Daw Dohha*. Es este un paso muy estrecho entre las rocas, donde hay varios escalones tan altos y empinados, que no hay caballo ni mula que puedan subir sin saltar, y aun para eso es preciso tirar de ellos por la brida. Despues de esto la baxada es corta, pero casi perpendicular. Por

ámbos lados estan aquellos sitios llenos de *Kamtuffas*, que son unos árboles espinosos, con justa razon aborrecidos en toda la Abisinia.

Luego que pasamos este peligroso desfiladero, hicimos alto. El oficial del Xeque, fiel á las instrucciones que le habian dado, nos manifestó que ya era tiempo de separarse de nosotros; pero que ántes y por despedida queria que comiésemos juntos, y al mismo tiempo darnos á probar del vino destinado al Rey de Abisinia. Entónces vi con claridad que el proyecto del Xeque era robar nuestra caravana, y que aquel oficial era el único á quien se le habia confiado el secreto para salir mejor con el intento. Los Nubios debian aprovecharse del letargo profundo en que nos hu-

biera sumergido el opio, para despojarnos completamente, y llevarse hasta nuestros camellos.

Regocijábase Siñier el padre al ver quitada la máscara á la perfidia, y se alegraba particularmente de que su maña hubiese desconcertado tan horrible proyecto. En atención á su empleo de proveedor, le encargué que inspeccionase los preparativos de la comida, lo que desempeñó gloriosamente. El oficial del Xequé de Teawa, contando con el efecto del vino griego, procuraba repartirlo en abundancia, llenando á menudo los vasos, y ya devoraba con los ojos todas nuestras riquezas; pero á cada vez que él nos llenaba los vasos, tenia yo cuidado de que le llenasen el suyo, y lo mismo á todos los Nubios, con

el vino griego. Bebian todos con ansia, sin el menor rezelo de que iban tragando ellos mismos el famoso vino con que querian regalarnos, y tanto bebiéron, que á poco se manifestáron los mismos síntomas que habia experimentado Siñier el padre. Empezáron todos á bostezar sin interrupcion, formando de esta suerte la música mas discordante; todos se desperezaban, cerraban involuntariamente los ojos, y al fin cayéron en sueño profundo, que era propiamente un letargo: entónces dixé yo á mis compañeros: ya ven Vmds. amigos, lo que pasa á esos infelices Nubios, quienes padecen la suerte que el Xeqne de Teawa tenia guardada para nosotros. — Su intento era robar nuestra caravana, haciéndonos dormir con

su licor pérfido. Yo he hallado el medio de que ellos lo beban, y así estan aletargados para todo lo que queda del dia, y aun para toda la noche; aprovechemos el tiempo para continuar nuestro viage, pues bastante castigo es que quando vuelvan de su letargo se encuentren sin la presa que buscaban.

Mi proposicion fué recibida de todos con aplauso, y en consecuencia nos levantamos, se dió al instante la órden de partir, y se executó con prontitud. Pusimos dos rios de por medio entre nosotros y los Nubios, y estos infelices estarian todavía durmiendo, quando nosotros nos hallábamos casi á las puertas de Dambie.

Así que llegamos á esta ciudad, creyeron necesario los embaxadores

de Abisinia despachar á Gondar un correo, con la noticia de que se hallaban de vuelta, cuya disposicion les pareció indispensable, por quanto poco tiempo habia que una guerra civil de las mas sangrientas se habia encendido en la Abisinia, y el Rey, atendiendo á su propia seguridad, habia publicado edictos muy severos, prohibiendo la entrada de extranjeros en sus estados, y sobre todo en la capital. Los embajadores anunciaban al Rey que despues de largas y penosas pesquisas, habian por fin logrado encontrar en Trípoli un médico célebre, quien habia condescendido en venir á su corte, y que no solamente tenían la fortuna de traer consigo á Gondar un médico, sino tambien venian acompañados de una socie-

dad de sabios, todos del mas alto mérito: que la caravana poseia un antiquario, un naturalista, un geógrafo, marinos, y otros muchos individuos apreciables; que la venida de todos estos sugetos beneméritos produciria el saludable efecto de que floreciesen las ciencias en aquel reyno, tan favorecido por otra parte de la naturaleza: en un pais fértil y templado, que podria ser de los mas ricos y hermosos de la tierra, siempre que estuviese mas civilizado; por último, concluian pidiendo al Rey seguridad, proteccion y hospitalidad para estos extranjeros dignos de estimacion, y se lisonjaban de que así lo resolveria.

Por nuestra parte determinamos esperar en *Dambie* la respuesta del Rey á la representacion que le ha-

bian dirigido los embaxadores. Por desgracia nuestra esta representacion se perdió, porque la respuesta no vino, y presumimos con bastante fundamento, que el portador habria sido detenido en el camino por algunos bandidos, y que el Rey no sabia todavía nuestra llegada; pero el *Shum*, esto es, el Gobernador de Dambie, interpretó de otro modo muy diferente la falta de respuesta; y temiendo comprometerse si dexaba pasar tan crecido número de extranjeros, nos manifestó que condescenderia gustoso en dar libre paso á los embaxadores; mas por lo que hacia á los extranjeros, deberian quedar en Dambie hasta nueva órden.

Esta providencia venia muy mal á nuestros designios, y de consi-

guiente no podíamos conformarnos con ella ; así pues determinamos que los embaxadores instasen al Gobernador, á fin de que diese libre paso á toda la caravana, amenazándole con que de lo contrario seria responsable de la salud del Rey, si tenia el atrevimiento de detener la persona de su médico, y la de los europeos que iban en su compañía. El miedo que le inspiró la responsabilidad terrible con que le amenazaban los embaxadores, obligó al Gobernador de *Dambie* á revocar sus primeras órdenes, y al fin consintió en que partiésemos; pero fué obligando á los embaxadores á que le diesen testimonio de todo, y haciéndoles al mismo tiempo responsables de todo lo que pudiera suceder.

Partimos pues, y al cabo de algunos dias de camino, entramos en el valle que atraviesa el rio de *Ka-hha*. En el centro de esta espaciosa llanura está el monte sobre el qual se halla elevada Gondar, ciudad que puede contener diez mil familias, y está rodeada de un muro de treinta pies de alto. Las quadrillas de rebeldes que habíamos encontrado en el camino, y aun habian incomodado á la caravana al paso, se adelantaban en cierto modo hasta las puertas de la ciudad, miéntras que nosotros ignorábamos enteramente tanto lo que pasaba dentro de ella, como lo que se pensaba respecto de nosotros. Considerando que hubiera sido mucha imprudencia entrar en Gondar sin haber obtenido ántes el permiso del Rey, re-

solvimos acamparnos á las orillas del rio, y enviar á Seguin, el trompeta de la caravana con su trugiman, para dar parte al Rey de Abisinia de nuestra llegada, y esperar sus órdenes.

Partió al instante Seguin montado en un caballo, y resuelto á pe-
recer, ó traernos alguna respuesta. Todos le acompañamos con nuestros votos, y esperamos su vuelta con bastante sobresalto é impaciencia.

CAPITULO XX.

Llegan los viajeros á Gondar. — Usos y costumbres de los Abisinios. — Rolando y sus compañeros son presentados al Rey. — Embaxada del Príncipe de Shoa y del gefe de los Gallas. — Descripción episódica de un viage al nacimiento del Nilo. — Proyecto del Rey de dar una fiesta al embaxador de los Gallas. — Preparativos de la fiesta.

Acampados á orillas del rio de *Kahha*, solo esperábamos á que volviese nuestra embaxada para hacer nuestra entrada en Gondar, ciudad situada, como ya va dicho, en la cima de un empinado monte, y cuyas casas estan hechas de arcilla con techos formados de rastrojos,

en forma de cono , segun se practica generalmente en todas aquellas partes donde caen las lluvias del trópico. A la parte de occidente de la ciudad, se descubria el palacio del Rey, que en otro tiempo era mas notable que lo es en el dia. Este edificio era espacioso y cuadrado , y tenia quatro pisos : estaba defendido por quatro torres, desde las quales descubria la vista hácia la parte del mediodia, todo el campo hasta el lago de *Tzana*; pero habiéndose quemado varias veces, no presenta ahora mas que un monton de ruinas, y solo está habitable el primer piso, en el que hay una sala de audiencia de mas de ciento y veinte pies de largo.

Llegó la noche, y con sus espesas tinieblas crecieron mas nues-

tros rezelos. El silencio mas profundo reynaba al rededor de nosotros; pero á poco oimos cierto rumor, que nos pareció ser á corta distancia de nuestro campamento. Al instante diéron nuestros centinelas la señal de alerta, y toda la caravana se puso en pie. Algunos de mis compañeros estaban tan amedrentados, que ya hablaban de rendirse sin hacer ninguna resistencia. Mis discursos, si no diéron aliento á sus ánimos, sirviéron á lo ménos para imponer silencio á la cobardía. Crecia entre tanto el ruido, y ya Chiusa, á quien yo habia encargado que fuese á explorar la causa de él, habia vuelto á decirnos cómo á lo léjos, y á traves de la obscuridad, habia distinguido un esquadron de árabes que se encaminaba

á la ciudad. Pocos minutos despues oimos descargas de fusilería, que se repetian sin interrupcion; de lo que inferimos que los dos partidos, en que estaba dividida la Abisinia, habrian venido á las manos en aquellas cercanías, y que nosotros nos veríamos precisamente cercados de aquellas tropas. Nuestra situacion era muy crítica y delicada; y mas quando las tinieblas de la noche nos privaban de todos los medios que pudiéramos tener de discernir lo que pasaba cerca de nosotros, y en la duda de distinguir qual era el partido rebelde, nos veíamos reducidos por prudencia y por deber á mantenernos quietos sin tomar parte en la refriega. Chiusa, que continuamente se arriesgaba para informarme de lo que pasaba y

atender á nuestra seguridad, vino á decirme que el ruido de los caballos crecia cada vez mas; pero que en lugar de ir hácia Gondar, parecia que aquellas tropas tomaban el camino opuesto; lo que á breve rato se confirmó; pues un quarto de hora despues de esto, volvió otra vez Chiusa, y me dijo que á lo que él habia podido ver, la derrota de los rebeldes era completa, quienes huian con suma precipitacion; y que ademas la caravana no debia tener ningun reze-lo, por quanto el rio de *Kahha* estaba por medio, y la separaba de los fugitivos.

En efecto, no se habia engañado Chiusa; porque al salir la auro-ra nos descubrió las puertas de Gondar abiertas, y Seguin y el

Dragoman viniéron á buscarnos, trayendo órden del Rey, por la qual permitia á sus embaxadores y demas de la comitiva, que hicieran su entrada en la ciudad, donde habia mucho tiempo que les esperaban. — Vamos pronto (dixo Seguin); venid á participar de la alegría comun, y asistir á las fiestas que han de celebrarse con el motivo de la victoria completa, que ahora se ha ganado á los rebeldes. Las gentes corren ya en tropel á las iglesias, y el Rey se dispone para ir á la catedral. — ¡Bravo! (exclamó Siñier el padre): buena fortuna es haber llegado á tan oportuna ocasion; no hay buena fiesta sin que haya buena comida! ¡viva el Rey de la Abisinia!

Antes de hablar del modo como

fuimos recibidos en Gondar, y de nuestra entrada en el palacio del Rey, donde á poco fuimos admitidos, es del caso decir algo acerca del gobierno y de los usos de aquel pais, que ya conociamos de antemano, por lo que en el camino nos habian contado los embaxadores.

La corona de Abisinia es y ha sido siempre hereditaria en una familia particular, á que las gentes del pais atribuyen la mas remota antigüedad; mas sin embargo es electiva esta corona en aquella misma familia, sin que haya ley ni costumbre, que obligue á dar la preferencia al hijo primogénito del Rey. Quando este muere, si los hijos han entrado en edad competente para hallarse en estado de reynar, el mayor ó el menor, con la

ayuda de los amigos del padre, se apodera por lo regular del trono; pero si los herederos no estan á la sazón en la ciudad, sino que se hallan en algun pueblo de la sierra, adonde acostumbran enviarlos á vivir desterrados, entónces el primer ministro elige por sí solo el Rey, el qual se reputa haber sido llamado por la nacion. Nunca dexa de dar la corona á algun muchacho, para poder de esta suerte, y en su nombre, gobernar el imperio á su voluntad.

En la coronacion ungen al Rey con aceyte de olivas, echádoselo sobre la cabeza; y para que penetre bien por el pelo, se frota bien con ámbas manos, poco mas ó menos del mismo modo que sus soldados se frotan la cabeza con manteca.

La corona de los Reyes de Abisinia se parece mucho á una coraza. En el remate de la corona hay una bola de vidrio encarnado, de que cuelgan muchas campanillas de varios colores. En otro tiempo no se veia nunca el rostro del Rey, ni otra ninguna parte de su cuerpo, á no ser los pies, que mostraba de quando en quando. Siéntase en una especie de alcoba ó de balcon, que por delante tiene celosías ó cortinas, y se cubre el rostro siempre que da audiencia pública ó hace justicia. Quando teme alguna traicion, está cerrado del todo el balcon, y habla por un agujero que háy al lado, á un empleado que llaman el *Kal-Hatzé*, esto es, la voz ó la palabra del Rey, y el qual comunica los discursos del monarca á los jue-

ces, que estan sentados al rededor de la mesa del Consejo.

El Rey va de ordinario todos los dias á la iglesia; en cuya hora toman las guardias todas las bocacalles, y ocupan las puertas por donde ha de pasar: nadie puede acompañarle en esta ocasion, en que va á pie, sino dos de sus mayordomos, en quienes se apoya. Besa el umbral y los linteles de la puerta de la iglesia, como tambien las gradas del altar; y se vuelve inmediatamente á su palacio. Sube las gradas de la sala de audiencia, montado en una mula, y no se apea hasta que llega á un tapiz de Persia, que está delante del trono.

Todos los dias, ántes de amanecer, va el que tiene el oficio, con un latigo á dar latigazos delante

de la puerta del palacio, con el fin de ahuyentar las hienas y otros animales feroces, que durante la noche andan por la ciudad, y al mismo tiempo es esta la señal de levantarse el Rey. El monarca se sienta en ayunas sobre su trono, para administrar la justicia hasta las ocho de la mañana. Quando convoca su Consejo, se coloca en una especie de celda cerrada, y situada al extremo de la mesa del Consejo. Las personas que allí asisten, estan sentadas al rededor de la mesa, segun su clase, y dan su voto, empezando siempre el mas mozo.

Cada vez que alguno va á la presencia del monarca, no basta que hincase la rodilla, sino que tiene que postrarse, para lo qual, lo primero que hace es hincarse de rodillas;

y luego se echa sobre las manos, inclinando despues la cabeza y el cuerpo, hasta que la frente toque en el suelo; bien entendido, que si el que esto hace espera respuesta, tiene que permanecer en esta postura, hasta que el Rey le mande levantar.

Hay en Abisinia una costumbre muy particular, y es que delante de las puertas y ventanas del Rey han de estar siempre muchas gentes llorando, lamentándose, y pidiendo justicia á voces, en las diferentes lenguas del imperio, y que les permitan presentarse al monarca, para que cesen los agravios que pretenden se les han hecho. Si por casualidad no es bastante grande el número de estos importunos, buscan y pagan una tropa de miserables

para que vayan allí á vocear y lamentarse, como si real y verdaderamente padeciesen alguna injusticia. Este uso, á lo que dicen, está fundado en honor de la magestad Real, con el fin de que el Príncipe no se vea abandonado en su palacio á la soledad y tranquilidad, que pudieran serle peligrosas.

En Abisinia es delito de lesa-magestad el sentarse en la silla del Rey; y qualquiera que se atreviese á ello, seria al punto desquartizado. Es ley fundamental del estado que los hijos de la familia Real, que sean disformes, ó tengan algun defecto corporal, no puedan subir al trono.

El Rey de Abisinia está exênto de todas las leyes. Todas las tierras del reyno, y las personas mismas

de sus vasallos le pertenecen. La Reyna su esposa tiene el nombre de *Ithegé*.

En aquel imperio, quando un preso está sentenciado á pena capital, no le llevan otra vez á la carcel, por quanto esta dilacion la miran como cosa cruel; y así le envian inmediatamente al lugar del suplicio, y se executa la sentencia.

La cruz es en Abisinia el principal castigo; y otro suplicio todavía mas terrible, es el de desollar vivos. Tambien acostumbran los Abisinos dar la muerte á los delinqüentes, apedreándolos; cuyo suplicio se reserva, por lo comun, para los extrangeros que ellos llaman *Francos*. Entre las penas capitales debe contarse la de arrancar los ojos, que es de ordinario el castigo

que se impone á los rebeldes, y cuyo suplicio se executa con tenazas de hierro, y del modo mas cruel que puede imaginarse.

Los cadáveres de las personas, que han sido condenadas á muerte, quedan expuestos en las plazas públicas y en los caminos. Las calles de Gondar estan empedradas de huesos y calaveras de estos infelices, lo que atrae á tantos animales feroces, durante la noche, que es muy arriesgado salir de casa.

La guardia del Rey se compone de unos ocho mil hombres de infantería, de los quales hay dos mil que llevan fusiles. Los exércitos mas numerosos que han salido á campaña, no han pasado nunca de cincuenta mil hombres. Las banderas de la infantería estan pintadas

de dos colores diferentes, y por bandadas, que se cruzan de amarillo y blanco, ó de encarnado y verde. Los estandartes de la caballería tienen un leon encarnado, verde y blanco.

Los hombres no se entrometen en Abisinia en vender ni comprar; y se tiene á cierta especie de infamia, el que un hombre vaya á comprar qualquier cosa al mercado. Tampoco pueden acarrear agua ni amasar el pan; pero sí lavar sus ropas y las de sus mugeres, en cuyo oficio no pueden estas ayudarles.

Volvamos ahora á coger el hilo de nuestras aventuras, diciendo que como íbamos en compañía de los embaxadores, teníamos fundado motivo de esperar, que en llegando á Gondar seríamos recibidos con

distincion. El Rey nos envió á decir que muy pronto seríamos admitidos á su audiencia; y para granjearnos su benevolencia, determinamos hacerle una arenga y un regalo. La primera se encargó de componerla, en árabe, el Abate Doloni; y el regalo eran algunos instrumentos de física, los quales creimos que darian mucho placer al Rey.

Al segundo dia de nuestra llegada, vino un mensagero á decirnos que el Rey nos aguardaba: á lo que añadió que aquel dia lo era de audiencia solemne, por quanto varios embaxadores, enviados por los Príncipes vecinos, habian de ser presentados al Rey; quien tendria particular gusto, en que nuestra concurrencia aumentase la pompa

de aquella ceremonia.

Tomamos pues el camino del palacio, al son de nuestros instrumentos músicos, y todos los habitantes de Gondar acudían presurosos á ver pasar nuestra comitiva. Llegados á la puerta del palacio nos recibieron dos oficiales, quienes nos introduxéron á la sala de audiencia, donde nos postramos delante del Rey, que estaba sentado en el trono; y los embaxadores, el Doctor Codonel y yo tuvimos la honra de besarle la mano por fuera y por dentro. Los embaxadores hicieron la relacion sucinta de su largo viage; y al mismo tiempo que ponderáron la mucha ciencia del médico, alabáron y pusieron en su punto los conocimientos de todos los que le acompañaban. Yo

tuve la fortuna de cautivar particularmente la atencion del Rey ; y uno de los que allí estaban , vino á decirme de su parte , que en atencion á mi buena presencia , y confiado como estaba en mi zelo , habia resuelto nombrarme *Palambarras* , que quiere decir , comandante de la caballería. Aprovechémonos de las buenas intenciones del Príncipe , para ofrecerle nuestro presente ; y el Abate Doloni pidió licencia para pronunciar su arenga : concediósele sin dificultad , y la oyéron con frialdad. Todo el tiempo que duró el discurso , estuvo el Rey divertido , viendo los instrumentos de física que le habíamos presentado , cuya distraccion puso al orador en términos , que no podia disimular el despecho que esto le causaba , y

mas de quatro veces estuvo á punto de faltarle la memoria y perderse.

A breve rato introduxéron otra embaxada. El oficial que estaba á mi lado, me dixo que el gefe de ella era *Amba-Yassus*, hijo del Príncipe de *Shoa*, que venia á cumplimentar al Rey, y ofrecerle un presente de quinientas onzas de oro: á lo que añadió, que *Shoa* era un reyno confinante con el pais de los Gallas, situado al sur de la Abisinia.

Introducido *Amba-Yassus* en la sala de audiencia, se acercó á las gradas del trono, inclinándose cada vez mas, al paso que iba andando; pero al tiempo de hacer la accion de postrarse, le detuviéron dos oficiales jóvenes, sin dexarle que se

baxase á besar el suelo. El Rey tenia descubierta la mano, pero sin acercársela, por quanto no queria exígir del Príncipe que se la besara. Sin embargo, despues de haber hecho varias instancias *Amba-Yassus*, aunque inútilmente para postarse, tomó al Rey la mano y se la besó. Hizo el Rey al principio algunos esfuerzos para que la soltara; pero luego que el Príncipe se la hubo besado, le dió á besar la palma de la mano, lo que en aquellas regiones es señal de gran confianza y amistad. Estaba preparado un taburete de medio pie de alto, cubierto con un tapiz de Persia; y al tiempo que *Amba-Yassus* iba á hablar en pie, aquellos dos oficiales que ántes le estorbáron arrodillarse, le asiéron y le obli-

gáron á que se sentara en aquel taburete, derramando al mismo tiempo sobre su persona tanta esencia de rosa, que dudo de que nunca se hubiese visto tan mojado de la lluvia.

Luego que *Amba Yassus* hubo entregado el presente que traía, recibió el Rey otra visita, no tan interesante como la del Príncipe de *Shoa*; pero todavía mas extraordinaria. *Gangul*, gefe de los *Gallas de Angos*, esto es, de los Gallas orientales, vino á presentarle su ofrenda. Varios Gallas de su comitiva, traían al Rey gran número de astas, de extraordinario tamaño, con algunas otras cosas de poca entidad. *Gangul* era pequeño de cuerpo, flaco, mal formado, y no tenía traza ni de fuerte ni de ágil: tenía

la cabeza muy grande, y las piernas y muslos muy delgados, en proporcion de lo demas del cuerpo. La tez no era ni negra ni muy morena, sino de cierto color amarillo y cárdeno, que anunciaba poca salud. El cabello era largo, y lo traia trenzado con tripas de buey, de manera, que no podia distinguirse aquel de estas; cayendo aquellas trenzas particulares, parte sobre las espaldas y parte sobre el pecho. Al rededor del cuello traia una de estas tripas, y con otras varias tenia ceñida la cintura, sirviéndole de faxa, sobre las quales tenia un pedazo de tela de algodón, empapada en manteca. La cara y lo demas del cuerpo de *Gangul*, estaba igualmente untado de manteca, que por todas partes le chorreaba.

Frisaba *Gangul*, al parecer, con los cincuenta años, y en su rostro se descubrian la extremada confianza, y la superioridad insolente. Es costumbre entre las Gallas, que en los dias de ceremonia salga el gefe montado en una vaca; y de esta misma manera habia venido montado *Gangul* en una, que aunque no era grande, tenia las astas de un tamaño prodigioso. Esta cabalgadura no tenia silla; y él traia cierta especie de calzoncillos, que escasamente le llegaban á medio muslo, quedando lo demas de piernas, pies, y lo restante del cuerpo todo desnudo. El escudo de *Gangul* era meramente un cuero de buey, pasado por el fuego, y formando varios dobleces. La lanza que traia era corta, armada con una punta

de hierro mal trabajado; y el mango, que segun parecia, era de espino albar, estaba sin ningun género de adorno, lo que es muy raro en las armas de los bárbaros.

El salvage, revestido con todas aquellas tripas de buey, se habia apeado de la vaca, en que venia montado, á la puerta del palacio. Quando entró en la sala de audiencia hacia excesivo calor, y ántes que llegase aquel Príncipe puerco y hediondo, nos le anunció el mal olor que de sí despedia. Al verle el Rey, le pareció tan extraña aquella figura, que le costó trabajo contener la risa, y aun no pudiendo reprimirla, se levantó de pronto, y se fué á otro aposento inmediato.

Gangul no dió muestras de la menor timidez ni cortedad, al ver

tanta gente como estaba en la sala, y viendo desocupado el trono, se fué derecho á él, creyendo que aquel era el asiento que le estaba preparado. Sentóse pues sobre el coxinete de damasco carmesí, el que llenó de aquella manteca, con que traia untado todo su cuerpo.

Atónitos quedáron quantos estaban presentes al ver la accion de *Gangul*, quien al oir y ver las muestras de admiracion que todos daban, se levantó sin poder atinar con la causa de aquellos clamores; pero ántes que tuviese tiempo de conocer su yerro, cargáron todos sobre él, y le sacáron á la puerta, donde permaneció con semblante admirado y feroz. En Abisinia, el sentarse en el trono del Rey, es delito de lesa magestad, que se cas-

tiga las mas veces con la muerte; pero el pobre *Gangul* debió la vida á su ignorancia.

Miéntras esto pasaba, habia estado el Rey oculto detras de una cortina, y no le causó ménos risa la sencillez de *Gangul*, que la que tuvo ántes al verle entrar. Presentóse otra vez riendo todavía, sin poder pronunciar ninguna palabra; mas para no dar motivo de ofenderse al gefe de una nacion, que, aunque salvage, era poderosa, pretextó cierta incomodidad repentina, y dexó para el dia siguiente el recibimiento del gefe de los Gallas.

Por lo que hace á nosotros, no tuvimos motivo alguno de quejarnos de la favorable acogida que debimos al Rey, quien nos convidó á todos á comer, y nos presentó

ademas á la Reyna, que en Abisinia, como va dicho, tiene el nombre de *Ithegé*.

En su mismo aposento encontramos un viagero Inglés, que acababa de llegar del nacimiento del Nilo, é iba á empezar la historia sucinta de su viage. El Rey, presumiendo que nosotros tendríamos gusto en oír aquella relacion, pidió al viagero que la hiciese en nuestra presencia, y entónces empezó de esta manera:

„ El ansia de ver el nacimiento del Nilo, es el motivo que me ha traído á Abisinia. Luego que llegué á Gondar, hice presente mis deseos al digno Rey, y á la generosa Reyna que me escuchan, quienes desde luego manifestáron su desagrado, y juzgáron chímérico

mi proyecto. Fuéme esto muy sensible, y me tomé la libertad de hacerlo así presente á estos soberanos. En vista de mis instancias, me dixo la *Ithegé*: ¡ ved aquí como cada dia de nuestra vida, nos está dando continuas pruebas de la inconsequencia y frivolidad humana! Desde Europa venís hasta aquí, atravesando países dominados por Turcos, y climas ardientes y malsanos, solamente por ver un rio, del qual no podeis llevaros la mas chica parte, por grande que fuese su precio, y que en realidad es menor, ménos cristalino, y ménos bello que otros muchos rios de vuestra tierra; y á pesar de todo os causa sentimiento, que yo tire á disuadiros de una empresa que puede costaros la vida, sin que se sepa en vuestra pa-

tría cuál ha sido vuestro paradero.

„La Reyna pronunció estas palabras con tono tan melancólico, que sin duda me hubieran hecho mudar de propósito, si no hubiese sido tan ardiente mi deseo de emprender este viage extraordinario, y lograr el éxito feliz que en todos los siglos habia dexado burladas las esperanzas de muchos y animosos varones.

„Al empezar la primavera salí de Gondar, acompañado de cinco ó seis criados bien armados. Pasamos el rio de *Kaltha*, y poco despues llegamos á la orilla del *Mogeteh*, otro rio mas caudaloso, que pasamos por un puente de quatro arcos muy sólidos; cosa en extremo rara en Abisinia.

„Dos dias despues pasamos por

el numeroso pueblo de *Tanguri*, en el qual la mayor parte de sus moradores son mercaderes mahometanos, que van en caravana mas allá del Nilo, y muy adelante hácia el sur. Estas caravanas gastan por lo regular un año en su viage. A eso de las diez entramos en *Emfras*, ciudad edificada en la cima de un elevado monte, y á la qual no se puede llegar sino por una senda sumamente escabrosa. En esta ciudad residia en otro tiempo el Rey de Abisinia.

Muy cerca de *Emfras* está el lago *Tzana*, que es, sin disputa, el mas vasto depósito de aguas que hay en estas regiones. Este lago está salpicado de islas, todas ellas habitadas, las quales en otro tiempo eran las cárceles adonde envia-

ban á los grandes de Abisinia, ó ellos mismos las elegian para retirarse quando estaban descontentos de la corte; ó finalmente quando en los tiempos de alborotos, querian poner en salvo las alhajas mas preciosas que tenian.

„ Los dias siguientes proseguimos nuestro camino, sin que nos ocurriese nada de particular. Deseábamos con ansia llegar á *Alata*, ciudad considerable, situada en la falda de un monte, cerca de la qual se ve precipitarse el Nilo con ruido espantoso, desde lo alto de las peñas escarpadas.

„ Ya hacia algun tiempo que oíamos el ruido de la catarata, lo que daba mayor estímulo al deseo que tenia de verla. Llegados á *Alata*, paramos á la puerta del Gober-

nador, en cuya casa nos diéron una comida frugal, y acabada que fué, nos lleváron nuestras guias en derecha al puente, que solamente tiene un arco de unos treinta pies. En aquel parage corre el Nilo recogido entre dos peñas, las que ha excavado á mucha profundidad con su corriente rápida, que por allí pasa con ímpetu y estruendo.

„Desde el otro lado del puente fuímos rio arriba, como cosa de media milla, para llegar á la catarata, y vimos todas aquellas riberras pobladas de árboles y arbustos. La catarata ofrecia la vista mas agradable que se puede imaginar. No es fácil medirla con exâctitud; pero valiéndonos de unos palos, y del modo que mejor pudimos, para medir la altura, hallamos que

tendría unos quarenta y seis pies de caída. El Nilo , muy crecido con las lluvias , formaba , al caer , una sábana de un pie de grueso por lo ménos , sobre mas de media milla de ancho ; y el ruido que hacia era tanto , que me dexó atolondrado , casi lo mismo que si tuviese vahidos. La niebla espesísima ocultaba la catarata , y se elevaba hasta muy léjos , siguiendo la corriente del rio por entre los árboles. Sin embargo de que las lluvias habian aumentado las aguas , se conservaban cristalinas , y cayendo en una anchísima taza de peñas , se dividian en varios y opuestos torrentes , uno de los quales retrocedia rugiendo y estrellándose en los bordes de la peña , volvía tomando la vuelta al rededor , y corria rápidamente á mez-

clarse y confundirse con la corriente espumosa del río.

„La vista de esta cascada me pareció tan magnífica y grandiosa, que me dexó por largo tiempo absorto y confuso, y casi olvidado enteramente de quanto me rodeaba. Parecíame que se habia roto el equilibrio de los elementos, y que aquella inmensa cantidad de agua que se precipitaba con horrísono estruendo, iba á sumergir el globo terrestre.

„Prosiguiendo nuestro camino, anduvimos varios dias encontrando varias caidas de agua, de suma y admirable magnificencia. Casi á cada milla encontrábamos cascadas sombrías, rodeadas de espesos árboles, y de floridos arbustos, entre los quales volaban mil páxaros ra-

ros y hermosos, por sus varios y agradables colores, bien que entre todos ellos no habia uno, cuyo canto correspondiese á su hermosura.

„La naturaleza se manifestaba pues á nosotros hermosísima, al mismo tiempo que los hombres nos parecían crueles y salvages. Nos hallábamos ya en el pais de los Gallas, y en él hubiéramos perecido mil veces, á no ser por las cartas de recomendacion que el Rey de Abisinia tuvo la bondad de darnos. En vista de ellas, el Gobernador del pais me dió por guia un Oficial llamado Woldo, el qual era barbilampiño, como lo son los demas Gallas. El vestido de este hombre se reducía á un pellejo de cabra, que traía por los hombros en forma de palatina; unos calzoncillos, que

escasamente le llegaban á medio muslo; y un cinto hecho de tripas, en el que llevaba metido un estoque. Iba desnudo de pie y pierna, y caminaba á pie, sin que por eso dexase de seguir el paso que nosotros llevábamos. Casi siempre tenia en la mano una pipa grandísima; y no obstante aquel aspecto singular y extraordinario, era Woldo tan perspicaz y malicioso, que comprendia el sentido de nuestras conversaciones, á pesar de que hablábamos en lengua de que no podia entender ni una palabra.

„Seria muy largo referir aquí los infinitos peligros que corrimos al andar por aquel bárbaro pais; y bastará decir que gracias á nuestro guia, á nuestro valor, y acaso tambien á nuestra buena fortuna, lle-

gamos buenos y sanos al fin de nuestro penoso viage. Apareció por fin á nuestra vista el monte de *Geesh*, á cuyo pie está el nacimiento del Nilo; á cuya sazón, y segun pudimos juzgar, nos hallaríamos distantes de él, en línea recta, como unas treinta millas.

En aquel parage vimos que el Nilo tenia de profundidad unos quatro pies y medio, y dos solamente en la orilla. Por el lado de oriente está la ribera llena de peñas puntiagudas, y poblada, hasta mucha distancia, de bosques sombríos y espesos, del medio de los quales se levantan algunos árboles, descolando entré los demas con hermosura y magestad, aunque ajada ya por la mano del tiempo. La vista sombría y terrible de la naturaleza

silvestre, nos causó cierta impresion de temor.

„Aquella misma veneracion que tenia al Nilo la antigüedad, se conserva todavía en los pueblos, que viven cerca de su nacimiento. Aquellos naturales acudieron adonde estábamos, luego que viéron que queriamos pasar el rio; y aun nos sirviéron verdaderamente de mucho en aquella ocasion; pero no quisieron permitir, en manera ninguna, que nadie entrara en el agua montado en caballo ó mula.

„Descargáron nuestros machos sin gastar ceremonia, poniendo las cargas sobre la yerba; despues nos instáron á que nos descázasemos los zapatos, y amenazáron que apedrearian á qualquiera, que intentase lavar su ropa en el rio. Las gentes

de mi acompañamiento respondiéron en el mismo tono, y aun Woldo pasó á amenazarles; miéntras yo contemplaba, en silencio y con placer particular, aquellos restos del culto que se tributaba al Nilo; de aquel culto antiquísimo, que yo no podia imaginar que hallaria allí, y que todavía subsiste en entero vigor.

„Finalmente, nos dexáron que bebiésemos del agua del rio, y tambien los caballos y mulas; y tomándome luego dos hombres por debajo de los brazos, me hicieron pasar con mucha precaucion. Aquellos naturales pasáron despues nuestros caballos, mulas y cargas. Continuamos el camino, y andando por un llano poblado de acacias, todas las quales no tenian mas que ramas

pequeñas, que parecian estar podadas. Pregunté la razon de esto, y me dixéron proceder de que estábamos en el pais de la miel, y gastaban los renuevos de los árboles en hacer cestas, las quales colgaban de los árboles y de las casas, para que las abejas fuesen á depositar en ellas la miel, durante el tiempo de la sequedad. En efecto, fuimos viendo las paredes de las casas por donde pasábamos, igualmente que los árboles inmediatos á ellas, llenos todos de cestos, en que innumerables enxambres de abejas habian hecho sus colmenas, y estaban trabajando.

„Baxamos luego á una espaciosa llanura, donde habia muchos pantanos, y la terminaba el Nilo por el Oeste. Allí da el rio mas vuel-

tas y revueltas que ningun otro rio en igual espacio; pues da allí mas de ciento de ellas, y solo tiene unos veinte pies de ancho con uno de hondo.

„Los montes que se ven en la direccion del Este al Oeste, tienen poca elevacion, y estan cubiertos hasta la cima de risueño verdor, y de acacias graciosas. En lo mas alto de estos montes, se encuentran amenos llanos, en que crecen abundantes y excelentes pastos. Al pie de ellos está el pueblo de *Sacala*, y algo mas allá el de *Geesh*, donde tiene el Nilo su nacimiento.

„En aquel parage tienen estos montes la figura de una media luna, y estan tocando con el elevado monte de *Litchambara*, el qual forma tambien una media luna mu-

cho mayor. Mas allá de todos estos montes se encuentran los de *Amid-Amid*, que tienen la misma figura que mencionada queda de los demás, y los abraza á todos en su inmenso circuito.

„Estos varios montes forman tres círculos, unos dentro de otros. El terreno es muy bueno; pero como aquel desgraciado pais, hace tantas generaciones, que es el teatro de los horrores de la guerra, no siembran trigo los habitantes á no ser en la cima de los montes, donde estan libres del enemigo, y fuera del paso de los exércitos.

„Tomamos el camino de *Geesh*, y luego que llegamos allá, no sin haber tenido muchos trabajos, fuimos á visitar al *Shum*, ó Gobernador, llamado *Kaffa-Abay*, ó el

criado del río. Era este un hombre de unos setenta años, el qual sin estar flaco, padecia todas aquellas enfermedades, que son propias de esta edad. Tenia la barba blanca, larga, aunque no muy espesa: adorno raro en Abisinia, donde la mayor parte de los hombres no tienen un solo pelo en ella. El vestido que traia era un pellejo atado por la cintura con un cinto ancho; y encima de esto llevaba una capa, con una capucha que le servia para cubrirse la cabeza.

„Fuimos pues, baxo los auspicios de *Kaffa Abay*, á contemplar aquellas famosas fuentes, de cuya exístencia se disputaba todavía. A la salida de *Geesh* vimos el Nilo, que no era más que un arroyuelo humilde, que apenas lleva-

ria agua bastante para mover un molino. Confieso que no me hartaba de mirar aquel rio tan cerca de su nacimiento. Traia á la memoria todo lo que dixéron los autores antiguos, segun los quales parecia que este nacimiento habia de permanecer eternamente oculto; y por la primera vez gozaba del triunfo que debia á la intrepidez, ayudada de la Providencia; el qual me hacia superior á otros muchos hombres poderosos y sabios, que desde la mas remota antigüedad, acometieron en vano la misma empresa, que yo tuve la fortuna de acabar felizmente.

„De lo alto de la peña de *Geesh* baxamos á un terreno húmedo, en cuyo medio se levanta una eminencia cubierta de céspedes. — ¿Veis

esa eminencia? (me dixo *Kaffa-Abay*); pues ahí está el nacimiento del Nilo; y para llegar á verlo, es preciso que os descalzeis los zapatos, como yo voy á hacerlo.

„Hicelo así, y me acerqué con mi guia á aquel islote lleno de verdura, que estaba á doscientos pasos de nosotros. Al llegar vi que tenia la forma de un altar, la que sin duda ha sido obra del arte; y quedé en éxtasis profundo, contemplando aquel manantial, que sale del medio del altar. Permanecí en pie mirando aquel parage, adonde hace tres mil años, que en vano han intentado llegar el saber y el valor de los hombres.

„Los *Agows*, en cuyo pais nace el Nilo, son de las naciones mas numerosas de la Abisinia. Habitan

un clima afortunado; pero es opinion comun, que no son de larga vida. Es difícil saber la edad de ellos con puntualidad, porque no tienen ninguna regla cierta para contar el número de sus años. Los mas mozos van casi desnudos; las madres llevan los hijos sobre las espaldas; y su vestido consiste en una especie de camisa, que llega hasta los pies, ceñida por la cintura. Son estas mugeres, en general, flacas y de pequeña estatura, del mismo modo que los hombres.

En el manantial principal del rio, y en aquel altar de céspedes, de que he hecho mencion, es donde todos los años, á la primera aparicion de la canícula, el sacerdote convoca los gefes de las tribus, sacrifica una becerria negra, le corta

la cabeza, la que mete en el agua, y para que nadie vuelva á verla, la envuelve en el pellejo del animal, que tienen ya rociado por dentro y fuera con el agua del Nilo. Parten despues la becerra en tantos pedazos como tribus hay, y los *Agows* se la comen cruda; recogen los huesos y los queman en el mismo parage donde se ha celebrado el festin.

„El agua del manantial del Nilo es muy ligera, muy buena, y sin sabor. A mí me pareció muy fresca, no obstante que estaba expuesta al ardor del sol. La mañana siguiente al dia de mi llegada á *Geesh*, como el tiempo estuviese hermosísimo, despejado el cielo, casi en calma el ayre, y todo convidando á las operaciones astronómicas, quan-

do era ardiente mi deseo de determinar la situacion exácta del punto de la tierra, en que se halla este manantial buscado por tanto tiempo, hice todas las operaciones necesarias al intento, y hallé que la latitud exácta del manantial principal del Nilo, era diez grados, cincuenta y nueve minutos, y veinte y cinco segundos.

„En la noche siguiente á mi llegada al nacimiento del Nilo, me asaltaron reflexiones sumamente melancólicas, presentándome la distancia en que me hallaba de mi pais nativo, y los muchos peligros y fatigas que tenia que pasar para volver á él. En el instante mismo en que acababa de lograr, lo que por muchos años habia sido objeto de mi ambicion y de mis deseos,

sucedió repentinamente la indiferencia á la posesion, como es propio de la flaqueza del hombre, y de la humana naturaleza, que nunca goza completamente de nada en este mundo.

„Las marismas y el manantial del Nilo no me parecian ya mas que una fruslería, en comparacion de otros muchos rios, y mas quando yo habia visto el nacimiento del Rhin, y el del Ródano, que son mas dignos de admiracion. Entónces me parecia cosa de delirio de un cerebro enfermo, el deseo de ver el nacimiento del Nilo. Apoderóse de mí la tristeza, y me sentia enteramente desanimado. Con estos pensamientos melancólicos salté de la cama, y por fortuna el ayre fresco refrigeró mi espíritu, y

disipó aquellos vapores, que se habian apoderado de mí.

„El Nilo pasa por medio de las marismas, donde está su nacimiento, y va derecho al Oriente por unos cien pasos, sin que sus aguas tomen mayor incremento. Corriendo en esta direccion como unas dos millas, recibe el tributo de varios manantiales, que nacen en ámbas riberas; y quando llega al pie del monte de *Sacala*, tiene ya el agua que seria suficiente para que anduviese un molino de los comunes. Despues de haber corrido algunas millas en esta direccion, casi siempre sobre un fondo de guijarros y piedras sueltas, dexa el rio sus montes nativos, y atraviesa el llano de *Gutto*, donde está la primera catarata.

„Saliendo de este llano, va derecho el Nilo hacia el Norte, y recibe en su seno varios riachuelos. Entonces corre ya mas caudaloso, y sus orillas estan tajadas y llenas de árboles corpulentos. Corre hacia el Nordeste varias leguas, da una vuelta muy grande, recibe mas abaxo el *Dei-ohha*, que viene del Este, y forma en *Kerr* la segunda catarata.

„Cerca de tres millas mas abaxo de esta catarata, el caudaloso y soberbio *Jemma* tributa sus aguas al Nilo, el que despues de recibir otros varios rios que vienen del Oeste, se vuelve hacia el lago *Tzana*, y lo atraviesa por la punta meridional, que tiene siete leguas de ancho. Conserva el Nilo el color de sus aguas, que es muy distinto

del de las aguas del lago, y va á salir en el territorio de *Dara*; en cuyo parage, no solamente está profundo el rio, sino tambien tiene mucha rapidez. Las orillas estan muy altas, y cubiertas de verdor alhagüeño y variado. Corre por cerca de los montes de *Begemder*, hasta llegar á *Alata*, donde está la tercera catarata. Es *Alata* un pueblo pequeño, edificado en la ribera oriental del rio, y habítanlo mahometanos. La catarata de *Alata*, y todas aquellas cercanías son de tal belleza, que es imposible describirlas.

„Continúa el Nilo corriendo en la misma direccion, y cada vez va siendo mas hondo y rápido. No es fácil vadearle, sino en ciertos tiempos del año; y solo los Gallas, para

hacer sus correrías en Abisinia, lo pasan en todos tiempos, ya á nado, ya sobre pellejos de macho cabrío sopladados.

„Por lo demas, una vez satisfecha mi curiosidad en punto al origen de este rio, me di prisa á despedirme del Gobernador de los Agows, y ponerme en camino para Gondar. A mi vuelta no me ha sucedido nada particular; y mi viaje al nacimiento del Nilo, es en el dia para mí, á la manera de un sueño agradable, de que al despertarse queda á lo ménos cierta memoria.”

De esta suerte habló el viagero, cuya historia no se habia ninguno de nosotros atrevido á interrumpir. La presencia del Rey y de la *Ithégé*, nos causaban mucho respeto,

sin dexarnos libertad para hacer al Ingles algunas preguntas acerca de varios puntos, sobre que deseábamos mayor ilustracion. Martin de la Bastida, por exemplo, quisiera saber puntualmente cuál era la altura del nacimiento del Nilo sobre el nivel del mar. El Abate Doloni deseaba probarle que ántes de él, habian los Jesuitas penetrado hasta *Sacala* y hasta *Geesh*: que habian intentado convertir los Agows, y aun tambien habian edificado, en el monte de *Sacala*, una iglesia dedicada á San Miguel, cuyas ruinas deben de subsistir todavía.

Entre tanto el Rey nos distinguia, y nos colmaba de favores: no era solo el Doctor Codonel á quien habia tomado aficion, sino que todos estábamos en su gracia, y hablaba

nada ménos que de darnos los empleos mas eminentes de su corte.

Un dia nos llamáron á todos , y el Rey nos consultó acerca de lo que deberia hacerse , para dar una fiesta espléndida á aquel gefe de los Gallas , á quien recibió al principio tan mal , y cuyo poder necesitaba contemplar : con cuyo motivo nos dixo ; yo he desayrado á este embaxador , y ahora quiero manifestarle la consideracion en que le tengo , y evitar por este medio algun rompimiento , que me seria funestísimo , y mas ahora que mi estado se halla debilitado con los alborotos pasados. Vosotros sois de tierras , en que las artes han llegado al mas alto punto de perfeccion ; y así pongo á vuestro cuidado el dirigir esta fiesta , en lo que debeis

procurar, que su magnificencia corresponda á la idea, que yo me tengo formada de antemano. Es menester deslumbrar y aturdir al gefe de los Gallas, de manera, que el júbilo y alegría que le cause esta fiesta, le borre de la memoria el disgusto que sufrió á su llegada.

Señor (exclamó Siñier el padre lleno de gozo), me doy el parabien por hallarme hoy en Gondar, y poder ofreceros mis cortos servicios. Dígnese V. M. de confiar á mi zelo las disposiciones para el festin, y crea que nunca Gallas, nunca Abisino habrán visto otro mas espléndido. En un pueblo llamado *Brignolle* de la Francia meridional, en las riberas amenísimas del rio de *Carami*, famoso por sus buenas truchas, es donde yo hice mi aprendi-

zage. De allí se extendió mi reputacion á diez leguas á la redonda, y desde entónces no hubo fiesta, en aquellas cercanías, á que á mí no me llamasen. Permita pues V. M. que ahora dé yo aquí muestras de mi habilidad é idoneidad. De tiempo inmemorial exíste un abuso monstruoso en los países sujetos á las órdenes de V. M., y espero tener la gloria de reformarlo. Este abuso, Señor, consiste en comer la carne cruda. ¿Es posible que los Abisinos sean tan bárbaros, tan enemigos del buen gusto, que prefieran un alimento tan correoso y tan repugnante? Creo, Señor, que una vez que llegue V. M. á comer de mis platos, de mis guisados, de mis asados, y de mis pasteles, quedará desterrada para siempre de la mesa

de V. M. la carne cruda. Entónces se difundirá poco á poco el buen gusto en los estados de V. M., y yo tendré el honor de haber causado esta feliz revolucion, sin alborotos y sin perjuicio de nadie.

El Rey se divirtió mucho con las ocurrencias de Siñier el padre, y condescendió gustosísimo en que se encargase de los preparativos del festin. Puso á su disposicion todos los fondos que necesitaba, y le concedió autoridad absoluta sobre todos los encargados de hacer provisiones; pero como el Rey queria obsequiar al gefe de los Gallas con una fiesta magnífica, manifestó que el banquete por espléndido que fuese, no bastaba para cumplir sus intenciones.

Hay un buen medio (dixo Mon-

val) de dar á la fiesta, que el Rey prepara para el embaxador de los Gallas, el mayor esplendor, y es valernos del auxilio y recursos brillantes de la pirotecnia. Tenemos aquí dos hombres, que en la materia pueden hacernos servicios importantes, como ya en otra ocasion nos ha sido utilísima su habilidad. Gracias á ellos, que en la costa de Berbería pasamos sin peligro aquellos montes, plagados de bandidos, que separan á Marruécos del reino de Argel. Domingo y Chiusa manifestarán en Gondar, para diversion de la corte, aquel talento que en otro tiempo lleváron á su perfeccion en los obradores del Señor Petardini. Yo mismo me ofrezco á ayudarles con mis luces, y auxiliar su práctica ciega con todos

los secretos de la ciencia.

Al oír lo que dixo Monval, todos prorumpimos en expresiones de admiracion, y convinimos en que la fiesta seria soberbia, si se concluia con una magnífica funcion de pólvora. El Rey se conformó á lo que proponíamos; y solamente pidió que hiciéramos en su presencia alguna prueba de ello, como de cosa de que no tenia idea ninguna. Monval le presentó un sol, dando vueltas al rededor, despidiendo luz y chispas, lo que bastó para que el Rey se formase idea de la magestad que tendria este artificio, quando se executase en grande. Con el deseo pues de admirar tan singular espectáculo, nos dixo que no habria dificultad en nada, por su parte, para que todo se hiciese con

la magnificencia posible. Dió facultad á Monval para que surtiese á Chiusa y á Domingo, de todos los materiales que necesitasen; y con la mira de sorprehender la admiracion de su corte, igualmente que la del embaxador de los Gallas, mandó que se hiciesen los preparativos con todo sigilo y misterio.

Ingardin, que se hallaba presente á esta especie de consejo secreto, estaba pensando que el encargarse de la compra de materias primeras, podria ser un buen artículo de especulacion, y efectivamente pidió que se le diera esta comision. Monval, que era desinteresado, y en el espectáculo piro-técnico no le animaba otro deseo, que el de complacer al Rey, condescendió gustoso á las instancias

de Ingardin; y aun se alegró de tener esta ocasion para que sacase alguna ganancia, y de librarse por este medio del cuidado de buscar y acopiar el salitre, y demas materias que se requerian para el intento.

Al instante que Ingardin quedó encargado por el Rey de hacer los acopios, como lo habia solicitado, todo lo que se le pagó adelantado, á fin de que no se experimentase dilacion ninguna, se encerró en un gabinete, y se puso á calcular el coste que le tendria la compra de las materias, y quanto era el beneficio que le quedaria de las cantidades que se le habian entregado. A primera vista conoció que ganaria la mitad de lo que le habian suministrado; pero como la sed del

oro adquiere mayor fuerza, á proporcion que halla modo de satisfacerse, se puso á calcular, si no podría ganar todavía algo mas. Encargó pues por la ciudad de Gondar las materias que tenia que comprar, y declaró que desecharia todas las que no se le vendiesen á precios ínfimos.

Tuvo que trabajar mucho para encontrar las mercaderías, qual él las queria; pero al fin lo logró, gracias á la maña y actividad de cierto Griego, quien en este negocio sirvió de corredor, y halló el medio de tener tambien su ganancia en esta operacion.

Entregáronse pues á Monval los materiales, y este encargó á Domingo y Chiusa que los trabajasen. Señálose el dia para la fiesta; y

aunque todavía estaba en secreto lo de los fuegos artificiales, nadie ignoraba en Gondar que la fiesta tendria alguna cosa nunca vista; que los Francos recién venidos la dirigian; y finalmente que lo que se estaba preparando era una cosa, que habia de dexar deslumbrados los ojos.

Monval habia formado el plan de los fuegos artificiales, de acuerdo con el Abate Doloni, quien poseia á fondo la mitologia, y le habia sugerido la idea de executar una verdadera pantomima, tomando el asunto de la fábula. Para esto debia Chiusa hacer el papel de Pluton; y la primera parte de la pantomima habia de ser el robo de Proserpina. A una señal, que seria una descarga de morteretes, y de

varios géneros de cohetes, debía entreabrirse el monte Etna, haciendo una explosion terrible, y vomitando torrentes de lavas encendidas. Entónces el Dios de la negra ribera saldria del medio de las llamas, sobre un carro de ébano, tirado por dos caballos negros. Chiusa, esto es, el Dios de los infiernos, habia de baxar del carro, y dirigir sus miradas hácia las cercanías del volcan. Entónces veria á la hija de Ceres, la hermosa Proserpina, entretenida en coger flores, á la que tomaria, y la colocaria en su carro, y al instante se precipitarian los caballos en el Etna, que volveria á entreabrirse, haciendo otra explosion.

La segunda parte de la pantomima habia de representar la llegada de Pluton y de Proserpina al

profundo Tenaro. Habia de verse el flegeton, rio de llamas que rodea al Tártaro por todas partes, como tambien las furias Megeta, Alepton y Tisifone con los ojos centelleando, la cabeza erizada de cu- lebras y víboras, los brazos con ser- pientes enroscadas, y teas ardiendo en las manos. Pluton habia de lle- var á Proserpina á ver el horrible reyno de los infiernos, y ponerla en posesion de aquel negro imperio. Por último, habia de concluirse con un bayle de todas las divinidades infernales, con teas en las manos, y luego un fuego, que por su explo- sion y su resplandor, presentase la imágen del fin del mundo, quando el sol, perdiendo en fin su equilibrio, rodará de su esfera, é incendiará el universo.

Diez dias habian bastado á Monval para hacer los preparativos de la pantomima. Se habia hecho un tablado á propósito en el patio principal del palacio. El Rey, su corte, y todos los habitantes de Gondar esperaban lo que haríamos; y sobre todo la Reyna y las demás Princesas estaban impacientes, sin poder reprimir la curiosidad.

Al fin, llegó el dia de la fiesta; aquel dia, que habia de sernos tan glorioso y tan propicio, y que nos fué realmente tan fatal: aquel dia, que habia de iluminar nuestro triunfo, y que presidió á nuestro destierro. ¿Quién pudiera sospechar que la fiesta dada al gefe de los Gallas, tendria tan funestas resultas; y que estábamos tan próximos á ser echados ignominiosamente de Abisinia?

CAPITULO XXI.

Mal fin que tuvieron los fuegos artificiales. — Descripción del accidente que ocurrió. — Rolando y sus compañeros en la cárcel de orden del Rey de Abisinia. — Salida de allí á media noche. — Toman el camino de Masuah. — Embarcarse, pasan el mar, y entran en la Arabia.

El zelo que Monval y los discípulos del Señor Petardini habian empleado en la composicion de la pantomima pirotécnica, les hacian esperar, con bastante fundamento, igualmente que á nosotros, que la execucion seria coronada del éxito mas glorioso. La fama, que habia llevado por todas partes la noticia

de aquel espectáculo, nuevo para los Abisinos, habia traído á Gondar todas las gentes curiosas de aquellas cercanías. En el patio principal del palacio se habia formado un anfiteatro espacioso, á fin de que en su recinto pudiese acomodarse mayor número de gentes. El Rey, la Ithegé, todas las damas de la corte, y los principales empleados del Príncipe, tenían sus palcos señalados; y el anfiteatro, adornado con vistosos y hermosísimos tapices, era por sí un espectáculo digno de verse y admirarse. El Príncipe de *Shoa*, y el gefe de los Gallas, montado en su vaca, fuéron á ver la decoracion, y en sus ademanes manifestáron el gusto que en ello habian recibido.

En la mañana del dia de la fies-

ta, hubo de hora en hora salvas de artillería. El ruido y el estruendo de los morteretes y petardos servian para excitar mas la curiosidad, y estimular la impaciencia del público. Quedó resuelto que el banquete que el Rey queria dar á los embaxadores y á toda la corte, se verificaria por la noche, despues de ver los fuegos artificiales, con el fin de que la curiosidad y la impaciencia no alterasen la tranquilidad de los convidados, durante la comida solemne. Siñier el padre, que era el director de la comida, se puso de acuerdo con Monval, y se señaló para ella la hora á las doce de la noche; y mas quiso privarse del gusto de ver el fuego, que abandonar el puesto importante que se le habia confiado.

Si hubiera estado en manos del Rey, de las Princesas, y de todo el pueblo, el acelerar el fin del día, y entregar el universo á la oscuridad de la noche, se habria visto desaparecer el sol precipitadamente, y ocupar su lugar las estrellas. Nunca hubo noche deseada con mas ansia, que aquella en que habia de presentarse á la vista del Rey de Abisinia, y de la innumerable concurrencia, aquel fuego artificial, anunciado con tanto aparato, y con tanta pompa preparado. Al fin, acabó el sol lentamente su carrera importuna, las tinieblas rodeáron á la tierra, el anfiteatro se llenó de gente, y todas las alturas y colinas cercanas de Gondar, estaban ocupadas por la multitud de curiosos, teniendo todos clavados los ojos en el parage

donde debia aparecer el fenómeno.

Monval presidia á las disposiciones, y cerca de él estábamos nosotros para ayudarle. Dióse la señal, que fué una descarga de morteretes, cuya explosion dexó aturdido á todo el concurso, y causó un susto general; y luego se echáron los mil cohetes, que habian de preceder á la erupcion del monte Etna, y á la salida del Dios de los infiernos. ¡Mas quién podrá explicar nuestro dolor, nuestra admiracion y nuestro susto, quando vimos aquellos desgraciados cohetes, que en lugar de elevarse con brillo y rapidez, seguian una direccion irregular, serpenteando ignominiosamente por el ayre, esparciendo acá y allá unas chispas vergonzosas, correr hácia el suelo, silbando como si fuesen

culebras, en lugar de levantarse hácia el cielo como lámparas resplandecientes; y por fin, dirigirse la mayor parte de ellos hácia el anfiteatro, siguiendo una línea diagonal, yendo á caer, despidiendo chispas, entre las Princesas pasmadas y atemorizadas! ¡Jamás se vió espectáculo mas triste ni mas fatal! ¡jamás hubo confusion que pudiera compararse á la nuestra! A poco oímos crecer los gritos y vocería: mas de quinientos cohetes todavía encendidos, fuéron sobre los espectadores, y reventando varios entre ellos. Las señoras iban ya á huir de aquel lugar, y á volverse al palacio; pero la erupcion del volcan que se manifestó entónces, y aumentó el desórden, las hizo retroceder despavoridas. El gefe de los

Gallas, cerca del qual habia reventado una bomba, andaba corriendo montado en su vaca, dando voces y gritos, y amenazando al Rey con suma ira y enojo. Maravillado é indignado el Rey, queria que se interrumpiese el fuego, pero nadie oia sus órdenes, y sus voces se perdian en el ayre. Pluton, turbado, no sabia que hacer con Proserpina, y al fin iba á meterse en el Etna para ocultar allí su vergüenza. Los descontentos entraron repentinamente en el recinto, y creyendo los fieles vasallos del Rey que peligraba su vida, arrostran todos los peligros por defenderle, se precipitan sobre el volcan, y rompen con furor el tablado. A este tiempo reventaron varias piezas del artificio, y maltrataron á muchas personas.

En vano clamaba yo al Rey, que mandase al pueblo retirarse, exhortándole á no aumentar el desorden con la precipitacion indiscreta y peligrosa; pues ardiendo en colera, no me dió mas respuesta, que mandar prenderme con todos mis compañeros. Nos encerraron pues á todos en la cárcel, mientras se determinaba lo que habia de hacerse con nosotros. A breve rato vimos entrar á Siñier el padre, á quien traxeron igualmente preso, quando estaba esperando el instante de su triunfo. En vano habia pedido que le dixeran qual era su delito; pues sin responder á sus preguntas le cargaron de cadenas, y le traxeron precipitadamente á la cárcel, donde le sorprendió en extremo el encontrarnos.

Al vernos en aquel encierro, empezamos á reflexionar sobre nuestra funesta aventura, y á pensar en las conseqüencias fatales que podia tener; preguntándonos unos á otros en qué consistia la desgracia que nos habia sucedido. Para mí (exclamó Martin de la Bastida con voz alta é indignada) todo ello está bien claro. Si llega el caso de ser apedreados, como es regular suceda, lo deberémos á la codicia del que habiéndose encargado de suministrar los materiales, habrá comprado los peores que haya encontrado por pagarlos á ménos precio, y tener alguna mas ganancia. — Volviéndose luego á Ingardin, le dixo: ¡infeliz! ¡este es el fruto de tu sordida avaricia! ¡ahí tienes el premio de tus cálculos infames! Ya ves

cómo nos cubres de oprobrio, y nos llevas á todos al suplicio. Lo único que me consuela, es que no te aprovecharás de tu delito; pues serás apedreado como nosotros, y yo mismo te tiraré la primera piedra.

¡Es creible! (exclamó Siñier el padre) ¿con qué nos hemos de ver apedreados por culpa de Ingardin? No, señor, no llegará ese caso. Yo pediré justicia al Rey; y si me estorban que vaya á echarme á sus pies, le escribiré un memorial, exponiendo que solo uno de nosotros es el delinqüente, y que no debe sacrificarse la inocencia; finalmente, yo espero conseguir que nos ponga en libertad.

No lo logrará Vd. (respondió el Doctor Codonel, con voz dolo-

rida): los heridos piden venganza; y el habernos librado el Rey del furor del populacho amotinado, ha sido seguramente para que nuestro suplicio sea mas público. No hay remedio, amigos míos, Gondar será nuestra sepultura; nuestros cuerpos arrojados á un muladar, y servirán de pasto á las hienas y jacales; y todo esto nos sucede por la codicia de Ingardin; porque bien claro está que él es quien nos ha traído á la miserable situacion en que nos hallamos: su avaricia es quien le ha perdido, y nos pierde á todos con él. — Al acabar estas palabras el Doctor Codonel, dió un suspiro, que nos movió á todos á compasion; y distraídos en compadecerle, parecia que nos olvidábamos de que debíamos partici-

par de la misma suerte.

Hasta entónces habia callado Ingardin; pero el suspiro del Doctor Codonel, hizo tal impresion en su corazon, que le obligó á confesar la culpa en que habia incurrido, con tanta ingenuidad, que no pudimos ménos de enternecernos, al mismo tiempo que nos afligiamos. — Compañeros, amigos mios (nos dixo hincándose de rodillas): yo soy, en efecto, la causa de vuestra perdición; tened lástima de mí, y perdonadme una accion que no creí tuviese tales conseqüencias; y estad ciertos, que si mi muerte basta á contener la venganza del Rey, yo mismo iré á pedirla, echando sobre mí toda la culpa. Sí, amigos mios, yo he hecho mal en querer ganar demasiadamente sobre los materia-

les, y en economizar los gastos de la operacion: yo lo confieso, y os pido que me perdoneis mi culpa.

Quando estaba hablando de esta suerte, vimos abrirse las puertas de la cárcel, las que volviéron á cerrarse instantáneamente. El Rey, acompañado de algunas guardias y de un intérprete, vino en persona á saber de nosotros la causa de aquel fatal suceso, y nos habló en estos términos: „á pesar de todo lo sucedido, todavía no puedo resolverme á creer que hayais tenido ninguna intencion pérfida ni criminal: la religion no permite dar oidos á ninguna sospecha temeraria. Yo vengo pues favorecido de la obscuridad de la noche á aclarar mis dudas, para lo qual habeis de confesarme las causas del accidente, de

que tengo justo motivo de queja; en la inteligencia, de que si habeis sido mas desgraciados que delinqüentes, podeis estar seguros de que emplearé todos los medios que esten en mi arbitrio, para libertaros, ó quando ménos para templar el castigo á que os hayais hecho acreedores.”

Señor (dixo entonces Ingardin con semblante pesaroso) yo soy el único delinqüente de todos, y yo solo debo ser castigado. — Oyendo esto el Rey, le mandó que se explicase, y obedeciéndole Ingardin, le contó ingenuamente todo el hecho, añadiendo, que la codicia le habia cegado tanto, que no le dexó ver las conseqüencias que podian resultar; pero que sin embargo, conocia que esta ceguedad no

era excusa ninguna, y estaba muy ageno de pedir la gracia de que se creia indigno.

El Rey, despues de haber oido la confesion de Ingardin, y la expresion de nuestro pesar y sentimiento, quedó suspenso por algun tiempo; y pasados algunos momentos de reflexi6n, nos dixo que iba á deliberar con su consejo lo que deberia hacerse, y nos avisaria lo que se resolviese.

Quedamos esperando el fin de este suceso; y entre tanto, Rocas de San Casian no podia disimular su ira, y si se hubiese dexado llevar del impulso de su enojo, hubiera Ingardin, no obstante su arrepentimiento, pagado bien caro el feo delito en que habia incurrido. Yo usé alternativamente de la fuer-

za de la amistad, y de la autoridad de gefe para aplacarlo, lo que al fin conseguí, pero con sumo trabajo. Continuamente estaba mirando á Ingardin con ojos encendidos en colera; y desde entónces no dexó nunca de mirarle con odio, y tenerle sobre ojo.

Al fin, un emisario del Rey, acompañado de un intérprete, vino en secreto á la cárcel donde gemíamos, y nos comunicó un escrito en que se contenian sus órdenes, y decia así: „Ingardin es delinqüente, y mañana será apedreado... Al oír esto Ingardin, cayó desmayado como si le hubiese herido un rayo. — El intérprete continuó leyendo: „y mañana será apedreado, si esta misma noche no salis todos de Gondar. El oficial portador de la presente,

lleva orden de sacaros secretamente fuera de la ciudad, y poneros en el camino de Askeeko. Es absolutamente indispensable que salgais de la Abisinia, y vayais á embarcaros en Masuah, en las playas del mar Bermejo. Esto es todo lo que la humanidad, y mi buena voluntad me permiten hacer por vosotros. Idos pues, y el cielo os favorezca y os proteja.”

Leida esta orden, abriéron con mucho sigilo las puertas de la cárcel, y nos lleváron fuera del recinto de Gondar, donde hallamos algunos camellos cargados de bastimentos. Ingardin habia vuelto en su acuerdo, aunque todavía estaba turbado, y su imaginacion le representaba continuamente los verdugos que iban á apedrearle, lo que

de nuevo le dexaba yerto de horror y de espanto.

El oficial del Rey vino acompañándonos algunos dias, durante los quales, anduvimos por llanuras fertilísimas, por las quales se veian pacer manadas numerosas de *Cebues*. Estos animales son al modo de bueyes chicos, con astas muy largas, y una giba sobre el lomo, como los dromedarios. Pasamos el rio de Macara, que corre con suma rapidez, y trepamos luego por el monte de *AMBA GEDEON*, famoso en aquellas regiones, segun nos dixo nuestro guia, por razon de haber sido el teatro de varias rebeliones de los Judíos, contra los Reyes de Abisinia.

AMBA GEDEON es el monte mas notable de varios que forman

unas sierras extendidísimas, que tienen el nombre de *LAMALMON*, y por allí va el camino que tienen que tomar todas las caravanas, que van del mar Bermejo á Gondar. Continuamos nuestra marcha, y así que llegamos á Addergey, cerca del rio de *ANGEAH*, nos mostró nuestro guia, hácia la parte del Norte, los montes de *WALDUBBA*, que estaban á algunas millas de allí, y nos dixo estas palabras: aquellos montes estan poblados de monasterios; y el Rey ha estado muy tentado de enviaros allá desterrados. En esos conventos se retiran los Grandes de Abisinia quando caen en desgracia del Rey, ó estan disgustados de la corte; en cuyo caso se rapan la cabeza, visten un hábito como el de los monges, y como ellos viven en

la soledad y la abstinencia.

La vista de aquellos montes llenos de verde, y la idea del sosiego que debe de gozarse en los monasterios, de que estan poblados, servian para que sintiésemos mas el cansancio y fatiga del camino. El calor era excesivo, y lo aumentaban las peñas áridas que íbamos pisando. Sin embargo, no era esto el principal motivo de nuestros pesares, ni lo que mas nos afligia, sino los peligros continuos de que nos hallábamos cercados. Sin contar las cuadrillas de Arabes que á cada instante podian arremeter contra nosotros, y dexarnos desnudos, nos acosaba tambien el temor de estar oyendo por las noches, y aun en la mitad del dia, los animales feroces de aquellos desiertos, que daban au-

lidos espantosos, y á veces se nos acercaban con suma osadía. Mientras estuvimos descansando en Ad-dergey, las hienas devoraron uno de los camellos que llevábamos. Los rugidos terribles y continuos de los leones, espantaban tanto á nuestros camellos, que casi no se atrevían á comer.

Los días siguientes fué ménos penoso el camino; pues anduvimos por bosques y cañaverales, donde crecen ciertas cañas, que no son huecas, de las quales hacen las jabalinas ligeras, que las gentes de á pie y aun de á caballo, lanzan así en la guerra, como en la caza.

Descansamos medio día en *LANGARI-HAUZA*, que llaman la Ciudad Grande, por ser el conjunto de muchos villorros. Hállase rodeada

de muchos montes, los cuales se diferencian todos en su forma extraordinaria. Algunos parecen unas columnas inmensas; otros se semejan á pirámides y obeliscos, y otros en fin forman conos rectos. *HAUZA* significa placer, delicias: y probablemente debe su nombre esta ciudad á la situacion de que goza. Hay en ella muchísimos mercaderes mahometanos, y es un depósito mercantil entre Masuah y Gondar, por cuya razon se ven allí vecinos riquísimos.

Continuamos nuestro camino, y al cabo de algunos dias entramos en un valle hondo, por cuyo extremo corre el *TACAZZE*, que despues del Nilo, es el mayor rio de la Abisinia. Es este rio de lo mas agradable que puede verse: sus

orillas estan cubiertas de la sombra de árboles magestuosos, y pobladas de arbustos y matas: sus aguas son cristalinas y de exquisito sabor. Cógense en él ricos peces, y en sus orillas abunda la caza. El *Tacazzé* recibe en su seno la tercera parte de las lluvias, que caen en la Abisinia.

No obstante lo ameno de este rio, es sumamente peligroso el quedarse dormido á sus orillas, porque ademas de que los habitantes de aquellas cercanías son todos ladrones y asesinos, abundan por allí los crocodilos é hipopótamos. Nosotros no vimos ninguno; pero por la noche los oimos roncar y mugir; y miéntras estos monstruos pueblan las aguas, los leones y las hienas llenan los bosques.

Despues de haber pasado el rio, fuimos subiendo y baxando alternativamente varios cerros, lo que nos causó tanto cansancio, como placer. Quanto mas andábamos, mas hermoso se iba presentando el terreno: á cada paso hallábamos ramos de jazmines, que son el arbusto que mas comunmente se encuentra por allí. El campo tiene cierta alegría, superior á quanto yo habia visto del mismo género. El camino por donde íbamos, estaba terminado por ámbos lados con setos de arbolillos floridos, entre los quales se distinguia la madre-selva. Veíanse árboles hermosísimos, esparcidos acá y allá; y los pámpanos, cargados de racimos de uvas chiquitas, pero muy aromáticas, formaban festones, enlazándo-

se de uno á otro árbol, como si la mano del hombre los hubiera dirigido con arte.

La hermosura de aquel sitio inspiraba á algunos de nosotros el deseo de detenernos allí algunos dias á gozar de tan amena situacion; pero Martin de la Bastida y el Abate Doloni se opusieron á ello.

El primero nos dixo, que era sumamente importante el acelerar nuestra marcha para llegar á Masuah, si queriamos embarcarnos en el mar Bermejo, con viento favorable. Masuah (añadió) es lugar mal sano, y si no llegamos á tiempo oportuno para salir de allí, exponemos nuestra salud y aun la vida: fuera de que, á pesar de ser este puerto muy concurrido, seria muy posible que la tardanza de un solo

dia, nos hiciese perder la ocasion de hacernos á la vela inmediatamente que lleguemos.

Por lo que toca al Abate Doloni, lo que mas le movia á desear que se acelerase la marcha, era la suma ansia que le dominaba de ver la ciudad de *AXUM*, de la qual no estábamos distantes, y sabia haber sido en otro tiempo la capital de la Abisinia. — Bastante es por cierto (nos dixo) que la avaricia de Ingardin haya dado márgen á vernos echados de Gondar, á la hora misma en que el favor del Rey, y la amistad del superior de los misioneros, me habian proporcionado la dicha de estudiar á fondo las antigüedades del pais. A lo ménos, ahora es indispensable que yo exâmine las ruinas de *Axum*, y no de-

bo perder en el camino un tiempo precioso. ¿Y qué es una mata de jazmin al lado de una columna antigua? Por cierto que yo no concibo como hay quien no arda de impaciencia por llegar quanto ántes á una ciudad arruinada, que en un solo parage ofrece á la vista del curioso treinta y ocho obeliscos todavía en pie.

Fuénos pues preciso conformarnos á los deseos del geógrafo y del antiquario; y mucho mas por quanto era preciso obedecer las órdenes del Rey, quien habia encargado estrechamente que nos llevaran á Masuah con la mayor brevedad que fuese dable.

Proseguimos pues nuestro camino, y despues de haber escalado un alto monte, nos hallamos en una

senda aspera é intrincada, por donde salimos al llano en que estaba asentada aquella famosa ciudad de *AXUM*, que tantos suspiros habia costado al Abate Doloni.

Apénas hubimos llegado á ella, quando nuestro antiquario se dispuso para ir á recorrer las ruinas, con harto dolor de su corazon, al ver que ninguno de nosotros tuvo valor de acompañarle. Su amor á la antigüedad no le dexó ni comer ni dormir, por aprovechar el corto tiempo que habíamos de detenernos en la ciudad; y despues nos hizo la relacion siguiente de sus descubrimientos:

„La ciudad de Axum, que nuestros ojos han tenido la fortuna de ver, fué en otro tiempo la capital de la Abisinia. Sus ruinas son de

mucha extension; pero al modo de las demas ciudades de los primeros tiempos, no presentan mas que reliquias de los edificios públicos. En una plaza espaciosa he visto quarenta obeliscos; pero me ha parecido que en ninguno de ellos habia geroglíficos: los dos mas hermosos yacen tendidos en el suelo; y son todos de un solo pedazo de granito.

„Pasado el convento de *ABBAPANTALEON* me desvié un poco, siguiendo un camino abierto en un monte de mármol sumamente roxo; en el qual habia por la parte de la izquierda una pared de mármol, que formaba un parapeto, de cerca de dos varas de alto. De trecho en trecho vi en esta pared varios pedestales sólidos, sobre los quales se advierten muchas señales, que in-

dican haber servido para recibir encima las estatuas colosales de Sirio, el ladrador Anubis, ó la canícula. Todavía se mantienen en su lugar ciento treinta y tres de estos pedestales; pero solamente quedan allí dos figuras de perro, y esos muy mutilados.

„Tambien he visto algunos pedestales, sobre los quales hubo de haber figuras de esfinges. Dos magníficas gradas de granito, de muchos centenares de pies de largo, soberbiamente trabajadas, y todavía intactas, es lo único que queda de un templo suntuoso. En una esquina de la planta del templo, se ve en el dia la iglesia de Axum, pequeña, mezquina, mal cuidada, y llena de estiercol de palomas.

„En las cercanías de la ciudad

debe de haber sin duda otras muchas ruinas notables; pero la corteza del tiempo no me ha dexado exâminarlas y describirlas; de manera, que al dexar á Axum, llevo conmigo el pesar de no haber podido exâminar sus ruinas tan despacio como deseaba.”

Seria muy largo referir aquí los diversos sucesos de nuestro viage, ocurridos hasta llegar al puerto de Masuah. Anduvimos continuamente por montes, llenos de altos y baxos, y de precipicios; y al cabo de varios dias de marcha penosísima, descubrimos por fin el mar Bermejo, y hicimos nuestra entrada en la ciudad de Masuah, cuyo nombre, segun nos dixo el Abate Doloni, significa *puerto de los pastores*.

Masuah es una isla pequeña del mar Bermejo, situada cerca de la costa de Abisinia, con un puerto en que los mayores baxeles hallan fondeadero seguro y profundo, hasta la orilla de la playa, sin que les incomode el viento, por recio que sea, y de qualquier lado que venga. La isla no tiene mas de tres quartos de milla de largo, y cerca de media de ancho. Las casas ocupan una tercera parte de ella, las cisternas otra tercera parte, y lo demas sirve de cementerio.

Esta ciudad estaba antiguamente muy floreciente, participando del comercio de la India, como los demas puertos del mar Bermejo. Masuah era el mercado adonde se traia inmensa cantidad de géneros, que se sacaban de los montes del Tigré,

comarcas salvages en todos tiempos, y casi inaccesibles á los extranjeros. Vendíase en Masuah oro, marfil, elefantes, cueros de búfalo, y sobre todo esclaves, los quales se apreciaban mas allí que en otra parte, á causa de que los que llevaban allí eran mas recomendables por sus buenas qualidades, que los demas Africanos, que tenian la desgracia de verse reducidos á la misma condicion. *MASUAH* suministraba tambien perlas muy gordas, y de hermoso color, que se pescaban en sus costas. En fin, todas estas mercaderías preciosas, juntamente con la seguridad del puerto, habian prevalecido sobre el inconveniente que se toca en *MASUAH* de no tener agua de pie.

Casi lo mismo puede decirse de

ARKEEKO, ciudad grande, situada en lo interior de la bahía de *MASUAH*; pues aunque allí hay agua, está falta de toda clase de bastimentos. Los llanos espaciosos que la circundan estan todos incultos. Este desierto, á que llaman el *SAMBAR*, no está habitado, sino desde el mes de Noviembre hasta el de Abril, en cuyo tiempo traen allí á pastar sus ganados varias tribus errantes; y despues se ausentan y van al otro lado de los montes, adonde les convida la estacion de las lluvias.

Masuah es pais mal sano, igualmente que toda la costa desde Suez hasta el estrecho de Babel Mandel, con particularidad entre los trópicos. Todas las mañanas acostumbran en Masuah quemar en las ca-

sas incienso y mirra ántes de abrir las puertas; y siempre que salen por la noche ó por la mañana temprano, llevan un pedazo de lienzo, impregnado en estos perfumes, que llegan á la nariz para preservarse de los malos efectos del ayre.

Sin embargo de estar Masuah á la entrada de la Abisinia y en frente de la costa de Arabia, andan muy escasos los víveres, y no son de la mejor calidad; lo qual procede de que el *Naib* ó Gobernador percibe, con el nombre de derechos, la parte que le parece de todas las mercaderías que se traen á la isla.

Esta escasez de víveres, y el otro inconveniente, todavía mayor, de la falta de salubridad del ayre, aviváron mucho nuestros deseos de

salir quanto ántes de Masuah. El Rey de Abisinia, usando de su noble generosidad, habia dispuesto que el oficial que nos acompañaba nos entregase, como lo hizo, varias cartas de recomendacion, por las quales nos proporcionaba todos los medios que podíamos necesitar para mantenernos en la ciudad, hasta tanto que se presentase la ocasion favorable de embarcarnos. La única dificultad que tuvimos, fué el ponernos todos de acuerdo acerca del rumbo que habíamos de tomar.

Es muy difícil que muchos hombres reunidos piensen todos del mismo modo. Las diversas inclinaciones, la diferencia de intereses, y á veces solamente el deseo de manifestar una opinion contraria á lo que piensan los demas, son causa

de que en tales casos, estan casi siempre discordes. Varias veces habíamos ya tenido ocasion de experimentar esta diversidad de opiniones, y de nuevo nos hallamos en el mismo caso en Masuah. Reunidos para disponer nuestro viage, sin ocultarse á ninguno quanto urgia acelerarlo, nos preguntamos unos á otros ¿adónde convendria encaminarnos? Esta cuestión dió motivo á pareceres opuestos.

Monval pidió que se le dexase hablar primero y manifestar sus ideas. — Compañeros (nos dixo): si en el tiempo en que propuse á Vds. ir á ganar gloria, atravesando el Africa desde el Zenegal hasta la costa de Zanguebar, hubiésemos seguido con valor é intrepidez el camino que yo señalaba, no hubie-

ramos padecido mas que en este que acabamos de hacer, y las ventajas que hubiéramos logrado serian imponderables. A estas horas habríamos ya hecho descubrimientos memorables: tal vez en lo interior de los desiertos del Africa, hubiéramos encontrado aquel pais fértil, y apartado de todo trato con el resto del mundo, en que se cree existir la famosa ciudad de *Hussa*; y á lo ménos hubiéramos puesto en claro, si la existencia de esta ciudad no es mas que un sueño lisonjero. Pues nada digo de tantas nuevas especies de animales como se habian presentado á nuestra vista, y que nosotros hubiéramos tenido el honor de ser los primeros que los describiesen, y les pusiesen nombre. ¿Y creen Vds. por ventura que en es-

te viage serian mayores los peligros que los que hemos tenido que arrostrar desde el Egipto hasta aquí? ¿Creer Vds. que los negros de Etiopia sobrepujan en crueldad al Xeque de Teawa, que queria asesinarnos á todos? Puede nadie imaginar que las nuevas especies de animales, que habitan, segun toda apariencia de razon, lo interior del Africa, serán mas temibles que las hienas, los jakales, los leopardos y los leones, ni que allí pueda encontrarse cosa que atemorice tanto como el simoom y las columnas movibles de arena? Créanme pues Vds., y una por una que nos hallamos en la costa occidental de esta parte del mundo, sigámosla hasta el Zanguebar, y pasando desde allí á las naciones salvages de lo in-

terior, no paremos hasta llegar al Senegal, coronados de gloria inmarcesible. De allí nos embarcaremos para Francia, y tendremos la satisfaccion de ir á colgar nuestros trofeos de los techos de las galerías del museo. ¿Habrá alguno que imagine suerte mas feliz que la nuestra, si logramos acabar una empresa como esta? Desde ahora se puede asegurar que todos los sabios nos la envidiarán.

¿Con que en suma (exclamó el Abate Doloni) Monval no se cansa nunca de insistir en un proyecto, que no puede conducir sino á que todos perezamos en medio de los desiertos ardientes de la zona torrida? ¿Piensa acaso que entre nosotros hay alguno que esté tan mal consigo mismo, que quiera ir á ex-

ponerse á morir de sed, ó entre los dientes crueles de algun animal salvage? Acuérdomé de haber leído en Plinio, al libro 28, capítulo 14, que en los desiertos de Africa hay serpientes, que tienen hasta quarenta ó cincuenta pies de largo, y gruesas á proporción. Una de ellas tuvo tanta osadía, que se acercó en otro tiempo, á la costa septentrional en las cercanías de Cartago, y detuvo sola la marcha del ejército romano, contra el qual peleó, con singular fuerza y atrevimiento. Fue preciso, dice Plinio, enviar contra ella un cuerpo de tropas, y valerse, para matarla, de las mismas máquinas militares que servian para derribar los muros enemigos. Por este hecho, fundado en el testimonio de los autores antiguos, puede

graduarse la temeridad, que sería penetrar por el Zanguebar en lo interior del Africa. Además de que ¿tenemos nosotros balísticas y catapultas para defendernos? Es verdad que tenemos armas de fuego; pero animales hay sobre cuyas escamas se escurren las balas como si fuera sobre acero. Alábese y pondérese quanto se quiera la gloria que ganarían los que hallasen y describiesen nuevas especies de animales y de plantas; que por mi parte no puedo resolverme á comprar semejante gloria á costa de mi vida; pues eso solamente lo haría en el caso de que se tratase de alguna medalla no conocida todavía de los archéólogos.

En quanto al partido que hoy debemos tomar, si se me permite

indicar el pais adonde creo conveniente que encaminemos nuestros pasos, no es otro que la Siria, adonde nos seria fácil pasar, siguiendo el mar Bermejo hasta Suez, y de allí á Jerusalem.

Para que todos Vds. se inflamen en el deseo de ir á la Siria, basta que consideren por un instante los admirables sucesos que el nombre de esta region recuerda á la memoria. Pocas son las que hayan experimentado tantas revoluciones sucesivas; pues en el espacio de dos mil y quinientos años se pueden contar diez invasiones, que introduxéron allí sucesivamente varios pueblos extranjeros.

Primeramente los Asirios de Nínive, habiendo pasado el Eufrates por los años de 750, ántes de la

era cristiana, se apoderáron en sesenta años de casi todo el pais que está al Norte de la Judea. Los Caldeos de Babilonia destruyéron esta potencia, de la qual dependian, y ocupando sus posesiones, como por derecho de herencia, acabáron luego de conquistar la Siria, á excepcion solamente de la isla de Tiro.

A los Caldeos sucediéron los Persas de Ciro, y á los Persas los Macedonios de Alexandro. Creyóse entónces que la Siria rendiria vassallage á potencias extrangeras, y que segun el derecho natural de cada pais tendria su gobierno particular; pero los pueblos no hallando en los Seléucidas mas que déspotas duros y opresivos, y viéndose reducidos á la necesidad de su-

frir algun yugo, escogieron el ménos pesado, y la Siria quedó hecha, por las armas de Pompeyo, provincia del Imperio romano.

Cinco siglos despues, quando los hijos de Teodosio repartiéron entre sí su inmenso patrimonio, mudó de metrópoli la Siria, pero no de dueño, y quedó agregada al imperio de Constantinopla.

Tal era su estado quando el año 622, las tribus de la Arabia, reunidas baxo las banderas de *MAHOMA*, viniéron á poseerla, ó por mejor decir á asolarla.

Desde entónces, afligida con las guerras civiles de Fatimitas y Omíadas, sacada de manos de los Califas por sus tenientes rebeldes, quitada á estos por la milicia turcomana, disputada por los Cruzados de

Europa, señoreada por los Mamelucos de Egipto, arrasada por TAMERLAN y sus tártaros, ha quedado por fin en poder de los Turcos Otomanos, quienes la poseen hace mas de doscientos y sesenta años.

¡ Alabemos todos (dixo entónces Rocas de San Casian) los conocimientos históricos del Abate Doloni, y su zelo y amor á las antigüedades! ¡ Lastima es ciertamente que no participemos todos de tan heroyco zelo! Yo sé claramente la causa que le impele á querer emprender este viage á la Siria, y varias veces la ha manifestado sin ningun rodeo ni disfraz. Este es el deseo de ver las famosas ruinas de la ciudad de Balbek, llamada Heliópolis por los antiguos, que quiere decir ciudad del Sol; como tambien las de la

ciudad de Palmira, que se hallan en los desiertos entre Damasco y Alepo.

No lo negaré (dixo el Abate Doloni); porque no creo que deba ocultar un motivo tan noble como este. Al oír el nombre de Palmira, siento en mí cierto temblor de impaciencia y de curiosidad. ¿Quién será el que no haya oído hablar de Palmira, tan conocida en la tercera edad de Roma por el distinguido papel que hizo en las reyertas de Partos y Romanos, por la fortuna de Odenato y de Zenobia, por la caída de ellos, y por su propia ruina en tiempo de Aureliano?

Desde aquella época habia dexado su nombre una memoria halagüeña, pero nada mas, en la historia; y por falta de conocerse los

títulos de su grandeza, no se tenían de ella mas que ideas confusas. Apenas habia quien los sospechase en Europa, quando á fines del siglo último, unos negociantes ingleses de Alepo, cansados de oir hablar á los Beduinos, de las ruinas inmensas que se encontraban en el desierto, resolvieron cerciorarse de las relaciones prodigiosas que habian oido. Hiciéron una tentativa en 1678, pero fué infructuosa; por quanto los Arabes los despojaron de todo, y tuvieron que volverse sin poder realizar sus intentos. Algunos años despues volviéron á animarse, y lograron el ir á ver los monumentos de que se hablaba. La relacion de esto se tuvo por fabulosa en la opinion de muchos, que no podian concebir ni persuadirse como en un

lugar tan apartado de la tierra habitable, en medio de los desiertos, pudiera haber existido una ciudad tan magnífica como atestiguaban sus dibujos; pero después que otro Ingles publicó los planos circunstanciados que él mismo había sacado en 1751, no quedó lugar para dudar, y fué preciso confesar que no ha dexado la antigüedad, ni en la Grecia ni en la Italia, nada que sea comparable á la magnificencia de las ruinas de Palmira.

Es preciso haber visto aquel maravilloso espectáculo, para formarse alguna idea de él; y por mi parte tengo el dolor de no conocer más que las descripciones que han publicado los viajeros. Figúrense Vds. que sobre un terreno de más de tres mil yaras, ven allá á lo léjos

una cantidad innumerable de columnas todavía en pie. En este espacioso sitio, ya hay un palacio, de que solo quedan los patios y las paredes; ya un templo, cuyo peristilo está medio arruinado; ya un pórtico, una galería, un arco triunfal; aquí forman grupos las columnas, en que falta la simetría, por haberse caído varias de ellas: allá están dispuestas en filas, de tal manera prolongadas, que al modo de las hileras de árboles, se confunden á lo léjos, y parecen dos líneas unidas. Si después se baxa la vista hácia el suelo, encuentra en él otra escena tan variá como la primera: por donde quiera se ven fustes caídos, unos enteros y otros en pedazos, ó solamente dislocados por sus uniones: en todas partes está la

tierra sembrada de piedras grandísimas medio enterradas, de entablamentos rotos, de capiteles maltrados, de frisos mutilados, de relieves desfigurados, de esculturas borradas, de templos violados, y de altares cubiertos de polvo.

Estaba el Abate Doloni tan enagenado haciéndonos esta descripción, que no dudaba de que al instante nos poseeríamos del mismo entusiasmo, y tomaríamos el camino de la Siria; pero Martin de la Bastida hizo la reflexi6n de que nadie como el Abate Doloni necesitaba ménos de ir á visitar las ruinas de Palmira, dado que las conocia tanto como se dexaba ver en su discurso; y así seria mas prudente, y útil á todos, aprovecharse de la primera nave que hiciese rumbo

para el mar de la India, á fin de ir á Batavia, cuyo puerto viene á ser el centro adonde concurren los comerciantes y navegantes. Desde allí (añadió) podremos resolver lo que convenga con conocimiento de causa; y, ó volverémos á Francia con algun rico cargamento, y con el mapa perfeccionado de aquellas ricas regiones; ó dirigiremos nuestro rumbo hácia el Perú, si encontramos alguna nave, que vaya con destino al mar del Sur.

Rocas de San Casian y yo, fuimos del mismo parecer que el geógrafo; y en quanto á Ingardin, á quien el rubor de lo ocurrido en Gondar no le dexaba declarar su parecer, manifestó, á lo ménos con suma satisfaccion, que lo propuesto por Martin de la Bastida era lo

que mas le lisonjeaba.

Quedó pues resuelto que nos embarcaríamos para los mares de la India; mas como no habia á la sazón en el puerto de Masuah ninguna nave para aquel destino, nos propuso Martin de la Bastida fletar algun barco para pasar á Moka, ciudad cercana al estrecho de Babel-Mandel, donde el ayre es mas sano, y mas freqüentes las ocasiones de embarcarse para Batavia.

El Doctor Codonel sintió cierto movimiento involuntario de alegría al oír que esto que proponia Martin de la Bastida se aprobaba. Yo confieso (nos dixo) que toda mi vida me hubiera pesado de haber estado tan cerca de Moka, sin entrar y detenerme en ella algunos dias. Desde que tomo café, que

hace ya mas de cincuenta años, siempre he tenido en suma veneracion á esta ciudad. Uno de mis hijos, que estaba repasando su leccion de geografia, me preguntó un dia por qué motivo llamaban á una parte de la Arabia la Arabia feliz. „Hijo mio (le respondí) eso viene de que en su recinto está comprehendida la ciudad de Moka, que es la patria del buen café.” ¡Quántas veces, estando almorzando, he envidiado la suerte de los habitantes de aquel bienaventurado pais! Yo le veré con el mayor regocijo, y veré si corresponde á la idea que me tengo acá formada; y confieso que si le encuentro tal como me lo ha pintado mi imaginacion, quizás buscaré modo y manera de radicarme allí; y tranquilo

en aquel lugar, elegido por mí mismo, persuadiré á mi familia á venir á él, y gozar conmigo de la felicidad. Porque mirándolo bien ¿qué mas puedo desear, á las puertas de la vejez, que una habitacion pacífica, y tener café de superior calidad, que yo mismo podré cultivar y hacer mi cosecha? Los viajes me van ya cansando, y así lo mejor que puedo hacer, si la Arabia feliz merece este sobrenombre, es adoptarla por patria.

De manera (dixo el Abate Doloni) que si la intencion de Vd. es de detenerse algun tiempo en Arabia, en ese caso, á pesar del deseo que tengo de ir á ver las ruinas de Heliópolis y de Palmira, me resolveré con ménos dificultad á acompañarle. Muchos años hace

que arde en mí el deseo de desenmarañar la cronología del pueblo árabe, lo que seguramente no podré conseguir, sino haciendo laboriosas indagaciones en el mismo país.

Todo lo que se sabe hasta ahora en quanto á la época mas antigua de la historia de esta region, se reduce á que desde la mas remota antigüedad, fué gobernada por Reyes poderosos, llamados *TOBBAS*; cuyo nombre se cree fuese un título comun á todos los Reyes, ó un nombre apelativo como el de Faraon entre los Egipcios.

Mas sea qual fuese el origen de los Arabes, hay muchos indicios de que figuráron en los tiempos mas remotos; todo prueba que desde el tiempo de los antiguos Egipcios,

era la Arabia una comarca rica é importante. La aversion que los Egipcios tenian al mar, daba á los Arabes la facilidad de ser solos en el comercio de la India por el golfo arábigo; el qual comercio, una vez que tomó este rumbo, continuó del mismo modo en tiempo de los Tolomeos, de los Romanos, de los Griegos y de los Califas de Egipto; pero el descubrimiento de otro nuevo camino para la India, quitó del todo á la Arabia esta ventaja, y causó la ruina de muchas ciudades, en otro tiempo florecientes.

Es pues mi propósito, durante mi mansion en Moka, recorrer lo que pueda de aquel pais, y restaurar la genealogía de los Reyes *HAMJARES*, en mucha parte de la Arabia. La historia de estos Reyes

está envuelta en tal obscuridad, que se ignora hasta su nacion y su origen; bien que es probable fuesen indígenos.

Pienso tambien determinar la época, hasta ahora incierta, en que los Abisinos hicieron una invasion en la Arabia, y yo descubriré las circunstancias de este suceso, que todavía son tan vagas, y en parte fabulosas.

Despues de esto pasaré á otra época mas segura é importante, qual es la de la revolucion que Mahoma produjo en la religion, y el estado político de su patria. Este dichoso usurpador se valió, del mismo modo que sus sucesores, de los brazos de sus compatriotas para conquistar paises lejanos. Sin embargo ni él ni los Califas lograron

nunca sujetar la nacion entera. Muchísimos Príncipes conserváron la independencia en lo interior de las tierras, sin guardar mas respetos á los Califas, que los que eran debidos al gefe de la religion musulmana. Verificada la destruccion del califato por los Turcos, sacudió la Arabia toda dominacion extranjerá, y.....

Todo eso está muy bien (dixo Monval, interrumpiendo al Abate Doloni); pero lo que no me parece bien es el contarnos ahora toda la historia antigua, y llevarnos allá á tiempos tan remotos, quando mas nos importa pensar y atender al presente. Lo que en el dia nos conviene tratar es de nosotros, y no de los Caldeos ni de los Califas. Por lo que á mí hace, vuelvo á re-

petir, que el medio mas seguro de llegar á un mismo tiempo á la gloria, y tal vez á la fortuna, es el atreverse á entrar en esas inmensas regiones del Africa interior, en que los Europeos no han puesto nunca los pies. Tengo muchos motivos de creer que en esas regiones se hallarán minas de oro y plata, con cuyo descubrimiento quedaríamos ricos para siempre. Estando expuestas del mismo modo que el Perú al mayor ardor del sol, deben como el Perú contener en su seno los mas preciosos metales. Y en suma, si yo digo esto y hablo de esas riquezas, lo hago solo por Vds.; pues por lo que á mí hace, me animan otros motivos mas nobles y mas puros: lo que yo quiero es abrirme un vasto campo de descu-

brimientos, y por lo tanto tengo ya tomada mi resolución: si Vds. se van á Moka, y se embarcan allí para Batavia, yo les dexo, paso el estrecho de Babel Mandel, y pisando con osadía el continente africano, me iré yo solo á emprender el proyecto atrevido, que me está atormentando toda mi vida.

Lo que se resolvió fué que iríamos efectivamente á Moka, y que allí podria Monval irse á atravesar el estrecho, y penetrar en la Cafreía, si todavía se mantenía en su propósito. En aquel mismo dia nos dispusimos para salir de Masuah. Cada uno hizo diferentes compras; y Siñier el padre no se olvidó de los bastimentos para el viage. Monval halló ocasion favorable de comprar la coleccion de objetos de his-

toria natural, que dexó un naturalista europeo, que hacia poco habia muerto en Masuah, y llenó nuestra nave de páxaros disecados, de caxones atestados de conchas, y de vasos y redomas llenos de espíritu de vino, dentro de los quales habia réptiles, peces, y varias especies de serpientes. Esta compra la hizo con el designio de llevarlo todo hasta Moka, y desde allí enviarlo á Francia, en la primera nave europea que saliese.

Nuestra primera intencion habia sido ir á Moka en derecha por mar, con la esperanza de hallar allí algunas naves; pero supimos que era de temer la lentitud de esta travesía, y que seria mas cómodo y agradable el viage por tierra, por los estados del *IMAN* ó Prínci-

pe de la *ARABIA FELIZ*. Por esta razon nos determinamos á desembarcar en *LOHEIA*; lo que executamos con particular gusto, por quanto de este modo podríamos ver al paso, desde esta ciudad á Moka, una parte del Yemen.

Nuestra navegacion fué seguida y feliz. Luego que llegamos á *LOHEIA*, fuimos inmediatamente á visitar al Gobernador, á fin de que nos dixera si podríamos ir con seguridad desde *LOHEIA* hasta Moka.

DOLA ó *EMIR* es el título que dan los Arabes á los Gobernadores de las ciudades: el que tenia el de *LOHEIA* era de *EMIR*, y se llamaba *FARHAN*. Le enteramos del caso en que nos hallábamos, diciéndole que éramos Europeos, y que nuestro intento era ir á Moka,

con la esperanza de hallar allí alguna nave en que pasar á Batavia. Entregámosle las cartas de recomendacion que traíamos, y esperamos su respuesta con bastante desasosiego.

Este Gobernador no habia visto hasta entónces otros Europeos que mercaderes que venian de la India, y le maravilló mucho el ver en las cartas que le presentamos, que el uno era médico, el otro buscaba animales y plantas, y el otro en fin recogia medallas. Admirado de esta novedad, nos propuso que nos detuviésemos algun tiempo en *Loheia*, y ofreció llevarnos despues á Moka en sus propios camellos.

En efecto, consentimos en detenernos allí dos dias; y el *EMIR* nos alojó en una casa edificada á la mo-

da de los orientales, con un patio en el medio. No habia en toda ella un solo quarto que estuviese bien mueblado; pero habia muchos que tenian la entrada por un terrado, que corria al rededor de ellos. Este alojamiento no era comparable con las buenas posadas de Europa; pero en Arabia era hermoso y cómodo. El patio estaba lleno de curiosos que nos incomodaban; por lo que nos vimos en la precision de tomar un portero, para que no dexase entrar tanto importuno.

Miéntras estuvimos en *LOHEIA*, tuvimos ocasion de conocer las ideas de los Arabes en punto de medicina. El Doctor Codonel dió á uno de los criados del *EMIR* un vomitivo, el qual obró con suma violencia; y viendo los Arabes aquel

efecto tan maravilloso, quisieron todos tomar aquel excelente remedio, que grangeó á nuestro compañero, grande reputacion de habilidad. Un dia el *EMIR* le envió á llamar, y como tardase en ir, envió el *EMIR* un caballo ensillado á nuestra puerta. El Doctor Codonel, creyendo que aquel caballo era para que fuese con mas descanso por las calles, iba á montarle, y le detuviéron diciéndole que aquel animal era el enfermo que se necesitaba curase. El Doctor Codonel, que no tenia esta habilidad, se vió en grande apuro; mas por fortuna nuestra y suya, descubrimos con este motivo que habia otro médico entre nosotros. Chiusa habia servido en su mocedad en un regimiento de caballería, y se ha-

bia aplicado á conocer las enfermedades de los caballos; con lo que prometió curar el del *EMIR*, y lo logró. Esta cura le dió mucha fama, y le llamáron varias veces para curar los hombres; porque los médicos Arabes asisten indistintamente á hombres y animales, y aplican su arte á todas las criaturas.

Quando enseñamos nuestros microscopios al *EMIR*, se quedáron asombrados todos los circunstantes al ver la magnitud de los objetos que les presentábamos en ellos. Viendo un Arabe uno de aquellos insectos por el microscopio, dixo que solo en Europa se criaban animales de tan extraordinario tamaño, en cuya comparacion eran pequeñísimos los de Arabia. Pero lo que mas maravilló á todos en ge-

neral, fué ver por un anteojo astronómico, una muger que andaba con los pies hácia arriba; pues no podian comprehender como no se le caian sobre la cabeza las ropas que llevaba. A todo lo que veian, repetian continuamente, *ALLAH AKBAR*, ¡Dios es grande!

Un dia viniéron dos Arabes á vernos comer: el uno era un mancebo de distincion de *SANA*, muy bien criado: el otro era un hombre muy respetado en la provincia de *KACHTAN*, donde no suelen verse extrangeros, y todavía reyna la mayor sencillez en las costumbres. Este último nos causó novedad por su mucha sobriedad: comió poquísimos, y le pesaba vernos comer de distintos manjares. Su admiracion llegó á lo sumo, quando al fin de

la comida, que le habia parecido demasiadamente larga, vió que nos traxéron pollos enteros. Desde luego creyó que nadie tocaria á ellos; pero viendo que Siñier el padre iba á trinchar uno, le cogió con violencia por el brazo, y con semblante airado, le dixo: ¡miserable! ¿hasta quando quieres comer? — Diciendo esto se salió, y no quiso volver á entrar allí. No le pesó de esto á Siñier el padre, por quanto tenia buenas ganas de comer del asado, y el viejo árabe no parecia dispuesto á permitirselo.

A todo esto lo que mas deseábamos era salir de *LOHEIA*; y en consecuencia fuimos á despedirnos del *EMIR*, quien regaló al Doctor Codonel con una pieza de tela de seda y veinte duros. Chiusa recibió

tambien diez duros por haber curado el caballo del Gobernador.

Nosotros no queríamos recibir nada de los Arabes, por no causarles ningun gravámen. Dimos pues un relox al *EMIR*, quien como nunca habia tenido semejante alhaja, no sabia arreglarle; pero un mercader del Cayro, establecido en *LOHEIA*, prometió darle cuerda todos los dias. Con esto nos separamos de aquel buen Gobernador, con bastante sentimiento, y agradecidos á su buena acogida.

Alquilamos camellos para nuestras cargas, y asnos para nosotros. En Arabia no está prohibido á los cristianos montar á caballo; pero es difícil encontrarlos de alquiler. La cabalgadura ordinaria de los viajeros en aquella provincia, son asnos

grandes , fuertes , briosos y de muy buen paso.

Como en el Yemen se viaja con mas seguridad que en ningun pais de Europa , no necesitábamos de esperar alguna caravana , y así partimos desde luego , y solos , de *LOHEIA*. Saliéron delante los camellos , y algunas horas despues salimos montados en nuestros soberbios asnos.

Un mes tardamos en llegar á Moka. Todos los que llegan por tierra á esta ciudad , tienen que pasar por la puerta , en que los Europeos sufren el oprobio de apear-se de sus asnos , é ir á pie hasta el lugar de su alojamiento.

Nuestras cargas las lleváron en derecha á la aduana ; donde el Dola , esto es , el Gobernador estaba en persona. Pedimos que re-

gistrasen primero aquellas ropas que mas necesitábamos; pero los guardas se obstinaron en dar principio por los caxones de curiosidades de historia natural, que eran propios de Monval. En uno de ellos habia peces del golfo arábigo, conservados en espíritu de vino dentro de un barril. Pedimos á los visitantes que no abriesen aquel barril, á causa del mal olor de los peces; pero no solamente lo abrieron, sino que no contentándose con esto, lo registraron con un hierro puntiagudo, y al fin lo vaciaron del todo. Los Arabes que tienen aversion formal á los licores fuertes, formaron mala idea de nosotros, al oler el espíritu de vino, y les incomodó muchísimo la infeccion que apestaba toda la aduana.

Insistimos de nuevo para que á lo ménos nos diesen nuestras camas, sin que por eso dexasen de proseguir registrando los caxones, que contenian conchas, las que revolvián sin reparar en que iban á romperse. Los Arabes, que no concebían que ningun hombre pudiese recoger aquellas cosas sin alguna mira de interes, nos acusáron de querer defraudar los derechos, y burlarnos del Dola, presentando efectos sin valor, para embobar á las gentes, miéntras habíamos ocultado de ellos nuestras mercancías preciosas.

Al fin sacáron un vaso en que Monval conservaba algunas serpientes en espíritu de pino, cuya vista atemorizó mucho á los Arabes. Un criado del Dola, dixo que estos

Francos venian sin duda á envenenar á los Musulmanes, y que para mejor lograr el matarlos todos, uno de ellos decia que era médico. El Dola, hombre manso y de edad, que hasta entónces no habia dado señales de mirarnos con desconfianza, se encolerizó entónces y dixo: „por Mahoma, que estos hombres no dormirán esta noche en nuestra ciudad.” — Cada uno podrá imaginar las palabras é injurias que tuvimos que sufrir de los de la aduana y demas del pueblo. Al instante cerráron la aduana con precipitacion, sin haber conseguido que nos dieran la ropa, que tanta falta nos hacia.

CAPITULO XXII.

Rolando y sus compañeros se albergan en casa de un Arabe. — Llama el Dola al Doctor Codonel. — El Dola manda que les entreguen los efectos detenidos en la aduana. — Convida á Rolando, y los de su compañía á pasar algunos dias en su quinta. — Descripción de esta. — Plantas y páxaros de la Arabia. — Mudanza de fortuna. — Prenden á Rolando y sus compañeros en casa del Dola, y llévanlos á Sana de órden del Principe del Yemen.

Cada uno podrá hacerse cargo de la incomodidad que nos acarreó la ignorancia de aquellas gentes de la aduana, y de la indecision en que nos veríamos. Andábamos fugitivos

por la ciudad, sufriendo los sarcasmos de la multitud, y buscando en vano donde meternos. A pesar de que los Arabes son naturalmente hospitalarios, no se atrevia ninguno á recoger en su casa á unos hombres, acusados de querer defraudar los derechos de la aduana, y burlarse de la buena fe del Dola; y ciertamente, que á no ser por la suavidad y mansedumbre que caracterizan á aquellos naturales, no hubiera sido extraño que experimentásemos algun maltrato, quando estaban en la creencia de que éramos envenenadores. Sin embargo, no dexábamos de rezelar de las conseqüencias que pudiera tener aquella equivocacion, que no teníamos medio ninguno de deshacer.

Los unos eran de parecer de ausentarnos de la ciudad; pero además de que esto era en cierto modo hacernos reos, ¿adónde nos habíamos de ir, estando como estábamos despojados de todo? Otros querían ir á pedir justicia al Dola; mas como este se hallaba irritado, se hubiera negado á oírnos, y tal vez nuestras instancias se habrían graduado de nuevo delito. Monval, á quien affigia mas la pérdida de sus serpientes y conchas, que la situación en que nos veíamos, era de parecer de que no nos apartáramos de la puerta de la aduana. Martin de la Bastida nos aconsejaba el protestar contra el proceder de los de la aduana y del Dola, y nos proponía ir á pedir justicia al Príncipe del Yemen, que reside en

la ciudad de Sana, capital de la Arabia feliz. Rocas de San Casian, ardiendo en cólera, queria nada ménos que echar abaxo la puerta de la aduana, y sacar nuestros efectos, por quanto el no querer entregárnoslos era contrario al derecho de gentes. Fué preciso valerme de todos los recursos de la amistad, y de todo el influxo de mi autoridad, para estorbarle que lo hiciera, y nos comprometiese.

Estando de esta suerte confusos y perplexos, se llegó á nosotros un negociante Europeo, quien nos ayudó á buscar alojamiento, y al fin nos recomendó con grandes instancias á una honrada familia de Arabes, saliendo fiador de nuestras personas. Rogámosle que interpusiese su mediacion con los de la aduana,

á fin de que nos despacharan; lo que nos prometió hacer, y al punto se separó de nosotros, para no dar motivo á que se rezelase que estaba de acuerdo con los nuestros.

Nuestros huéspedes iban á comer al tiempo en que entrábamos nosotros, y al instante se diéron prisa á hacer alguna añadidura á la comida, y nos convidáron á acompañarles, lo que aceptamos de buena gana. Tendiéron, segun la costumbre del pais, unos manteles grandes en medio del quarto; pusieron en medio una mesita de un pie de alto, y sobre ella una plancha redonda de cobre estañado, sobre la qual se acostumbran colocar los platos. En lugar de servilletas, nos diéron unos pañuelos muy chicos, destinados únicamente á lim-

piarnos; porque en Oriente no se conoce el uso de las servilletas, como tampoco el de las cucharas y tenedores; y quando algun Arabe ó Turco come en la casa de algun negociante extranjero, causa mucha novedad el verle partir la carne con los dedos, y sonarse las narices con la servilleta. Todo esto dexa de parecer indecente, quando se conocen mejor las costumbres de estos pueblos, los quales creen que las servilletas que les ponen son unos pañuelos algo mayores que los que ellos gastan. Si prefieren usar de las manos para comer las carnes ya trinchadas, lo hacen por no profanar, al cortarlas, la mano izquierda, con la qual practican sus abluciones. Los Europeos extrañan mucho al principio ver tantas ma-

nos en un plato; pero luego que se sabe quan grande es la limpieza á que las leyes religiosas obligan á los Mahometanos, y quan comun es el aseo entre ellos, se viene á parar en que lo mismo tiene comer con tenedor, ó con unos dedos muy limpios.

Pusieron en la mesa una gran cantidad de *pilau* ó arroz cocido. Antes de sentarnos en el suelo y de empezar á comer, el amo de casa hizo una corta oracion, cosa que acostumbran, y que nunca dexan de hacer. Quando alguno de los comensales no quiere comer mas, se levanta sin esperar á los demas, y dice: „¡alabado sea Dios!“ Siñier el padre fué el último que se levantó. Todos reparamos que los Arabes beben poquísimo entre co-

mida; mas despues de haberse lavado, al levantarse de la mesa, beben agua fresca, y una taza de *kahwé* ó café.

El Doctor Codonel, quien mas que nadie se afligia de ver el estado á que la suerte nos habia traido, por quanto tenia formado mas alto concepto de la Arabia feliz, venciendo su natural timidez, se determinó á manifestar por señas muy expresivas, que deseaba tomar una taza de café exquisito de Moka. Nuestros huéspedes entendieron su deseo, y le presentáron un poco de este cocimiento en una taza de barro ordinario. El Doctor Codonel quedó pasmado y sumergido en profundo dolor, al ver que aquel líquido no tenia fortaleza ninguna, y que á lo mas parecia una ligera

infusion de té. Volviendo entónces hácia nosotros los ojos, en que se descubria suma tristeza, nos hizo un gesto, que era señal clara de que el café que le habian dado no podia probarse.

No se ocultó á nuestros huéspedes aquel gesto del Doctor Codo-
nel, y hablando entre ellos en voz baxa, decian: *bunn, bunn*. Al ver esto, creimos todos que los Arabes se habian enfadado de que tuviésemos por malo su café, y que decian en su lengua, que era muy bueno; y mucho mas nos confirmamos en esta creencia, al ver que aquellas buenas gentes se levantáron todas y se saliéron del quarto, diciendo otra vez, *bunn, bunn*.

Viendo esto, manifestamos al Doctor lo mal que habia procedido

en hacer aquel gesto delante de aquellos pobres Arabes; y en efecto, él mismo confesó que le pesaba haber caído en tal imprudencia. Para justificarse nos enseñó la bebida que quedaba en la taza, pidiéndonos que la probáramos, y nos instó infinito á convenir en que no habia ciudad, lugar ni aun aldea en toda la Francia, donde en la vida se hubiese bebido café tan malo como aquel. Lo cierto es, que á pesar de nuestro enfado, nos fué preciso confesar tácitamente que el Doctor tenia sobrada razon.

Entre tanto nos tenia con bastante cuidado la retirada inopinada de nuestros huéspedes, y ya empezábamos á rezelar algunas malas resultas, quando les vimos entrar otra vez. Uno de ellos traia varios gra-

nos de café tostados; otro las cáscaras de estos granos tambien tostadas aunque poco; otro traia un mortero de palo; y otro en fin, una mano de mortero.

El amo de casa puso á un lado de la mesa los granos de café, y al otro lado las cáscaras de ellos. Despues se dirigió al Doctor Codonel, y mostrándole las cáscaras algo tostadas, le decia *kahwé, kahwé, kahwé*. El Doctor Codonel, creyendo que le querian engañar, respondió en voz alta: „no señor, eso no es café.” Entónces el Arabe señalando á los granos tostados, dijo al Doctor: *bunn, bunn, bunn*.

A la vista de aquellos granos, que eran de verdadero Moka, dió el Doctor Codonel las mas expresivas muestras de regocijo y satis-

faccion. Con esto entendió que la bebida que le habian dado era una infusion ligera de cáscara de café, como se usa freqüentemente en Arabia, donde la bebida del café mismo se tiene por muy ardiente, y por eso se toma muy rara vez. La primera de estas bebidas se llama *kahwé* ó *kischer*; y á la segunda dan el nombre de *bunn*.

El Doctor Codonel dixo por señas al Arabe, que gustaría de tomar una taza de *bunn*; y con la mano figuró la accion de moler los granos de café tostados, para darles á entender que era menester molerlos. Todos los Arabes se acercaron como suspensos, y se pusieron al rededor del Doctor mirando atentamente; pero no pudieron comprehender lo que les queria

decir. Efectivamente en Arabia no usan molinillo para el café, y en lugar de él se sirven de un mortero de palo ó de piedra. Siñier el padre traia un molinillo; pero este se hallaba encerrado en la aduana con las demas cosas. No nos pesó despues carecer de él, porque hallamos que el café molido en el mortero, tenia muchísimo mejor gusto que el que sale del molinillo; de manera, que hicimos propósito de usar en adelante el mortero para molerle. Parece que machacando los granos del café, se exprime mejor la parte aceytosa, que es la que da el gusto á esta bebida.

El *bunn* que diéron los Arabes al Doctor, y con el qual nos obsequiáron á todos, era exquisito. Sin embargo, no podíamos al principio

acostumbrarnos á tomar el café sin azúcar, como lo toman los Orientales.

Pasamos un dia y una noche en aquella casa, sin atrevernos á salir de ella, por el miedo que teníamos al Dola, y á las gentes de la aduana. Al cabo Rocas de San Casian y yo tomamos la determinacion de salir á reconocer el terreno, para ver si encontraríamos algun medio de obtener justicia, y salir del estado de incertidumbre en que nos hallábamos.

La primera persona que encontramos, fué el negociante que generosamente nos habia proporcionado donde albergarnos, por cuyo medio nos libramos de las amenazas é insultos á que estábamos expuestos. Este negociante nos dixo

que le parecia que nuestra suerte podria mejorarse. He hablado (añadió) á los aduaneros, y he buscado personas que les hablasen, y estan convenidos en entregar los efectos detenidos, por medio de algun regalo de unos cien ducados. Ademas de esto, hay la novedad de que ayer, estando el Dola mandando el exercicio á las tropas, le hiriéron en un pie, y como corre la voz de que uno de Vds. es un Doctor hábil, creo que esto podrá servirles de mucho.

Con esta noticia volvimos á buscar á nuestros compañeros, con la esperanza de que seria llamado el Doctor Codonel, y podríamos ahorrarnos el regalar á los aduaneros.

Al instante que el Dola se sin-

tió herido, le habian aconsejado los principales de la ciudad, por un efecto de la alta opinion que tienen de los médicos europeos, que llamase al momento á aquel Doctor, que á tan buen tiempo habia llegado allí; pero el Dola no vino en ello, temiendo que el Doctor Codonel, por venganza, no le diese buenos remedios, ó usase de drogas cálidas, que los Arabes miran como muy nocivas. Entónces el Kadí le hizo presente que nadie debia suponer en otro mala intencion: que las serpientes muertas conservadas en espíritu de vino, no eran nada de temer, supuesto que entraban en la confeccion de la triaca; y que no se debia despreciar á los europeos, porque llevaban consigo insectos y conchas, cu-

yo uso no conocian los Arabes ignorantes.

Estas representaciones, y el mal estado de la herida, que cada vez iba peor en manos de quatro ó cinco charlatanes, inclináron el ánimo del Dola á que nos buscaran y preguntaran si todavía estábamos enfadados con él, y si querria nuestro médico ir á curarle su herida. Contentos de ver que el Gobernador procedia de esta manera con nosotros, respondimos que no guardábamos rencor ninguno, y que el Doctor Codonel estaba pronto á servirle en quanto se le ofreciese. Apénas oyó el Dola la respuesta que habíamos dado, envió un criado con una mula para que llevase al Doctor. Es costumbre que los europeos quando pasan por la casa

del Dola, se apeen de sus cabalgaduras, y vayan á pie; pero en esta ocasion no se guardó esta ceremonia, dispensándola á nuestro ilustre compañero; y no solamente fué el Doctor Codonel montado en la mula por la plaza; sino que entró del mismo modo en el patio de la casa del Gobernador, todo con la mira de manifestar al pueblo que estábamos en su gracia.

Con este motivo tuvimos frecuentes ocasiones de ver al Dola, y estrechar su amistad. Lo primero que hizo fué mandar que nos entregasen nuestros efectos; y como á poco tiempo se puso bueno, nos convidó á pasar algunos dias en su quinta, para festejarnos en ella, y manifestarnos su reconocimiento.

Agradecemos mucho este favor,

y mucho mas por quanto nos proporcionaba ocasion de observar las varias producciones de la Arabia, y los animales que en ella se crian. Mucho tiempo hacia que no disfrutábamos del placer de la caza, y nos propusimos aprovechar esta coyuntura favorable, para hacerlo con toda comodidad.

Monval deseaba con ansia ir á cazar en las tierras del Dola, visto que era este el único medio de conocer particularmente los páxaros de la Arabia. En qualquier pueblo cazador estan siempre los mercados llenos de caza, y el curioso puede, sin incomodarse, exâminar todas aquellas especies que son mas comunes, y á veces las mas raras; pero en el Yemen no tiene el naturalista semejante recurso; dado que

los Arabes, léjos de gustar de salir á cazar y divertirse en ello, miran esto con indiferencia ó desden. Un pueblo naturalmente sobrio, que habita un clima. donde el uso de las carnes no es nada provechoso á la salud, no puede ser muy aficionado á este exercicio. Fuera de que los preceptos minuciosos de la religion musulmana, deben tambien disgustar al Arabe de la ocupacion de ir en seguimientto de los animales silvestres, y sobre todo de las aves. Para que todo su trabajo sea inútil, y sea impura su caza, basta que el cazador haya omitido el decir alguna oracion al tiempo de matar el animal; ó que este no haya derramado la cantidad de sangre que previene la ley; y que el ave esté todavía con señales de vi-

da, ó que haya ido á caer en algun sitio habitado ó mancillado. Así pues el naturalista no tiene que esperar en la Arabia ver otros páxaros, que los que él mismo matare, ó los que pueda coger ó conseguir particularmente.

Sin embargo, no era solamente el ansia de ver y matar aves, el que nos movia á desear la mansion por algunos dias en la quinta del Dola, sino que ademas ardíamos por ver los árboles, arbustos y vergeles de aquel celebrado pais. Mas que todos estaba impaciente el Doctor Codonel por ver los árboles del café en el sitio de su nacimiento. Siñier el padre gozaba ya en su imaginacion el placer de pasar algunos dias en la abundancia. Finalmente, cada uno se proponia aprovechar

el tiempo, y se figuraba, á su modo, las diversiones que el Dola nos prometia.

No quedó ciertamente engañada nuestra esperanza; pues la quinta del Dola era hermosísima, y su situacion de lo mas aventajado. En ella encontramos vergeles de árboles frutales, cuya mayor parte se cultivan en Europa, como granados, almendros, albaricoques, perales y manzanos. Allí vimos tambien varios emparrados, lo que no dexó de maravillarnos, considerando que los Arabes no beben vino; bien que esto no se opone á que coman uvas. Tambien habia naranjos y limoneros, bananos, papayos, palmas, cocos y higueras de la India, de las quales es bien conocida la propiedad que tienen de cundir

mucho, por medio de los filamentos que salen de sus ramas, y que alargándose hácia la tierra, se arraygan en ella, y forman otros troncos.

En los vergeles del Dola vimos los árboles del café en flor, las quales esparcian un olor suavísimo; y nos dixéron que estos árboles no eran muy comunes, sino en los parages montuosos del Yemen. En lo interior de la Arabia hay poblaciones en lo alto de los montes, que solo viven del producto del café; pues no se ve en ellos mas que plantíos de estos árboles. No se puede ir allá sino á pie por sendas ásperas y estrechas; pero la vista que se goza es hermosísima, particularmente en algunos parages donde corren precipitados los arroyos cristalinos, cuya frescura contribuye

á la lozanía de los árboles.

Como el árbol que lleva el café es muy conocido en Europa, es excusado describirlo en este lugar. Quando está en flor esparce hasta mucha distancia un olor sumamente agradable. Plantan estos árboles en bancales, que forman vistosos anfiteatros. Por la mayor parte no tienen otro riego que el de las lluvias; y solo riegan algunos valiéndose del agua de los manantiales, que recogen en albercas hechas en parages altos, de donde la distribuyen á los bancales, en que estan los árboles tan apretados, que apenas pueden los rayos del sol pasar por entre aquellos bosques. Los árboles que reciben este riego artificial dan dos cosechas al año; bien que el fruto no llega á su perfecta madu-

rez sino una sola vez, de manera, que el café de la segunda cosecha, no estando en su sazón, es siempre inferior al de la primera.

Vimos en aquella quinta del Dola muchos tamarindos particulares por su hermosura. Este árbol da una medula de gusto acedo, de la qual hacen cierta bebida, que es sana y fresca. Con su sombra resguarda las casas del ardor del sol, y con su vista hermosa y apacible contribuye al ornamento del campo.

El principal adorno de los jardines eran plantas, arbustos y árboles del género de las sensitivas. Uno de ellos inclinaba sus ramas quando nos acercábamos á él, y parecia que saludaba á los que se acogian á su sombra; cuya propiedad hos-

pitalaria hace este árbol tan respetable entre los Arabes, que está prohibido cortarlo, y aun hacerle el menor daño.

Al mismo tiempo que el Dola nos hacia mil obsequios, disfrutábamos, segun nos habíamos propuesto, de la diversion de la caza, en la que nuestros deseos quedáron enteramente satisfechos. En los bosques hallamos tal número de pintadas, que no hubiera sido menester mas que palos ó piedras para matar tantas como pudiéramos cargar. Matamos tambien algunos fay-sanes; aves que son indígenas de la Arabia, y abundan mucho en los bosques del Yemen. La perdiz cenicienta, la cogujada comun, y una especie de grulla blanca, con el pecho de un hermoso encarnado,

cayéron tambien á nuestros tiros.

Un pais seco como la Arabia, no es á propósito para que abunden en él las aves aquatiles; pero Monval y Chiusa, que impelidos de su aficion, se apartáron léjos de nosotros, y se acercáron á las orillas del mar, traxéron una cigüeña, y varias especies bellisimas de chorlitos reales. Traxéron tambien un pelícano, que habia hecho su nido á la orilla del mar Bermejo, en el qual le encontráron unos huevos del tamaño de los de ansar.

Martin de la Bastida, llevado siempre de su inclinacion á la geografía, trepó á lo alto de un monte inmediato, con la mira de descubrir desde allí mayor terreno, y en esta expedicion tuvo la fortuna de matar un águila, un halcon, un

gavilan y una especie de buytre, que tambien hay en Egipto, y es de notable utilidad; porque limpia la tierra de todos los cadáveres, cuya corrupcion es muy pronta y perjudicial en los países calientes; y persigue los ratones de los campos, los quales se multiplican en algunas provincias de tal manera, que sin este auxilio, se veria precisado el labrador á abandonar sus tierras. Esta utilidad real y verdadera dió motivo á que los antiguos Egipcios mirasen estas aves como sagradas, y aun en el dia se piensa del mismo modo, sin que sea lícito matarlas en los parages donde acostumbra habitar; de manera, que fué necesaria toda la amistad y proteccion del Dola, para que en esta ocasion no fuese castigado severa-

mente Martin de la Bastida, por haber cometido una accion, que está expresamente prohibida por la ley.

Seis dias habian pasado, que estábamos en la quinta del Dola, disfrutando de todo género de diversiones y pasatiempos, quando de improvise turbó nuestro pacífico regocijo el suceso que ménos podíamos esperar. Estando comiendo, todos contentos, el Dola usando de toda la atencion, que no pudiera creerse de un Arabe, oimos ruido de caballos, que venian acercándose á la casa. Miramos á ver lo que aquello podia ser, y no sin alguna admiracion vimos venir hácia nosotros un esquadron de gente armada, con dos Kadis al frente, sin que hubiese precedido aviso

ninguno al Dola. Levantóse este, y salió al encuentro de aquella gente. Entónces se apeáron los Kadis, y despues del *salam alicum*, *alicum salam*, y demas ceremonias de uso, entregáron al Dola un pliego de parte del Príncipe del Yemen, *El-mansor*, Iman de Sana. Enteróse el Dola de su contenido, y se llenó de tal confusion, que es mas fácil imaginarla que expresarla con palabras. Quedóse suspenso sin saber que respuesta daria á los Kadis, ni cómo procederia con nosotros. Aunque quisiera decir á aquella gente armada que se volyiese, ya no era tiempo de hacerlo, y así volviéndose adonde estábamos, afligido y desconsolado, nos habló por medio de un trugiman, en estos términos:

„¡Dignos extrangeros! ¡qué

pensareis de mí quando sepais que esta gente viene á prenderos! y lo que mas me aflige es que, como vais á oirlo, yo mismo he dado motivo á ello. Escuchad, á lo ménos, que yo sincere mi conducta, y si despues fuere posible aliviarnos en vuestra suerte, pronto estoy á quanto se necesite hacer.

„Bien sabeis que quando llegasteis á Moka, registraron los aduaneros vuestros efectos, y hallaron muchas serpientes que venian en espíritu de vino, como tambien muchos pescados medio podridos, que con su hedor apestaron la aduana. La voz pública os acusaba de envenenadores; y en vista de tales rumores, creí de mi obligacion dar parte de ello al Príncipe del Yemen, que tiene su residencia en

Sana, lo que executé valiéndome de un Emir que me habia enviado el Iman, y se disponia á partir, á quien informé de vuestra llegada á Moka, y de las circunstancias que deponian contra vosotros. Bien sabeis que mis dudas y rezelos se aclaráron y disipáron poco despues, y que á esta desconfianza se ha seguido la estimacion tan sincera como habeis experimentado. A vosotros debo el estar enteramente curado, ¡y oxalá que hubiese yo pensado, como debia, en curar el mal concepto en que os tenia el Iman, enviándole un correo! Pero ¿cómo habia yo de pensar que en vista de aquel aviso tomaria tan violenta determinacion? Léjos de eso, creia que todo estaba ya olvidado, ó que á lo ménos el Iman dexaria á mi

cuidado el juzgáros y castigáros, si habia motivo para ello. De otro modo ha sucedido: el Iman ha tomado este asunto con calor, lo ha puesto en noticia del tribunal supremo, compuesto de todos los Kadis, diputados del reyno, y se han expedido al punto las órdenes para que saliese inmediatamente ese esquadron de caballería, y os llevase de aquí presos. La intencion del Iman es que se vea solemnemente esta causa, y hacer un exemplar si resultare que sois reos.

„A pesar de todo, conociendo hoy, como conozco vuestra inocencia, no deben darme ninguna inquietud las resultas del proceso, pues creo que os han de ser favorables, y que saldreis triunfantes y gloriosos. Con todo eso, no pue-

do dexar de sentir y mirar con despecho que vengan aquí á sacáros de mi casa, y arrancáros de mis brazos para lleváros presos como reos á Sana, sin que pueda estorbarlo. El Iman, naturalmente difidente, no es hombre á quien le hagan fuerza razones ni persuasio- nes; y si yo me declarase á vuestro favor, si me atreviera á intentar, de qualquier modo, que se suspendiese vuestra causa, creeria que yo tenia alguna intencion páfida contra él; que me habíais confiado vuestro secreto; que procedia de acuerdo con vosotros, y que me propongo envenenarlo para ocupar su lugar.

„Así pues por vuestro propio bien me veo precisado á no manifestar resistencia ni interes, y de-

zar que os lleven presos. Id pues, dignísimos extrangeros, á presentá-ros sin temor al tribunal, que reside en la capital del Yemen, y seguros de vuestra inocencia, no dudeis de que saldrá sin mancha. Vuestro triunfo lo será tambien para mí: id ciertos de que mis votos os acompañarán, y que indirectamente daré pasos y haré diligencias, que os podrán ser de mas provecho, que si os protegiera á las claras, ó tomara vuestra defensa.”

De esta manera nos habló el Dola, cuyo discurso puede cada uno discurrir la impresion que nos haria, y mas considerando tan repentina mudanza de situacion. Fué pues forzoso levantarnos de la mesa con precipitacion, dexar aquel banquete opíparo, y meternos en un

quarto reducido y obscuro, á esperar que viniesen á prendernos como reos, y avisarnos la hora de partir.

Vean Vds. aquí (dixo Siñier el padre) una comida, que ha tenido malísimo fin, y es capaz de darnos á todos una indigestion. — No puede negarse (añadió el Abate Doloni) que el Dola nos ha puesto en situacion harto crítica; pues á pesar de que él cree que nuestra causa parará en bien, mas valiera que nos hubiera ahorrado este triunfo. Sin embargo, no deben abatirse nuestros ánimos con este contra-tiempo, ántes creo que debemos estar contentos de nuestra suerte, que nos proporciona la ocasion de ver de balde toda la Arabia feliz.

En esto estábamos, sin saber casi lo que nos pasaba, quando el Do-

la se presentó otra vez con cierto ayre misterioso, y con lágrimas en los ojos, nos dixo: „Amigos míos, esta es la hora de nuestra última despedida, lo que vengo á executar en secreto, y á daros al mismo tiempo esta carta para el Príncipe del Yemen, valiéndome en ella de mucha maña para inclinar su ánimo en vuestro favor. Deseo que llegue el momento de que el tribunal reconozca vuestra inocencia, y lo único que puede consolarme de veros llevar con tal precipitación, es que quanto mas pronto lleguéis á Sana, mas cercano estará el día de vuestro triunfo.

Dicho esto se salió el Dola, y entráron los Kadis, quienes nos notificáron que al instante íbamos á ponernos en camino. Los dromeda-

rios estaban prontos, en los quales nos hicieron montar, lo que hicimos con bastante disgusto á causa de lo cansado que es el trote de estos animales. Nuestros efectos, que habian de ser las piezas de conviccion, iban cargadas en mulas. Los Arabes, montados en soberbios caballos, nos escoltaban sin perdernos un instante de vista, y cerrando la marcha los Kadis, tomamos el camino de *Jerim*.

CAPITULO XXIII.

Noticias del exercicio y facultades del Iman. — Camino de Moka á Jerim, y de allí á Damar. — Llegada á Sana. — Acompañamiento del Iman á la salida de la mezquita. — Descripción de la capital del Yemen. — Rolando y sus compañeros metidos en la cárcel. — Episodio histórico sobre las últimas revoluciones de la Arabia feliz. — Rolando y sus compañeros comparecen al tribunal de los Kadis. — Revolucion de Sana.

El que ménos fatigado del camino se manifestaba, y sobrellevaba con mas serenidad la mudanza de fortuna, era tal vez el Abate Doloni. Sentado magestuosamente en su dromedario iba hablando sin ce-

sar, de la ventaja que nos resultaba de hacer el viage de Sana, lugar de la residencia del Iman. Y á todo esto (añadió) ¿saben Vds. lo que es un Iman? — Demasiado lo sabemos (respondió suspirando Siñier el padre): un Iman es un príncipe caviloso, que manda prender á unas pobres gentes, que no se acuerdan de él, y nos expone á que nos empalen á todos, porque al Señor Monval se le antojó comprar serpientes en Masuah para enviarlas al jardin botánico de Paris.

Oíganme Vds. (replicó el Abate Doloni) que yo les diré qué cosa es el Iman. Esto es lo mismo que si dixéramos el eclesiástico, el pontífice, el que ora públicamente en las mezquitas. Los soberanos sucesores de Mahoma, conserváron la

costumbre de hacer estas oraciones, en prueba de estar unida la jurisdiccion espiritual á la temporal. No atreviéndose algunos príncipes Arabes á usar del título de Califa, se contentáron con el de Iman; y todos estos, que exercian jurisdiccion espiritual, como Califas é Imanes, han guardado la antigua costumbre de mudarse el nombre, como tambien lo hacen los Papas, quando suben al trono; mudanza que indica cierta especie de regeneracion del hombre, revestido de una dignidad, que le imprime el carácter de santidad.

^{sup} El Iman es un príncipe absoluto, y tanto mas puede serlo, quanto reúne en su persona la jurisdiccion espiritual á la temporal. Sin embargo de eso, el despotismo del Iman

tiene algun freno en el tribunal supremo de Sana, del qual no es mas que Presidente. Este tribunal, compuesto de cierto número de Kadis, es el único que tenga derecho de condenar á muerte á los reos, y nunca se atreve el Iman á mandar ajusticiar á nadie, sin que se le haya instruido el proceso ante el mencionado tribunal.

Los Kadis de Sana estan en opinion de hombres íntegros, de costumbres irreprehensibles, y puntuales en el cumplimiento de sus obligaciones. No se les muda tan á menudo como en Turquía, ántes conservan por lo regular su empleo toda su vida.

Sin embargo, para decirlo todo, si quiere el Iman abusar de su poder, puede sacudir el yugo que

este tribunal pone á sus caprichos; porque siendo los asesores amovibles, y estando nombrados por él, claró está, que tiene en su mano el obligarlos á seguir su parecer, amenazándolos con privarles de oficio.

En tanto que el Abate Doloni procuraba distraernos con la relacion de todo lo que sabia del gobierno del Yemen, íbamos caminando por terrenos montuosos y nada fértiles. En los dos dias primeros, solo encontramos algunas malas chozas de las tierras de café, y tal qual aldea, que por la mayor parte amenazaban ruina.

Al dia sexto llegamos al monte de *Mharras*, donde nos cogió una violenta tempestad, la qual nos mostró, por los torrentes que baixaban de los montes, el origen de

los arroyos que se pasan por una puente de piedra sólida, y de un solo arco.

Desde *Mharras* hasta *Sana* se encuentra, á cada media jornada, una *simsera* capaz, hecha de ladrillo. Estos edificios, lo mismo que las caravanseras en Turquía, han sido edificadas por gente rica, para comodidad de los viageros, que hallan en ellos alojamiento seguro, pero sin mas mantenimiento que café, arroz, pan y manteca. Las demas provisiones es menester llevarlas consigo.

Pasado el monte *Mharras* por un camino empedrado, vimos otro terreno mas fértil; y dexando atras varios villorros, llegamos á *Abb*, cuya ciudad, situada en lo alto de un monte, está cercada de buenos

muros, tiene empedradas las calles, contiene sobre ochocientas casas, muchas de ellas bien edificadas, y bastante número de mezquitas pequeñas. Al lado de una de estas hay un estanque espacioso, donde un aqueducto lleva el agua de un monte inmediato, y luego se distribuye desde allí á todas las casas de la ciudad.

A corta distancia entre *Abb* y *Dejobla* se hallan dos riachuelos: el uno que corre hácia Poniente forma luego el rio *Zebid*: el otro que lleva su curso hácia el Sur, es el rio *Meidam*, que desemboca en el mar cerca de *Aden*. Las vertientes de estas aguas, y el origen de los rios considerables en aquella comarca, indican bastante que es el punto mas alto de la parte mon-

tuosa de los estados del Iman. Esto mismo se confirma con la altura del monte *Samara*, por donde pasamos al dia siguiente.

Llegamos por fin á la ciudad de Jerim, y fuimos á apearnos á un meson. Era tal la concurrencia de gentes que venian con la curiosidad de ver los presos europeos, que nuestros guardias, para no verse tan importunados, tuviéron que pedir al Dola que diese órden para impedir que nadie se acercase. En efecto, se consiguió limpiar de gente la calle; pero no por eso estuvimos libres de que nos miraran, pues para ello se subian á los altos, y aun á los tejados.

El Abate Doloni, poco intimidado de tantas indiscretas miradas, hubiera de buena gana pasado por

entre la multitud, y salido algunas horas fuera de la ciudad, si le dieran licencia de hacerlo. Era su deseo ir á ver, á cosa de dos millas de *Jerim*, las ruinas de la famosa ciudad, que tiene por nombre *Dhafar*, donde, segun la tradicion de los Arabes, se encuentra todavia una piedra grandísima con una inscripcion, que no han podido descifrar ni los Judíos ni los Mahometanos. Persuadiase el Abate Doloni de que en aquel parage debia de estar la ciudad de *Taphar*, de que dicen los historiadores antiguos fué la residencia de los *Hamjarinos*, y no dudaba de que hallaria vestigios é inscripciones *hamjarinas*. A todo esto los Kadis no le dexáron cumplir su deseo, diciéndole que hallándose como se hallaba preso, no

se le podia permitir que intentara alguna fuga.

Antes de llegar á *Jerim* vimos tantas langostas esparcidas por el campo, que se podian coger á almorzadas. A pesar de lo que nos repugnaba semejante alimento, no tuvimos otra cosa que comer mientras permanecíamos en esta ciudad, de cuyo género estan muy provistos los mercados. Todos los Arabes, tanto los que habitan en su patria, como los que hay en la Persia, en Siria y en Africa, acostumbran comer langostas. Quando los Europeos muestran aversion á este alimento, los Arabes les echan en cara el comer ostras y cangrejos. Los habitantes de aquellas tierras hacen todos los años abundante provision de langostas, metiéndolas en sacos,

ó las secan al sol para guardarlas. Los Beduinos de Egipto no las cuecen, contentándose con asarlas vivas, y de esta manera las comen con mucho gusto.

Al cabo de tres dias que estuvieron descansando en Jerim los Kadis, salimos de allí, y prosiguiendo nuestro camino anduvimos algunas millas por terreno pedregoso y sumamente estéril, y en el mismo dia llegamos á *Damar*. En este tránsito, notamos que las gentes que venden el *kahwé* son tan pobres, que viven al raso sin tener siquiera una miserable choza.

Como es muy raro ver pasar Europeos por *Damar*, y las gentes sabian de antemano nuestra venida, acudiéron muchas á vernos, saliendo á mas de media legua de la ciu-

dad. El concurso era mayor, á proporcion que nos íbamos acercando á ella, y al fin nos vimos rodeados de un gentío inmenso. A la puerta de la ciudad se llegó uno á preguntar á nuestra escolta, de parte del primer magistrado, si se podria consultar al médico que se decia venir con nosotros. Respondiéron á esto los Kadis, que veníamos acusados de envenenadores, y no era seguro que fuese médico el que decia serlo. Luego que el primer magistrado de *Damar* oyó esta respuesta, dijo que una vez que ninguno de los médicos, á quienes habia consultado, le habian aliviado sus males, queria ver si el Doctor Codonel haria algo; y en conseqüencia se le concedió.

Este incidente nos dió bastante

que pensar; porque como la Medicina no es infalible, ni tampoco todos los males ceden á los medicamentos, eran de temer las consecuencias del mal éxito de la cura, y mas quando teníamos contra nosotros una acusacion terrible, y qualquier contratiempo le hubiera dado mayor verosimilitud. No pensaba de otro modo el Doctor, y así manifestó la repugnancia que tenia á exercer su ministerio en tan delicada ocasion; mas por otra parte advertíamos, que si no consentia en emprender la cura, seria lo mismo que confesar que no era tal Médico, y se daria mas fuerza á la acusacion puesta contra nosotros. Todo bien pensado, juzgamos que lo mas conveniente era que el Doctor Codonel fuese á la consulta.

Hízose así, y tuvimos la felicidad de que en brevísimo tiempo lograrse el Doctor venir al cabo de su cura, lo que seguramente era la mayor fortuna que en tales circunstancias podíamos tener. Efectivamente, los Kadis empezaron ya á tratarnos con mas comedimiento; y el pueblo, maravillado, nos ponía en las nubes. No hay en el mundo ciudad ninguna donde nuestro médico pudiese tener mas visitas; y el hecho mismo de no poder salir el Doctor Codonel, pues nos tenían puestas centinelas de vista, era causa de que mas anhelasen por consultarle; de manera, que le traian los enfermos en sus mismas camas, y un habitante se vino con nosotros hasta Sana, solamente por poder consultarle.

Al salir de *Damar*, pasamos al pie de un monte, donde hay una mina de azufre; y algo mas allá vimos otro donde se encuentran aquellas hermosas cornalinas, que los Arabes tienen en tanto aprecio. — Ciertamente (exclamó Monval) que es mucha lástima no poder exâminar despacio estos parages tan dignos de atencion. — Tú tienes la culpa (le dixo Siñier el padre), si no fuera por tus serpientes y tu pescado podrido, no iríamos ahora encadenados.

No tiene duda que nuestra situacion era penosa: al cansancio del camino se juntaba el calor excesivo, que aniquilaba nuestras fuerzas. Uno de nuestros compañeros, Lagiboseta, que era de complexión delicada, no pudo resistir al tra-

queo continuo de su dromedario, y tuvimos que dexarle enfermo en *Damar*, donde se quedó acompañado de dos soldados, y vino luego á medias jornadas á unirse con nosotros en Sana. A su llegada se lamentaba de que en todo el camino no quiso nadie darle alojamiento por ser cristiano, temiendo los Arabes que llegase á morir en su casa, y verse obligados á enterarle.

Al paso que nos acercábamos á la capital del Yemen, estaban peores los caminos, no encontrando mas que llanuras, circundadas de montes calvos y áridos, hasta llegar á pocas leguas de la ciudad, que entónces nos pareció el camino mejor y mas agradable. Allí nos mandáron apearlos, y tuvimos que sufrir el

oprobio de llegar á las puertas de Sana, entre los silbidos del populacho.

La ciudad de Sana está situada al pie del monte de *Nikkum*, en cuya cima se ven las ruinas de un castillo. Por el otro lado del monte corre un arroyuelo, el qual riega con sus aguas el espacioso jardin que tiene allí el Iman, donde edificó un hermoso palacio. Las tapias de la ciudad, que son de adobes, la separan de este jardin, el qual tiene su cerca particular. Lo que es propiamente la ciudad no tiene grande extension, pues no se necesita mas de una hora para dar la vuelta á pie. Tiene siete puertas, y muchas mezquitas, algunas de ellas edificadas por Baxaes Turcos.

La arquitectura de los palacios

árabes no se parece á la nuestra. Sin embargo, estan hechos de ladrillo, y algunos de sillería, en lugar que las casas son todas de adobes. No vi vidrieras sino en un palacio; los demas edificios tienen puertas en las ventanas, las que tienen abiertas quando el tiempo es bueno, y cerradas si llueve; en cuyo caso entra algo de luz por un agujero redondo, que está encima de la puerta-ventana, cerrado con vidrio de Moscovia. Algunos Arabes usan de vidrios chiquitos de colores que vienen de Venecia.

Dexo dicho que á nuestra llegada á Sana, nos recibió con silbidos el populacho; mas por fortuna aquel tropel grosero, que corria tras nosotros con voces y gritos, viendonos llevar presos, se distraxo en

breve á la vista del Iman, que salia de la mezquita. Mandáronnos arrimarnos á la pared, para no estorbar el paso de la magnífica comitiva, y la vimos pasar por delante de nosotros.

El Iman de Sana, á imitacion del Sultán, de Constantinopla, va todos los Viérnes á la mezquita principal, y practica con gran pompa esta ceremonia religiosa. A la vuelta le acompañan todos los que han concurrido á otras mézquitas, y hace mucho rodeo para que la carrera sea mas lucida.

Iban delante abriendo la marcha algunos centenares de soldados. A su lado iba uno llevando un parasol grande, cuya distincion está reservada á los soberanos y á los grandes de su clase. Ade-

mas de los Príncipes, se componia la comitiva de seiscientos señores de distincion por lo ménos, montados todos en soberbios caballos, y al fin cerraba la marcha un tropel de gentes á pie. A cada lado del Iman, llevaban tambien un estandarte, en lo alto del qual habia una cazoleta de plata llena de amuletos para hacer invencible al Soberano. En suma, la comitiva era magnífica, pero tumultuosa, yendo unos y viniendo otros á caballo, y mezclándose sin guardar orden ninguno.

Cerca de una puerta estaban algunas literas sobre camellos, en las quales suelen ir, en tales ocasiones, las mugeres del Iman; pero en aquella estaban vacías, y las habian traído allí solo por no faltar á la

etiqueta. Detras de estas literas habia ademas doce camellos, sin mas carga que unas banderas pequeñas, para servir de adorno. De quando en quando hacian los soldados algunas descargas, con tan poca maña, como en qualquiera otra ciudad del Yemen. Las evoluciones de esta gente no eran mejores, que las que habíamos visto executar por los soldados de los Dolas, en otras ciudades menores.

Luego que pasó la comitiva, nos lleváron á toda prisa, hasta que llegamos á una de las cárceles de la ciudad; lo que ya deseábamos por descansar de la recia fatiga del camino. Allí nos notificáron que el tribunal tomaria en consideracion nuestra causa al dia siguiente; y para apaciguar nuestra hambre nos

diéron abundante cantidad de langostas con algunas frutas.

Acabada la triste comida que nos sirviéron, todos mis compañeros, que no podían mas del cansancio, se acomodáron á dormir, y quedáron sumergidos en profundo sueño. Solo yo, maravillado del aspecto venerable de dos ancianos, que casualmente estaban en la misma prision, no pude conciliar el sueño. Presentábanse á mi imaginacion mil ideas funestas, y no pudiendo creer que fueran delinqüentes aquellas dos personas, que en su frente llevaban todas las señales de la inocencia, me hacia estremecer el paralelo de la injusticia de su cautiverio con la suerte que nos esperaba. Al fin me atreví á acercarme algo mas á los dos primeros,

y me pareció por la fisonomía de uno de ellos, que debía de ser europeo.

Preciso es, decia yo en mi interior, vencer esta timidez, aclarar mis dudas, y hablar á este respetable anciano. Háblole pues, y veo con notable admiracion y alegría, que entiende mi lengua y me responde en estos términos: „Sí, Frances soy. Dos años hace que estoy encerrado en esta prision, sin esperanza ninguna de salir de ella, ni de volver á ver jamas á ninguno de mis compatriotas. El cielo quiere que la alegría que me causa el veros, la ahogue el dolor de contemplaros en esta prision conmigo. ¡Desdichados, por haber caido en manos de ese Iman de Sana, el hombre mas implacable de la tier-

ra! Aquí veis á mi lado un Príncipe Arabe , de quien yo era amigo, y tengo á gloria haber participado de su desgracia. La perfidia le sumergió en esta prision, y en ella moriré probablemente con él; pero á la vista de los crímenes que han mancillado hasta aquí el reynado de Elmanzor, lo digo, y lo mismo piensa este compañero de mis desventuras, prefiero mi suerte, y habitar esta prision, á la fortuna del Iman y el esplendor de su palacio.”

Estas palabras movieron mi curiosidad; y deseando saber la historia de mi venerable compatriota y de su ilustre amigo, hice lo que pude para merecer esta confianza, contándole nuestras aventuras, y logré sin dificultad que me refirie-

se sus desgracias, lo que empezó de esta manera:

„Viajando por el Yemen, con el propósito de ver las principales ciudades, hacia algun tiempo que me hallaba en *Taaes*, donde uno de los hermanos del Iman de Sana, por nombre *Achmed*, que era Gobernador, se habia alzado y proclamado independiente. Dos veces le llamó el Iman, y dos veces desobedeció sus órdenes. Muchos años hacia que con solos dos mil hombres de guardia se defendia de los exércitos, que en varias ocasiones envió el Iman para reducirlo á obedecer. *Achmed*, sin embargo, no tomó nunca el título de Iman ni de Rey, contentándose con el de *Cid*, que es el que corresponde á todos los Príncipes de la familia del Iman.

„Achmed murió, y desde aquel día se acumuláron los varios sucesos, y empezáron mis desgracias. *Taaes* fué teatro del mayor desorden y confusion, y no ménos cundió el mal por las cercanías. Achmed dexó un hijo de edad de trece años, á quien habia nombrado por su sucesor; pero tres tios suyos, *Ali*, *Jachia* y *Machsen*, intentáron despojarle de la soberanía; con cuya mira, el uno se apoderó de la fortaleza, y los otros dos tomaron una puerta de la ciudad cada uno, y las torres inmediatas.

„En tales circunstancias el hijo de *Cid Achmed* escribió á su tío, el Iman de Sana, pidiéndole socorro, y que le mantuviese en la posesion de sus estados. El Iman, que de largo tiempo deseaba recobrar

sus derechos, envió un ejército para sujetar los rebeldes; pero no teniendo artillería el General que lo mandaba, se vió precisado á poner cerco á la ciudad.

„Muchos años hacia que era enemigo del Iman, un Xequé llamado *Abdurrah*, el qual se habia enseñoreado del territorio de *Hodsjerie*. Acercóse este á Moka al tiempo que estaba puesto el cerco de *Taaes*; y entónces conoció el Iman de Sana la necesidad de reconciliarse aquel enemigo á quien temia, el qual estaba dispuesto á invadir la mayor parte de sus estados, y que ademas podia, aliándose con él, ayudarle á recobrar á *Taaes*.

„Ajustáronse las paces, interviniendo en ello los Generales del Iman, con la condicion de que el

Xeque daría al instante el auxilio para apoderarse de la ciudad cercada. El Iman prometió, por su parte olvidar todo lo pasado, tratar á *Abdurrab* como amigo, y reconocerle por Xeque de *Hodsjerie*, renunciando todas sus pretensiones y derechos á aquella provincia. El Iman confirmó esta promesa, no solamente con siete juramentos, sino que, segun la costumbre que se guarda entre los orientales, envió al Xeque el Alcoran sobre que habia hecho los siete juramentos, y el rosario con que rezaba, para que sirviesen de prendas y testimonio de lo inviolable de su palabra; y ademas, y para mayor abundamiento, sus dos generales salieron fiadores de la fidelidad con que el Iman guardaria y cumpliria aquel tratado.

„Fiado en los reiterados juramentos, en tantas pruebas de la buena fe, y en las palabras de los dos Generales, hizo la paz *Abdurrab*, y se fué para *Taaes*, donde sus tropas, sin tener tampoco artillería, no tenían mas recursos que las del Iman para tomar por fuerza la ciudad. Al fin, el Xequé se valió del stratagema de prometer mil duros á doce soldados que estaban de guardia en una torre, si abrian un agujero para que entrasen por él sus tropas, por cuyo medio tomó la ciudad, y la entraron á saco.

„Conquistada la ciudad de *Taaes*, el Iman de Sana convidó amistosamente al Xequé *Abdurrab*, y á la familia de *Cid Achmed* á que viniesen á Sana. *Abdurrab* manifestó la repugnancia que tenia de

ir á verse con su antiguo enemigo, y no se determinó á ejecutarlo sin que ántes le diesen la palabra sagrada del Iman sus dos generales *El-Hammer* y *El Mas*. Pedí y alcancé el permiso de acompañarles, para aprovechar esta ocasion de ver la ciudad de Sana y la corte del Iman, y asistir á los regocijos públicos que habria con el motivo de la paz. La familia de *Cid Achmed* me profesaba ademas particular afecto, y tambien trabé estrecha amistad con el General *El-Hammer*, de cuya suerte he venido á participar.

„En todo el camino fuéron tratados el Xequé *Abdurrab*, y la familia de *Cid Achmed*, con las mayores demostraciones de respeto. Los moradores de Sana salieron al

encuentro del Xequé para admirar aquel héroe, y por todas partes se hablaba con entusiasmo de sus hazañas, de sus procederés generosos, de su valor y habilidad.

„No se sabe de cierto si la intención del Iman fué desde luego de disimular para asegurar su venganza, ó si acaso le irritáron las alabanzas de *Abdurrah*, y temió que se ganara partido en su propia capital, y se declarasen algunos á favor del Xequé. Lo cierto es, que apénas llegó el infeliz *Abdurrah*, le prendiéron, le despojáron de sus vestiduras, le pintáron de encarnado manos y rostro, y le paseáron por las calles, sentado en un camello vuelto de espaldas. Su hermana, que se hallaba en Sana, al ver aquel ignominioso trato de su hermano,

se arrojó de lo alto de la casa, y cayó muerta á sus pies. Despues de esto maltratáron al Xequé, dándole empellones y bofetadas, le echaron en un muladar, y tres dias despues le cortáron la cabeza.

„Esta perfidia del Iman causó general descontento é indignacion; y entre todos se señaláron los dos Generales que habian dado á *Abdurrab* la palabra de que podia venir seguro; los quales con gran denuedo se presentáron al Iman, afeándole tan iniquos procederes. El Iman, ardiendo en colera, mandó prenderlos al instante, y como yo estaba alojado en casa del uno de ellos, me comprehendió tambien su desgracia. A breve rato vimos llegar á la misma prision donde nos habian metido, toda la familia de

Cid Achmed, parte de la qual acabó ya, unos á hierro y otros á veneno. Este que veis aquí á vuestro lado es el anciano General *El-Hammer*, quien lleva sus trabajos con ánimo sereno, aunque siempre se lamenta del fin deplorable del Xequé *Abdurrah*. En el dia no tenemos otra esperanza que la que puede dar alguna de aquellas catastrófes, tan comunes en la Arabia, que precipitan del trono al Iman, quien con sus crímenes y vexaciones se ha grangeado el odio de sus vasallos y de sus vecinos.”

Así acabó su historia mi desventurado compatriota, la que me inspiró tales sentimientos, que hubiera querido en aquel mismo instante estar al frente de algun poderoso ejército, para venir á pedir cuenta

al Príncipe del Yemen de sus procederés injustos; pero preso como estaba también, y esperando la sentencia del terrible tribunal de los Kadis, no pude hacer otra cosa que acompañarle con mis lamentos, doliéndome de su adversa suerte, y de su fiel amigo.

Era ya muy entrada la noche, y empezaba á sentir la necesidad de descansar algun rato. En esto abriéron de improviso la puerta de la prision, y entráron dos Kadis acompañados de gente armada, y otros con hachas, que traian un Arabe de aspecto horrible y feroz, el qual rechinaba los dientes, y forcejeaba violentamente con los que le traian allí. La vista de semejante compañero me estremeció, y me privó del sueño toda la noche. Al amanecer,

estando medio dormido, me puse á observarle con alguna inquietud, y aun con cierto horror. Noté que tenia los ojos abiertos; y luego que la claridad le permitió distinguir los objetos, nos miró á todos, clavando luego los ojos en el anciano General *El-Hammer*, que estaba durmiendo á mi lado. Llegase á él inmediatamente, y quiere despertarle, lo que en vano quise estorbar. Despertóse el anciano, y aquel hombre le aprieta la mano, y le entrega misteriosamente una carta, que traia escondida entre los pliegues de la capa, retirándose luego á otro lado. El General leyó la carta temblando de gozo, y la dió á leer á su amigo, que entendia la lengua arábiga. Este, que en aquel corto tiempo que habíamos hablado, llegó á

conocer y apreciar mi ingenuidad y mi valor, me confió el secreto importante que acababa de saber.—

„Rolando (me dixo en voz sumisa), grandes sucesos se preparan.

El-Hammer tiene un hermano llamado *Khassem*, el qual ha logrado sublevar contra el Iman de Sana, todos los Príncipes de las cercanías, y que levanten un ejército formidable, del qual le han encargado el mando. *Khassem* escribe á *El-Hammer* que dentro de poco quedará vengado; que ya viene marchando sobre la ciudad de Sana, y ha enviado á decir al Iman que ponga en libertad á su hermano, de quien le hace responsable con su cabeza.

En esto estábamos quando despertáron todos mis compañeros, á

quienes yo deseaba participar lo sucedido aquella noche, para lo qual y enterarles del aspecto que tomaban las cosas, necesitaba ántes pedir permiso de hacerlo; mas quando iba á ello, manifestando que todo se podia fiar á su discrecion, y lo mucho que importaba confiarles esta noticia, no pudo verificarse mi intento, porque en aquel mismo instante viniéron á buscarnos para comparecer ante el tribunal. Fué-me pues preciso salir con mis compañeros, sin poder descubrirles los importantes secretos que en mí estaban depositados. Los dos ancianos me apretáron la mano al tiempo de separarnos, como para encomendarme el silencio, y mis miradas les dixéron con bastante claridad que sabia guardarlo.

Al ir desde la prision al tribunal, advertimos que por la ciudad andaba bastante alboroto, cuya circunstancia aumentó mucho nuestros temores. Mis compañeros creian que los Arabes hablaban mal de nosotros, y estaba concertada nuestra perdicion. Al entrar en la sala donde estaban los Kadis, nos causó respeto la gravedad de aquellos jueces. Traxeron allí los caxones, que habian de servir de prueba de nuestro delito, y se resolvió que se abriesen, á fin de que los peritos informasen en razon de la naturaleza de los efectos aprehendidos; y como los peritos Arabes son sumamente ignorantes, temimos con fundamento, las consequencias á que pudiera dar lugar su dictámen; pero aunque conocíamos la necesidad

de inclinar los ánimos á nuestro favor, nada pudo poner freno á la curiosidad de los peritos, y aun de los mismos jueces. Abrieron pues los caxones, y dando en la nariz á los Kadis el olor del espíritu de vino, y el hedor que instantáneamente esparcieron los peces medio podridos, de tal manera se les revolvió el estómago, que estuvieron á pique de acabar allí la instrucción del proceso, y enviarnos al suplicio.

Nosotros procurábamos explicar por señas nuestros temores y nuestra inocencia, y rodeando todos al intérprete, cada uno le exponía su justificación, instándole y rogándole que la trasladase á los Kadis. Por mas que hacia el trujaman, no lograba que le escucharan, y veía-

mos los Kadis sofocados, y anhelando por salirse de la sala, de miedo de que les envenenara solo el olor que daban aquellos tarros. Siñier el padre, temblando de miedo de morir, fué y se echó á los pies de un Kadi, dándole á entender por señas que se sentara y hiciera que se sentaran los demas; y señalando á Monval, se esforzó lo que pudo en dar á entender por señas á los Kadis, que aquel era el dueño de los caxones, quien pedia licencia para explicar el uso á que estaban destinados.

Tantas fuéron las instancias y los gestos que hizo Siñier el padre, que al fin se rindió á ellas el Kadi, y se siguió la audiencia, diciendo ademas á Monval, por medio del intérprete, que expusiese lo que

quisiera; en cuya virtud Monval, yerto de miedo, habló á nuestros jueces, poco mas ó ménos, en estos términos:

„Venerables Kadis, y vosotros sapientísimos peritos, hacednos justicia, pues todos somos inocentes. Nosotros somos unos viajeros pacíficos, que andamos por el mundo para admirar y recojer las diversas producciones de la naturaleza. En Europa gustan de ver los animales de otros países, y así hacen de ellos colecciones, que ofrecen á la vista un espectáculo tan variado como magnífico. A estas colecciones las llaman gabinetes de historia natural ó *MUSEOS*. En los *MUSEOS* se ven los animales grandes, es á saber, los quadrúpedos llenos de paja, como tambien las aves; pero

en quanto á las serpientes y peces, no pueden conservarse sino dentro de espíritu de vino. Ahora pues, esos peces y serpientes que veis aquí en estos tarros, los he recogido para el *MUSEO* de Paris; y para convenceros de ello, no teneis mas que leer los rótulos que tienen los caxones. Para el mismo *MUSEO* de Paris he recogido igualmente las varias conchas del mar Bermejo que ahí teneis, y algunas caxas de insectos de la Arabia. Uno de mis compañeros anda tambien en busca de medallas para el gabinete de antigüedades. ¿Cuál será pues el rezelo que puedan inspiraros semejantes ocupaciones? ¿No son estas unas acciones inocentes? ¿Cuál es el mal que pueden hacer unos hombres que gastan sus dias en leer

algunas hojas del libro inmenso de la naturaleza? ¡Respetad pues estas ocupaciones laudables, y guardaos de manchar vuestras manos con la sangre del inocente, que clamará contra vosotros! ¡Volvednos la libertad, que nadie debió quitarnos, y dexadnos ir en paz á admirar las producciones de la Arabia, y en especial del Yemen, pais que por su nombre parecia que debiera prometernos la felicidad, y solo hemos encontrado en él desventura! Venerables Kadis, ya habeis oido de mi boca la verdad; y de la vuestra no debe salir la injusticia.”

Oyéron los Kadis á Monval con mucha atencion, y se preparaban para pronunciar la sentencia, quando de improviso, amotinado el pueblo, entró en la sala dando voces y

profiriendo palabras, que al principio no comprehendimos lo que significaban, mas luego á la vista del pavor que sobrecogió á los Kadis, nos parecieron que eran indicios de alguna fatal noticia. Creció el desorden y se aumentó la confusion, sin saber nosotros qué pensar de lo que allí pasaba, hasta que por último nos dixo el intérprete, que habian asesinado al Iman en su palacio. Las tropas del Príncipe Khassen habian entrado en la ciudad, y difundian el terror por todas partes. Los Kadis sin saber que resolver, se mantenian en aquella irresolucion, sin atreverse á salir, por temor de que les diesen muerte, y sin atreverse á quedarse allí, temiendo ver de un instante á otro entrar en la sala los emisarios del Príncipe Khassen. Por

nuestra parte rezelamos que corríamos peligro, é ignorando el fin á que vendria á parar aquel negocio, nos hallábamos tan indecisos como los mismos jueces.

A este tiempo vi en mi imaginacion alguna vislumbre de esperanza. Ocurrióme el noble y generoso pensamiento de hacer respetar la magestad del tribunal, que habia de juzgarnos, y poseido del sublime entusiasmo, que siempre inspira la idea de alguna grande accion, hablé á mis compañeros estas palabras: „Carísimos amigos, delicado es el tiempo en que hemos venido á hallarnos en Sana; pero nuestros procederes han de ser quales nos corresponde. Los Kadis, reunidos en este recinto, son los ministros y órganos de la justicia; y así es preci-

so que en quanto podamos, contribuyamos á que se respete la dignidad de este carácter sagrado; pues aun quando pereciésemos en la defensa, seria gloriosa nuestra suerte. La justicia es lo mas santo que hay en qualquier estado, y quando sus ministros llegan á ser ultrajados ó envilecidos, ningun freno le queda al desórden.”

Al oír esto Rocas de San Casian, corrió á mí con los brazos abiertos, diciendo: *al punto, hagámonos fuertes y defendamos á los Kadis.* Estas palabras, que fuéron explicadas por el intérprete, merecieron la general aprobacion. Inmediatamente todos acudieron á cerrar y reforzar las puertas del tribunal, se distribuyéron entre los mas valientes las armas que se pudieron reco-

ger, y sentados los Kadis con suma gravedad, esperaban con silencio y sobresalto el fin de aquel suceso.

El tumulto se apaciguó algo, y aquel intervalo de sosiego dió lugar á todos de reflexionar cada uno por su parte. Siñier el padre formó un corrillo con Monval, Ingardin y el Doctor Codonel, y les preguntó si les parecia conveniente aprovecharse de la necesidad que de nosotros tenian los Kadis, para obligarles á dar sentencia definitiva, y nos declararan inocentes. — A mí me parece (añadió) que mi proposicion no puede tener dificultad ninguna; porque al fin, ya que nosotros los defendemos, que ellos á lo ménos nos absuelvan. — Por mi parte (dixo Monval) miro el negocio como concluido. — Eso no

(replicó el Doctor Codonel): no lo está todavía; y de tal manera podian volverse las cosas, que nos hicieran mala obra.

Con esta aprobacion que tuvo Siñier el padre; cobró ánimo para venir á declararme su intencion, añadiendo en tono irónico que los Kadis nos absolverian y les vendria muy ancho. Al oírle, clavé en él los ojos con cierto ayre de indignacion y desprecio, y le dixé: ¿con qué Vd. quiere violentar la justicia, en lugar de alcanzar honrosa absolucion? ¿Cree Vd. que nos estaria bien abusar de esa manera del trance en que se hallan los Kadis para obligarles á pronunciar la sentencia, que aun quando su conciencia misma la dictara así, siempre pareceria efecto de su propio inte-

res? En tan crítico momento, exigir de ellos que nos declaren inocentes, sería lo mas que pudiera contribuir á que nos reputasen delinqüentes.

Tal era la crítica situacion en que nos hallábamos, y que tuvo el fin que el lector verá en el capítulo siguiente.

FIN DEL TOMO III.

INDICE

DE LOS CAPITULOS DEL TOMO III.

CAPITULO XIX.

Noticias de Sennaar. — Sifon. — Ciudad de los Nubios. — Mansion en Teawa. — Conducta del Xequé. — Caza del elefante y del rinoceronte. — El Xequé declara su intencion de despojar la caravana. — Resistencia de Rolando. — Partida de Teawa. — De como Rolando y sus compañeros se libraron de otro peligro en las fronteras de la Abisinia. — Asechanzas del Xequé descubiertas por Siñier el padre..... Pág 3

CAPITULO XX.

Llegan los viajeros á Gondar.—Usos y costumbres de los Abisinios. — Rolando y sus compañeros son presentados al Rey.—Embaxada del Principe de Shoa y del gefe de los Gallas.—Descripcion episódica de un viage al nacimiento del Nilo.—Proyecto del Rey de dar una fiesta al embaxador de los Gallas.— Preparativos de la fiesta..... 88

CAPITULO XXI.

Mal fin que tuvieron los fuegos artificiales. — Descripcion del accidente que ocurrió.— Rolando y sus compañeros en la cárcel de orden del Rey de Abisinia. — Salida de allí á media noche. — Toman el camino de Masuah. — Embárcan-

se, pasan el mar, y entran en la
Arabia 156

CAPITULO XXII.

Rolando y sus compañeros se alber-
gan en casa de un Arabe. — Llama
el Dola al Doctor Codonel. — El
Dola manda que les entreguen los
efectos detenidos en la aduana. —
Convida á Rolando y á los de su
compañía á pasar algunos dias en
su quinta. — Descripcion de es-
ta. — Plantas y páxaròs de la Ara-
bia. — Mudanza de fortuna. — Pren-
den á Rolando y sus compañeros en
casa del Dola, y llévanlos á Sana
de órden del Príncipe del Yemen. 230

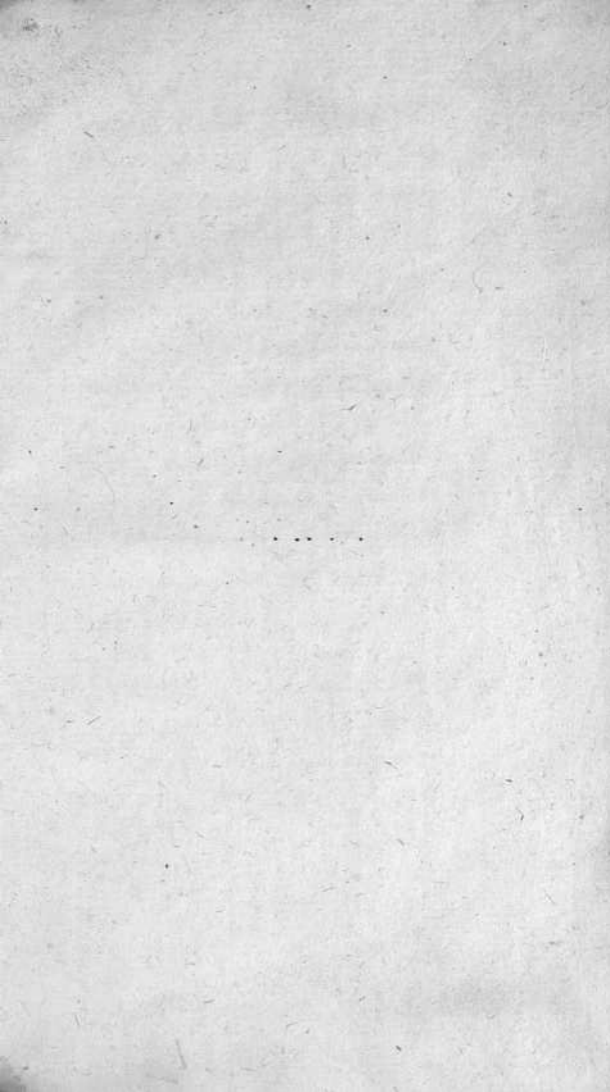
CAPITULO XXIII.

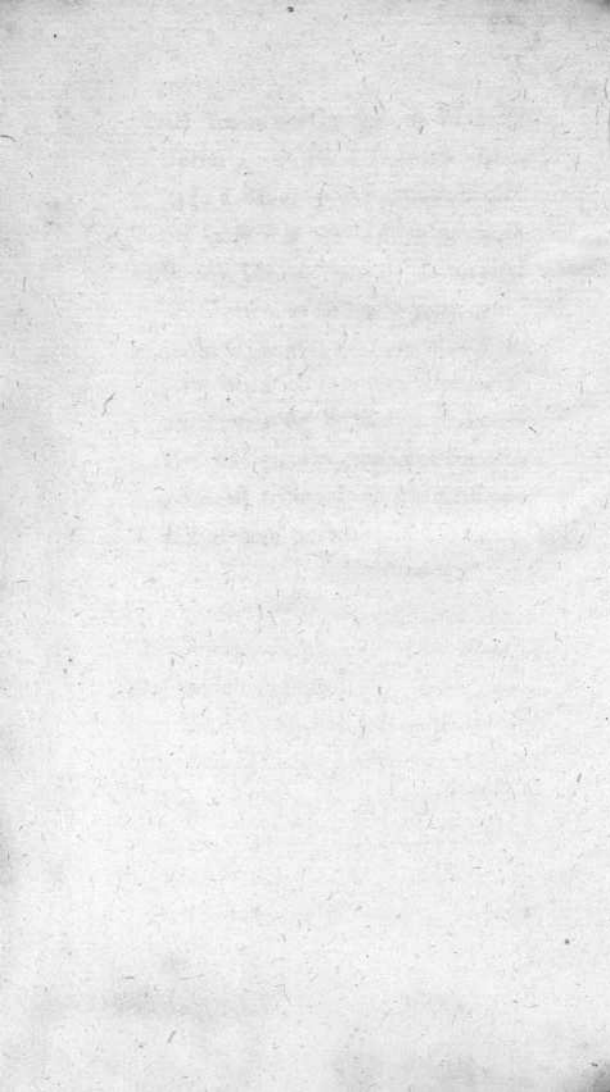
Noticias del exercicio y facultades

del Iman. — Camino de Moka á
 Jerim, y de allí á Damar. — Lle-
 gada á Sana. — Acompañamiento
 del Iman á la salida de la mezqui-
 ta. — Descripción de la capital
 del Yemen. — Rolando y sus com-
 pañeros metidos en la cárcel. — Epi-
 sodio histórico sobre las últimas re-
 voluciones de la Arabia feliz. —
 Rolando y sus compañeros compa-
 recen al tribunal de los Kadis. —
 Revolución de Sana..... 268

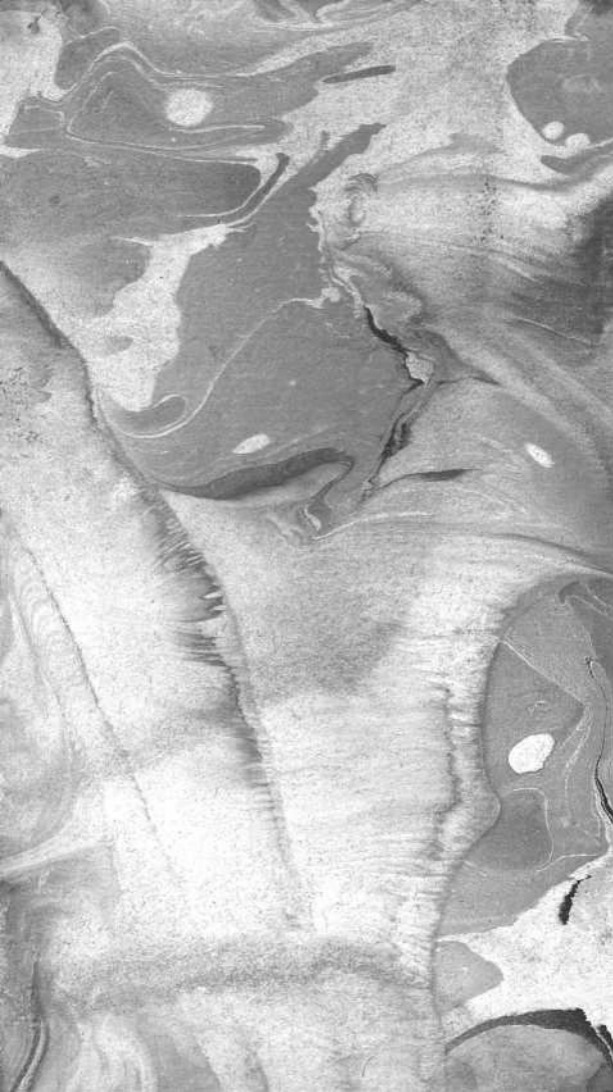
CAPITULO XXVII.

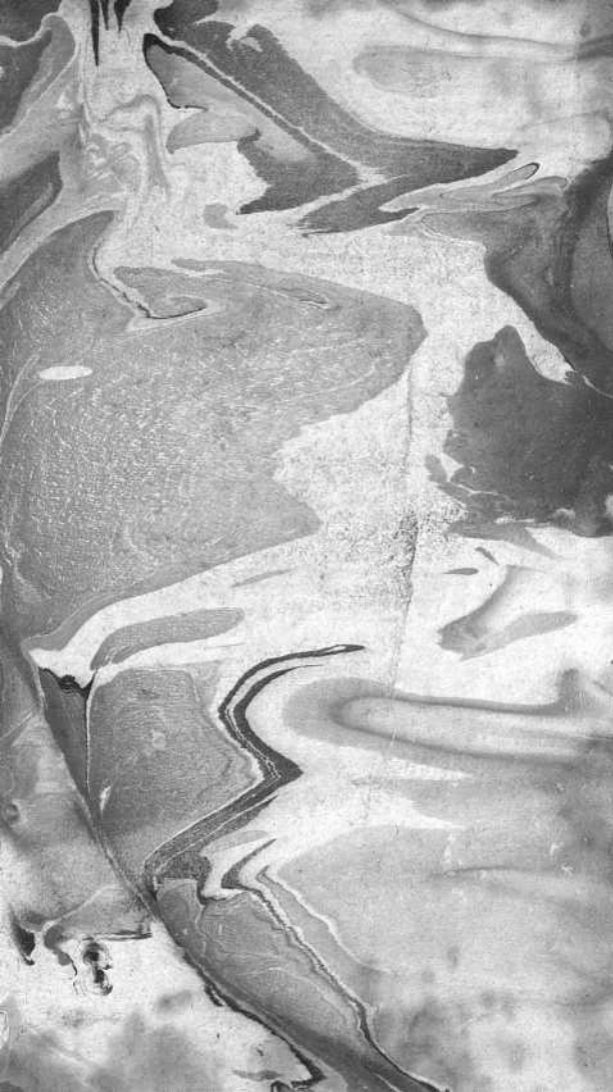
Noticias del ejercicio y libertades













VIAGES
DE
ROLANDO

D-1
708